Libros del Asteroide

Eduard Palomares

Igual que ayer

Eduard Palomares

Igual que ayer

Libros del Asteroide

Índice

Portada
Igual que ayer
Primera parte. Viassolo
1
2
3
4
5
6
7
8
Recasens
Ciudad negra
El Fuli
Corazón
El regalo
Tesis
Transición
Un novio bohemio
Segunda parte. Viassolo
9
10
11
12
13
14
15
16
17
Epílogo
Colofón
Nota biográfica
Créditos

Primera edición, 2022
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
© Eduard Palomares, 2022
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
Ilustración de cubierta: © Toni Benages
Fotografía del autor: © Fernando Bagué
Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com
ISBN: 978-84-19089-36-6
Composición digital: www.acatia.es
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Yo veo cómo cada tarde una procesión de muchachas de rostros pálidos y siniestros entran con la cara triste en la escalera de una casa de la plaza de la Universidad y salen radiantes de contento a los pocos momentos… ¡Es el tóxico! ¡Es el tóxico! ¡Ya tienen el frasco o la caja de cocaína en sus manos! ¡Ya son felices por unos instantes!

FRANCISCO MADRID, *Sangre en Atarazanas* (1926)

PRIMERA PARTE

Viassolo

1

Barcelona no tiene demasiado sentido si la miras desde el Tibidabo. Se suele alabar la retícula perfectamente ordenada del Eixample, pero en realidad solo se puede observar en fotografías aéreas, como si estuviera reservada para fines publicitarios. Cualquiera que suba a la montaña no verá más que edificios que se suceden sin ningún criterio, fruto de una mezcla de espontaneidad mediterránea y especulación sin escrúpulos.

De hecho, los problemas para encontrar una vivienda digna deben de ser el nexo atemporal que une a la mayoría de barceloneses que han habitado estas tierras desde que a un grupillo de romanos se les ocurrió instalarse en ellas. El resultado de esta tensión es un conjunto urbano abigarrado y a la vez embriagador que…

—¡Viassolo, dale, que no tardarán en llegar!

El grito de Matías, el que será mi jefe en esta velada de finales de abril, me corta la reflexión. Me encuentro en el Observatori Fabra —un encantador centro astronómico de principios del siglo xx con vistas privilegiadas— para trabajar, pero no como detective. Y eso que el observatorio, con su cúpula deslizante y su viejo telescopio, sería el escenario perfecto para un misterio a lo Agatha Christie, pero la triste realidad es que todavía no me han vuelto a llamar de Private Eye.

La última vez que hablé con Marina del Duque, la directora de la agencia de investigación en la que estuve de becario el verano pasado, fue hace unos cinco meses. Me aseguró que me contrataría para cubrir una baja de maternidad, pero la chica en cuestión está llevando el embarazo de manera estupenda y apurará en su puesto hasta casi romper aguas.

Como tengo que pagar los trescientos euros mensuales, gastos aparte, que me corresponden de la hipoteca de mi amigo Samu, con quien nos fuimos a vivir Pol, Berni y yo cuando su novia le dejó, he tenido que buscar una alternativa para ir tirando. Y esta no es otra que la de camarero de eventos. Hoy me toca un cóctel organizado por un lobby empresarial para presentar a un candidato *business friendly* a la alcaldía.

Ya domino más o menos el oficio, pero siempre hay

sorpresas. Por ejemplo, hoy tendremos que ampliar nuestras funciones porque los organizadores han contratado a una prestigiosa chef para que elabore un menú primaveral con productos locales. El objetivo, dicen, es ofrecer «un recorrido por el paisaje catalán, del mar a la montaña, de la huerta al interior, con la ciudad de Barcelona como punto de encuentro y fusión».

No tengo claro si se trata de una frase hueca o tiene algún sentido gastronómico, pero sí sé que la chef lo ha preparado todo en su cocina ultraequipada, empaquetado al vacío y enviado en camionetas para que seamos nosotros los encargados del *emplatado* final. Y todo por el mismo precio, claro.

A los camareros que vienen de escuelas de cocina les ha parecido estupendo, porque así practican para destinos más prestigiosos, conscientes de que restaurantes no faltan en Barcelona. Luego estamos los *universitarios*, aquellos que pillamos este tipo de curros porque no hay manera de trabajar en lo nuestro, y no nos ha hecho tanta gracia.

Nacho y Elena, graduados en Historia y Políticas respectivamente, han iniciado una revuelta que Matías ha zanjado con su frase favorita para quitarse la responsabilidad de encima, acompañada de todo su muestrario de gesticulación porteña:

—¿Y yo qué querés que te diga, loco?

Al final hemos tenido que aceptar, con la promesa de que podremos repartirnos las botellas de vino que sobren.

En el grupo universitario abundan los graduados en carreras de letras, si bien últimamente está apareciendo más gente de ciencias.

—Estoy ahorrando para el máster de Biomedicina, que cuesta un pastón —nos cuenta una chica que empieza hoy, de padres dominicanos, trenzas de colores recogidas en un moño alto y un catalán con acento de Girona.

Aunque se ha criado en pleno Raval, nos explica que su novio trabaja de guía de montaña en el Pirineo y se pasa todos los fines de semana allí, ayudándole a llevar de excursión a los *pixapins* (como nos llaman con *cariño* a los barceloneses) que quieren vivir la experiencia orgásmica de encontrar cuatro setas

en el bosque.

—Yo me estaba planteando estudiar el máster en Comunicación Cultural, pero me parece que sería tirar el dinero, ¿no, Jordi? —me pregunta con complicidad Alba, que es periodista en paro y cree que yo también.

Sí, en algo he mejorado: ya no le digo a todo el mundo que soy (o quiero ser) detective privado.

—En mi próxima reencarnación espero salir de ciencias —comenta Sergi, cuya habilidad para transportar hasta seis platos a la vez demuestra que no tiene demasiadas expectativas de triunfar algún día en lo suyo, la filología.

—Tampoco te creas… La única salida que tenemos es trabajar fuera, porque aquí la inversión en investigación es ridícula —responde la chica nueva.

—¿Cómo te llamas, por cierto? Que en esta empresa nadie se preocupa de hacer las presentaciones —interviene Elena en modo sindicalista.

—Luisa Padura, aunque todo el mundo me llama Lu.

—¿Padura, como Leonardo? —salto yo con emoción, confiando en que todo el mundo conocerá a uno de los mejores escritores cubanos de novela policiaca.

Pero no.

—¿Quién? —pregunta ella.

Y no hay tiempo para que le aclare con quién comparte apellido, porque llega Matías con prisas para darnos las instrucciones finales.

—¡Todos a la cocina, apúrense, que hay que empezar los preparativos!

La cocina que menciona no es más que una carpa instalada a un lado del edificio principal. Según nos han explicado antes, el observatorio funcionó a pleno rendimiento hasta los años cuarenta e incluso desde allí se descubrió que Titán, la mayor luna de Saturno, tenía atmósfera. La contaminación lumínica acabó con su utilidad científica y ahora se usa sobre todo para actividades de divulgación y eventos como este.

El menú degustación consta de ocho tapas, además de dos postres. Matías nos ha dividido en dos grupos: unos calentarán y montarán los platos; otros les darán el toque final y los servirán.

Yo estoy en el segundo, aunque como preludio me encargan que me sitúe en la entrada para recibir a cada invitado con una sonrisa y una copa de cava.

—¿Quién organiza el acto? —pregunto a mi compañero de tarea, David, que es uno de los veteranos y suele ayudar a Matías en la organización, aunque en realidad ha estudiado Antropología.

—Un grupo de empresarios ha impulsado una coalición para que la alcaldía cambie de manos en las próximas elecciones. Hoy presentan a su candidato, uno de los niños bonitos de la sociedad civil barcelonesa, de las cuatrocientas familias, ya sabes.

—Sí, ya… —respondo sin saber muy bien a qué familias se refiere, aunque intuyo que se trata de los que siempre han dominado el cotarro—. ¿Cómo se llama el tío?

—Miquel Comabella, pero he oído que le llaman Mike. Ha trabajado para fondos de inversión americanos y ahora vuelve como hijo pródigo.

—Pero aún falta para las elecciones municipales, ¿no?

—Sí, pero así evitan que les pillen por sorpresa. Que la alcaldesa sea una activista de izquierdas les ha revuelto el estómago y no quieren que vuelva a pasar.

—Bueno, ni que las cosas hubieran cambiado tanto últimamente…

—No, ya, pero es una cuestión de estética.

Que la imagen importa queda claro cuando empiezan a llegar los comensales, dotados de una elegancia natural y una habilidad innata para las relaciones públicas. La mayoría, excepto algún gilipollas engreído, acepta la copa que les ofrezco con una sonrisa de agradecimiento. Cuando ya parece que han llegado todos, vuelvo a la cocina para preparar los aperitivos, que se servirán tras los discursos.

El denominador común del menú es la conexión con «la naturaleza mediterránea que ahora florece y tanto refleja quiénes somos». Así que el famoso toque final consiste en ir añadiendo a los platillos unas gotas de aceite aromatizado por allí, unas hojas de tomillo, laurel y romero por allá y, sobre todo, flores, muchas flores. Disponemos de cinco cajas enormes

con pétalos comestibles de distintos colores, que debemos repartir con pinzas y precisión milimétrica.

—¡Andate con ojo, Viassolo, tres por plato! —me grita Matías a mi espalda.

Y da igual si son embutidos de Vic, gambas de Palamós, guisantes del Maresme, arroz del Delta, *fesols* de Santa Pau o ternera de Girona. A todo le añadimos flores y hierbajos, y luego salimos con las bandejas cargadas para cubrir nuestro itinerario, que tenemos asignado con tanto detalle como si fuéramos conductores de autobús.

Mientras recorro mi ruta, voy cazando frases al vuelo:

—No se pueden poner trabas al dinamismo económico que genera el turismo.

—Hay que impulsar el ecosistema emprendedor que…

—*Les flors es mengen*?

—… atraer al inversor extranjero…

—*Aquesta alcaldessa representa un fre al progrés*.

—¿Por qué no hemos ido al Via Veneto?

—*Noi, es pot repetir*?

Y así durante las ocho rondas correspondientes a las ocho tapas del menú hasta que llega la hora de los postres, que también disfrutan de decoración floral, obviamente. Debido al vino consumido, los comensales han perdido las buenas formas iniciales y ya se están tomando algunas licencias.

Por ejemplo, el grupo de Mike Comabella, el centro de atención, ha decidido que solo quiere ser servido por las chicas, a las que someten a un bombardeo de bromitas e insinuaciones. La nueva, Lu, es una de las que acaparan más atención, quizás porque el exotismo tropical estimula a la burguesía catalana.

Así que cuando consigo colocar todas y cada una de las flores correspondientes sobre la veintena de *mel i mató* que esperan sobre mi bandeja, salgo e improviso otro recorrido. La zona central está cubierta de sobra por mis compañeras, que aguantan los chistecillos con estoicismo. Yo me dedico a recorrer la periferia, menos concurrida pero igual de hambrienta, o más.

Por suerte, después de servir el último postre y los cafés, la mayoría de invitados se van porque mañana deben llegar al

despacho a primera hora para seguir aparentando una rigurosa ética de trabajo. Los que se quedan con ganas de fiesta se organizan para continuar la velada en el Dry Martini.

Pasada la medianoche, el Observatori Fabra se queda desierto y comenzamos a recoger, con la vista pendiente en las botellas de vino y cava que no se han descorchado. Antes comemos algunas sobras y bromeamos llenándonos la boca de flores que, a pesar de que son perfectamente comestibles, no saben a nada.

—¡Me estoy zampando la primavera a bocados! —se mofa uno imitando la voz del monstruo de las galletas.

Luego nos ponemos en serio con la limpieza y en una hora ya lo tenemos todo listo. Pasamos entonces a repartirnos el botín mientras observamos la panorámica nocturna de una ciudad que cada vez duerme menos. Vista desde aquí, sin embargo, se muestra apacible y serena, con sus ríos de lucecitas que van a desembocar al mar.

Como no hay suficientes botellas de vino, improvisamos un sorteo, a la vez que abrimos las dos últimas de cava para brindar entre nosotros. Cuando vamos a servirnos la tercera ronda, aparece un Matías más gesticulante de lo habitual para comunicarnos una noticia trágica de última hora:

—¡El pibe ese estampó su coche en una curva! ¡Se lo llevaron grave al hospital!

2

El «pibe» al que se refiere Matías resulta ser el mismísimo Mike Comabella, quien ha sufrido un accidente en la Arrabassada, la carretera que conecta el Tibidabo con la ciudad. Aunque está llena de curvas cerradas que invitan a conducir con calma, siempre hay alguien dispuesto a demostrar que no se ha comprado un cochazo para respetar los límites de velocidad.

—¿Vieron si tomó mucho? —pregunta Matías.

Y todos nos encogemos de hombros porque ya tenemos suficiente con nuestro trabajo para encima controlar el ritmo alcohólico de los invitados, si bien la impresión general es que no había bebido más de lo habitual.

—Si les preguntan, ya saben, aquí fomentamos siempre el consumo responsable —nos alecciona Matías, a la vez que nos exhorta a pirarnos de allí cuanto antes.

Llego a casa pasadas las dos de la madrugada con los pies destrozados. Nacho me ha acompañado en coche solo hasta el lateral de la Ronda de Dalt porque luego él tenía que seguir hasta Sabadell y no quería desviarse. Como no había cerca ninguna parada de metro (y ni de coña iba a gastarme lo ganado en un taxi), he caminado durante una hora hasta llegar a la plaza de Catalunya.

Desde allí he tomado un bus nocturno hasta Les Glòries, cerca de donde vivo ahora. No está mal, siempre y cuando no se tenga en cuenta que lleva tropecientos años en obras y que aún le quedan unos cuantos más por delante. Cuando terminen la plaza se convertirá en una preciosa zona verde que con suerte disfrutarán nuestros nietos.

Como viene siendo habitual, ninguno de mis amigos duerme aún, sino que están tirados en el sofá enganchados al móvil, cada uno a lo suyo. Samu, que sigue de luto por el tsunami que significó perder a la vez el trabajo y la novia, se dedica al diseño de páginas web por encargo, así que sus horarios han pasado a ser anárquicos y su higiene personal, algo descuidada.

Berni sigue cursando el doctorado de Sociología por las mañanas, pero por las tardes sirve pasteles de zanahoria y tés *matcha* en una cafetería especialmente diseñada para pescar a

turistas. Se ha dejado el pelo largo, que recoge en una cola al estilo samurái. Una estética que sin duda triunfa entre las guiris, porque no para de enviarnos mensajes urgentes para que desaparezcamos de casa durante al menos una hora.

Pol trabaja como captador de socios para cinco oenegés distintas, tarea que complementa con el reparto de comida a domicilio a través de una aplicación móvil. De hecho, para sacarle más partido, todos utilizamos su cuenta cuando tenemos alguna hora libre. En teoría está prohibido, pero la plataforma no mueve ni un dedo para controlarlo.

—¿Has traído las sobras, Solo? —me pregunta.

Como le respondo que no, vuelve a sus cosas y yo me abro paso entre toda la ropa, cajas, bolsas y demás mierda tirada en el suelo para llegar a mi habitación, que comparto con Samu. Al mudarnos vendimos su cama de matrimonio y compramos dos individuales. Me dejo caer en la mía para quedarme frito cuanto antes y olvidar que, de nuevo, no ha sido un día memorable.

No me hubiera importado dormir hasta tarde, pero un pequeño detalle me lo impide: el timbre de casa empieza a sonar insistentemente a las nueve, ante los insultos de todos los habitantes del piso, que salimos como zombis para arrancarle las entrañas a quien perturba nuestro sueño. Una idea que queda descartada cuando vemos que quienes esperan frente al umbral son una pareja de mossos d'esquadra.

—¿Jordi Viassolo? —preguntan, y esto hace que mis amigos retrocedan camino de sus camas, dejándome solo ante el peligro.

—Sí, soy yo.

—El agente Parera quiere verlo esta mañana en comisaría.

Dani Parera es el mosso que fue mi compañero en algunas clases de la facultad y con quien colaboré (si se puede decir así) para resolver hace unos meses el homicidio de Marcos Maluquer. ¡Qué humos se gasta ahora si no es capaz de venir él mismo a buscarme!

—Ah… ¿Y por qué quiere verme?

—Ya se lo explicará él —replica uno de ellos asépticamente.

—Bueno… ¿Y adónde tengo que ir?

—Hoy estará en Les Corts hasta las doce —dice el otro.

—Uf, no sé si me dará tiempo.

—Pues mejor que se dé prisa. Si no, siempre le puede atender el *sergent* Fonseca en persona —apunta el mismo con sorna, porque todo agente sabe que Fonseca es como esa caries que no solo te perfora la muela sino que también te jode la encía. Algo que yo mismo pude comprobar hace unos meses.

Con un sueño insuficiente que se evidencia en mi mala cara, desayuno las cuatro galletas que quedan en un armario de la cocina, me ducho y me visto, aunque me temo que no tengo el vestuario adecuado para la ocasión. Toda la ropa pija que me compré para la investigación de mi primer y último caso está en casa de mis padres, conservada como oro en paño a la espera de que la necesite de nuevo.

Aquí tengo los uniformes de camarero que uso para el trabajo y una colección de ropa comprada en mercadillos de segunda mano, porque mis amigos y yo decidimos que no gastaríamos más de la cuenta hasta que no cobráramos sueldos dignos.

Lo único que me queda limpio es un chándal Kappa azul con franjas blancas y rojas. Resulta que se parece al que llevaba el Barça cuando perdió la final de la Copa de Europa de Atenas en 1994, y por eso mi padre al verlo me explicó con detalle cómo esa derrota contra el Milan supuso el fin de la era Cruyff.

—Luego enloqueció y empezó a fichar paquetes —sentenció.

La valoración maternal fue más directa y menos amable:

—Pareces un drogadicto.

En todo caso, como el estilo de los años noventa se ha vuelto a poner de moda, no desentono al mezclarme con integrantes de mi generación. Sin embargo, cuando cruzo Barcelona en Bicing y llego sudado a la comisaría de Les Corts, la mirada de la policía que está en la recepción me hace pensar que mi madre tenía razón. Le explico a qué he venido, me señala una silla y me dice que me atenderán enseguida.

La espera es tan larga que me da el tiempo suficiente para plantear una decena de teorías de por qué me han hecho venir. Mi preferida es que necesitan mi ingenio para resolver un caso que se les resiste.

También me dedico a responder con diplomacia un *whatsapp* que he recibido mientras venía en bici:

«¿Te lo has pensado ya? ¡Di que sí, va!»

La remitente es Mireia, la chica que conocí la pasada Nochebuena en la Plaça Reial y lo primero que hizo al saber que trabajaba de detective fue mencionar a Philip Marlowe. Yo, claro, caí rendido a sus pies. Después de ese primer encuentro quedamos algunos días con la excusa de hablar de novela negra, luego fui dando pequeños pasos hasta que me atreví, seguramente con demasiados rodeos, a besarla.

—¡Ya era hora, sabueso! —dijo ella poniendo voz de mujer fatal antes de besarme de vuelta.

La imitación no le salió nada bien, pero eso hizo que me gustara aún más. Desde entonces empezamos a salir, aunque sin prisas.

—Creo que todavía no estoy preparado para una relación seria —le solté cuando llevábamos algo más de un mes.

¿Por qué? Ni idea, la verdad. No existe ninguna razón, más allá de mi manía por hacer las cosas sin precipitarme. Y eso que cuando estamos juntos parece que el tiempo vuele, como si se hubiera acelerado la velocidad de reproducción de nuestras vidas. Intentamos aprovechar al máximo cada rato, nos recomendamos libros y películas con ansia, hablamos de mil temas y, a la que podemos, hacemos el amor con urgencia, porque ella también comparte piso y nos cuesta horrores encontrar un rato de intimidad.

Se podría decir, de manera totalmente objetiva, que las cosas nos van bien. Por eso, Mireia me propuso ayer dar un paso más en nuestra relación: irnos a vivir juntos.

—¿No es demasiado pronto? —pregunté yo, en mi línea.

—Ya sé que solo llevamos saliendo unos meses, pero está claro que conectamos y nos podría ir muy bien, ¿no? —replicó ella con una ilusión desbordante que me desarmó por completo, porque hasta entonces se había mostrado muy racional.

Después de borrar varias veces lo escrito para encontrar las palabras adecuadas, le digo:

«Claro que me gustaría, pero no tengo pasta. Están a punto de contratarme en la agencia. Cuando cobre la primera nómina,

empezamos a buscar. ¿Cómo lo ves?».

No he dicho ninguna mentira. Me apetece… y me da miedo. Sobre todo que, con la convivencia, ella se dé cuenta antes de tiempo de que no le gusto tanto como se pensaba. Por otra parte, el caos en casa de Samu que al principio me hacía tanta gracia ahora ya me agobia. También es verdad que en algún momento me contratarán en Private Eye, pero como aún faltan al menos un par de meses, tengo cierto margen para ir haciéndome a la idea.

Supongo que Mireia encontrará lógico esperar hasta que yo consiga el trabajo, aunque ya me ha dicho que ella puede aportar algo más al principio. Como es todo un cerebrito, se graduó en Física y las empresas se la rifan. Trabaja en una multinacional de *big data*, así que es de las pocas personas que conozco de mi edad que cobra un sueldo decente. Y está más que dispuesta a compartirlo conmigo.

—Viassolo, pasa.

Dani me llama a lo lejos, con un gesto que viene a decir que me dé prisa porque no está para perder el tiempo con pringados. Sí que se le han subido los humos, sí, y eso que mi intervención fue clave para que él se quedara en la unidad de homicidios.

Me indica que me siente frente a su mesa, llena de papeles y con una taza sucia de mensaje cursi.

—¿Necesitas ayuda para algo? Tendrá que ser rápido, porque pronto me volverán a contratar en Private Eye.

Me mira con los ojos bien abiertos y sonríe por primera vez, mientras niega con la cabeza.

—Viassolo, tío… Eres la leche.

—¿Entonces?

—Mira, voy de culo, porque Fonseca me tiene esclavizado, así que iré al grano.

—Vale, tampoco pensaba quedarme a comer aquí —me defiendo.

—A ver, parafraseando al *sergent*, «¿qué coño hacía ayer Viassolo en lo de Mike Comabella?».

—Joder, pues trabajando.

—¿Para quién?

—¿Cómo que para…? ¡Currando de camarero!

—Esa es la tapadera, ya. ¿Quién te pidió que te infiltraras?

Estoy alucinando y se me dispara de repente todo el imaginario negrocriminal.

—Espera, espera... ¿Por qué lo estáis investigando? ¿No fue un accidente? No me digas que le sabotearon los frenos del coche o algo así... ¿Sigue vivo?

—En coma inducido, pero frena. Nada de eso. Cuando un pez gordo tiene un accidente, y más si es un pez gordo tan bien conectado, nos piden que hagamos un par de comprobaciones. Iba a ser algo fácil y rutinario, hasta que apareció tu nombre de «tocapelotas».

—¡Oye!

—Citando a Fonseca, también.

—¿Seguro que no hay nada más?

—Va, ya ves cómo tengo la mesa. ¿Qué hacías allí?

—Ojalá pudiera decirte otra cosa, Dani, pero estaba currando de camarero. Hace cinco meses que no hablo con los de la agencia y seguro que la duquesa… digo, Marina del Duque, estará encantada de confirmártelo.

—Quizás te encargaron el trabajo de otra agencia…

—¿Te crees que me llueven las ofertas de trabajo o qué? No, tío, no tengo más remedio que currar en eventos así para sacar algo de pasta.

—Joder, Fonseca no se lo va a tragar.

—Pues, desgraciadamente para mí, es la pura verdad. Si quieres te ayudo de manera extraoficial, como la otra vez, si es que creéis que…

—Va, firma esto y pírate. Pero no salgas de la ciudad.

—¿Y adónde coño quieres que vaya?

—Bueno, ya, es lo que tenemos que decir.

Salgo de la comisaría extrañado, porque parece evidente que Dani Parera me ha ocultado información. Como no tengo nada más que hacer, me dirijo hacia la Diagonal dispuesto a cruzarla de cabo a rabo hasta Les Glòries, a ver si caminando recuerdo algo extraño que sucediera anoche. Aunque todo me pareció perfectamente ordinario, si se puede definir así un complot de la élite barcelonesa para recuperar el poder municipal.

En todo caso, avanzo inmerso en mis pensamientos mientras aspiro las partículas en suspensión acumuladas por la letal combinación de exceso de tráfico y anticiclón.

Cuando me paro en el semáforo a la altura del Passeig de Sant Joan, una figura alta y algo curvada de espalda se detiene a mi lado. No le presto atención hasta que me habla con voz ronca:

—Sí que te has hecho amiguito de los maderos, *nano*…

Me haría ilusión este reencuentro si no fuera porque el cabrón no ha dado señales de vida desde Navidad.

—¡Hombre, Recasens, sigues vivo!

—*Quin remei* —replica, como si sirviera a los designios de un dios caprichoso.

—¿Me has seguido desde Les Corts?

—Ajá, y veo que ya te has olvidado de mis consejos.

—Bueno, no soy tan interesante para que alguien se moleste en vigilarme.

—Los Mossos no piensan lo mismo.

—¿Qué sabes tú de todo este lío?

—Sé que tienes cierta habilidad para estar en el sitio equivocado.

—Sí, ya, aparte de eso. ¿Cómo sabías que iría hoy a la comisaría?

—Fonseca me ha llamado esta mañana para cantarme las cuarenta.

—No te veo muy afectado.

—*Gens ni mica*. A Marina no le ha hecho tanta gracia.

—Oye, que estaba trabajando de camarero.

—Una profesión que te va como anillo al dedo —me pica, pero no le hago caso.

—Pero, a ver, ¿sospechan que lo de Mike Comabella no fue un accidente?

Recasens, en vez de responder, se encoge de hombros como si nada le importara. Algo que concuerda bastante con la realidad.

—¡Va, cuéntame algo! —insisto.

—Digamos que no iba tan rápido como para perder el control de esa manera.

—¿Y qué podría ser? ¿Un sabotaje, un disparo, un…?

—La principal hipótesis —me corta Recasens— es que le dio un ictus o un ataque al corazón. Por razones naturales o porque se pasó con la droga. Sea como sea, déjate de cuentos. Fonseca está obligado a hacer unas comprobaciones rápidas para descartar algo fuera de lugar, como un detective privado disfrazado de camarero.

—Pero si ya te he dicho que…

Recasens emite ese graznido suyo que se supone que es una carcajada y me dice:

—Vamos a comer algo, *nano*. Por aquí hay uno de los pocos restaurantes de menú dignos que quedan en esta ciudad. Además, quiero comentarte un tema.

—¿Sí? ¿Sobre esto de Mike Comabella?

—No, nada que ver. Sobre el Barrio Chino.

3

Recasens forma parte de ese selecto grupo que continúa llamando a los lugares por sus antiguos nombres, igual que seguro que aún calcula los precios en pesetas. Suerte que mis conocimientos de novela negra barcelonesa me permiten ubicar el Barrio Chino en el actual Raval, cosa que no creo que puedan decir muchos *millennials* de esta ciudad.

Tampoco creo que pudieran aguantar a Recasens más de tres minutos.

Llegamos a un restaurante de apariencia ordinaria, pero que acumula a decenas de personas frente a la puerta esperando a que alguna mesa se desocupe. Le propongo ir a otro sitio para no hacer cola, a lo que ni siquiera me responde. Aprovecha su altura para emerger por encima de las cabezas amontonadas, chasquea los dedos y asiente. Se separa de la cola y se enciende un Ducados, que se fuma con parsimonia sin dirigirme la palabra. Cuando casi lo ha terminado, un camarero se acerca al ventanal y golpea dos veces en el cristal con los nudillos.

—*Som-hi*! —me ordena abriéndose paso entre las personas que están esperando y nos miran con rencor.

Yo le sigo con la cabeza gacha mientras murmuro repetidamente que teníamos una reserva.

Nos señalan una pequeña mesa junto a una nevera de helados y yo me encajo como puedo en el espacio que queda libre a su lado. Estoy esperando a que nos traigan el menú cuando el camarero se acerca con una bandeja de ensalada, unas aceitunas, pan, vino peleón y Casera.

—Luego hay fricandó —informa a Recasens, quien asiente complacido como si le hubieran ofrecido langosta y champán.

Como ya me lo conozco, me dedico a comer con tranquilidad, porque hasta que no se termine el carajillo de ron no empezará a hablar. El problema es que cuando llega ese momento tengo los sentidos aturdidos porque la ración de guiso de ternera era digna de un leñador, igual que los vasos de tintorro con gaseosa que he necesitado como desatascador. Sin embargo, me despierto de golpe cuando me anuncia:

—Tenemos un encargo para ti.

—¡¿Qué?! ¿Sí? Entonces, ¿vais a contratarme?

—Me temo que no, *nano*. Es extraoficial.

—¿Eso qué quiere decir?

—Sabes lo que quiere decir.

—Mmm… Ni contrato, ni sueldo, ni seguridad social, ni nada…

—Algo cobrarás. Creo que Marina no se portó mal contigo la última vez.

—Pse, ya no me queda nada de eso.

Recasens me mira como si fuera un niñato quejica, deja veinticinco euros sobre la mesa y se levanta.

—Si estás interesado, sabes dónde encontrarme.

Intento desencajarme del hueco en el que estoy aprisionado. Cuando lo consigo, Recasens ya está caminando cuesta abajo por un Passeig de Sant Joan con el corazón dividido: las terrazas de la acera izquierda están repletas, porque les toca el sol de lleno, mientras que la parte derecha permanece a la sombra y casi desierta. Doy unas zancadas rápidas para llegar a su lado y le pido que, al menos, me cuente un poco más.

Accede, pero solo cuando han pasado unos cuantos minutos de rigor.

—¿Sabes qué es una célula durmiente?

—Joder, Recasens, eso suena a banda terrorista.

—Quédate con el concepto.

—Pues que está a la espera de órdenes para actuar.

—*Això mateix*. Marina quiere que te introduzcas en una asociación de vecinos del Chino, que protesta contra los desahucios, la subida de los alquileres, la gentrificación y todo eso.

Me sorprende que Recasens conozca una palabra como *gentrificación*, pero me abstengo de hacer cualquier comentario. Simplemente le pregunto:

—¿Y qué tengo que hacer?

—De momento, nada. Estar ahí.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta recibir nuevas instrucciones.

—¿Quién es el cliente?

—No lo sé.

—Va, Recasens, seguro que sí.

—Lo desconozco, pero sé sumar dos más dos. Me sorprende que tú no.

—¿A qué te refieres?

—Preguntas demasiado, *nano*. Quieres todas las respuestas masticadas, cuando solo hace falta que pienses un poco.

—Vale, vale… Supongo que el cliente será algún banco o alguna inmobiliaria con intereses en la zona. Y quieren tener a la asociación controlada.

—Es una posibilidad.

—No sé si me apetece trabajar para gente así… —le suelto, asumiendo que he acertado.

Recasens se detiene y me pregunta:

—¿Y para qué tipo de gente quieres trabajar?

—Pues para los oprimidos, no los opresores.

—¿Y tienen dinero para pagar tu trabajo los oprimidos?

—No, ya, pero…

—Mira, *nano*, seguramente habrá agencias de detectives que no trabajen solo para gente de pasta, pero no es el caso de Private Eye. Así que tú mismo. Si no quieres este encargo, Marina buscará a otro y ya está.

—¿Y por qué me ha escogido a mí?

—Porque sabía que dirías algo parecido, así que tu perfil encaja muy bien en una asociación como esa. Y más con las pintas que me llevas. Aparte, necesitas un trabajo, ¿no?

La verdad es que sí. Eso o sigo de camarero. De todos modos, me resisto.

—¿Puedo pensarlo?

—Tienes hasta mañana a la hora del vermut. Deja el recado en el bar de Antoñito.

—¿Sigue abierto?

—Pues claro. Incluso ha traducido su carta al inglés, al francés y al ruso —dice, y sin despedirse cruza la verja del parque de la Ciutadella en dirección a la Barceloneta.

Yo también vuelvo a casa sabiendo que acabaré aceptando porque, de hecho, Recasens tiene razón. Quizás más adelante pueda buscar alguna agencia con un enfoque más social, pero por ahora no solo necesito el dinero sino que tampoco puedo

quedarme de brazos cruzados demasiado tiempo. ¿Quién ficharía a un detective casi novato que hace más de seis meses que no ejerce?

Llevo un rato caminando cuando me acuerdo de que el móvil me ha vibrado mientras hablaba con Recasens. Es la respuesta de Mireia:

«Va, Jordi, no te preocupes por el dinero. Me han pasado el contacto de un piso que tiene buena pinta en Sant Antoni. ¿Vamos a verlo mañana a la hora de comer? Solo para probar, eh, sin presiones. A no ser que no quieras vivir conmigo :(»

Sí quiero, por supuesto. Además, tiene razón, tenemos una conexión que nunca había sentido antes. No obstante, todavía pesan más las dudas de siempre: ¿No es todo muy precipitado? ¿Por qué ir tan deprisa? Eso es lo que pienso, pero contesto con una excusa:

«Me gustaría, pero mañana no puedo, tengo entreno con Layla. ¿Puede ser otro día?»

«Ya, claro, Layla…», responde ella.

Joder, tendría que haberlo pensado mejor antes de escribir. Sigo viendo a Layla para entrenar y charlar un rato, pero no hay nada entre nosotros. Me dejó claro que solo podíamos ser amigos y yo me resigné sin poner demasiadas objeciones. A lo que se suma el hecho de que realmente quiero a Mireia. Aunque parece ser que ella no tiene tan clara mi relación de amistad con Layla.

Para arreglarlo, respondo:

«¿Qué te parece si vemos el piso antes? ¿A la una?»

Pasan diez minutos hasta que me responde con un «ok» con un montón de caras sonrientes y signos de victoria.

Sí, es más lista que yo.

Por la mañana llamo al bar de Antoñito para dejar el mensaje a Recasens de que acepto su oferta.

—Hombre, majete, ¿qué tal estás? Podrías pasarte a tomar algo por aquí con tus coleguitas, que siempre va bien tener clientes jóvenes. Así los guiris se animan a entrar.

—Nos pilla un poco lejos, pero a ver si un día de estos nos acercamos.

—Claro que sí, a vosotros os haré precio de amigo.

A saber cómo *ha traducido* los precios en las cartas para turistas.

—Sí, gracias, Antoñito. Oye, quería dejar un recado para Recasens. ¿Te ha dicho que llamaría?

—No, pero soy todo oídos.

—Dile que acepto el encargo, pero que necesito más información.

Le detallo mis necesidades con pelos y señales, pero me da la impresión que no está apuntando nada. Una sensación que se confirma cuando me dice:

—Vaya rollo tienes. Espera, que te paso a Recasens.

Joder, vaya dos.

—No necesitas saber nada más. Entra en la asociación, conoce a la gente, acércate a los líderes y espera. Ya recibirás más instrucciones, pero no te pongas en contacto con la agencia. Recuerda que no trabajas para Private Eye.

—Sí, ya… En cualquier caso, quería pasarme un día de estos por el bar. Antoñito dice que nos hará descuento.

—Mejor que no. Ya te contactaré yo —replica y está a punto de colgar.

—¡Espera, espera! No me has dicho cómo se llama esa asociación.

—Rebels al Raval —dice y, ahora sí, cuelga.

Rebels al Raval, qué nombre tan ingenioso. Aunque no sé si me sonará tan bien cuando deba presentarme allí sin conocer a nadie y, además, sin tener conexiones con el barrio más allá de algunos bares favoritos y un par de discotecas en las que dejarse caer cuando parece que la noche ya está perdida.

Antes de enfrentarme a este papelón, sin embargo, debo solucionar otro: ir a ver el piso con Mireia y dejar caer de manera sutil que, en cuestiones inmobiliarias, mejor ir con pies de plomo.

No hace falta que me esfuerce demasiado, porque cuando llegamos al piso de Sant Antoni nos encontramos con otras cuatro parejas esperando ansiosas.

—Para no perder el tiempo hemos organizado una visita conjunta —nos aclara el enviado de la inmobiliaria como si fuera lo más normal del mundo.

Aunque todos nos quejamos, una vez dentro se desata el espíritu competitivo y cada cual se esfuerza por resaltar sus ganancias mensuales, estabilidad laboral y buenas costumbres. El piso, de unos setenta metros cuadrados, no está nada mal, pero los mil cien euros mensuales de alquiler que piden me parecen excesivos, por muchas vistas al mercado que tenga.

Lo que más indigna a Mireia, sin embargo, es que conviertan el acceso a un bien esencial en un concurso estilo *Supervivientes*, así que me pide que nos marchemos justo cuando el de la inmobiliaria está explicando no sé qué del parquet flotante.

Le propongo ir a comer algo para animarla, porque tenía unas expectativas muy altas y ahora está de bajón. Como sabe que tengo entreno con Layla me responde que no hace falta. Lo dice en serio, con esa sonrisa suya capaz de aplacar tormentas, pero solo necesito insistir un poco para que acepte.

—Si no te hago ir mal…

—No, aún me queda tiempo. ¡Además, invito yo!

Vamos a una cafetería cercana de decoración escandinava y, para mi desgracia, de precios también escandinavos.

—Me había hecho ilusiones, Jordi, no sé por qué creía que tendríamos suerte —me dice cuando estamos compartiendo una enorme tarta de queso de postre.

—Ya saldrá algo, seguro. Aunque vayamos un poco más lentos de lo previsto.

Ella se queda con la cuchara a medio camino y se empieza a reír.

—Método Viassolo, ¿no?

—Bueno, ya me conoces, lento pero seguro —admito con un guiño, reconociendo que estoy muy pesado con eso de no precipitarse.

Ya fuera, ella se arregla su melena castaña para que le caiga sobre el hombro izquierdo, me da un beso y me dice en broma:

—Va, a entrenar, que tienes que bajar todo lo que te has zampado.

Me despido de ella con una mezcla de sentimientos. Mi objetivo de ganar algo de tiempo se ha cumplido con creces, pero no me ha gustado nada verla tan decepcionada.

Si fuera por mí, miraríamos pisos sin prisas hasta encontrar uno bonito, no muy grande, antiguo pero reformado, con suelo de baldosas hidráulicas, una terraza en la que dé el sol por la mañana y un precio asequible para una pareja de veinteañeros. Y si tiene una gran estantería para mezclar nuestros libros ya sería de matrícula de honor.

Como sé que esto es imposible en la Barcelona actual y que la paciencia no es la principal virtud de Mireia (aunque conmigo la está practicando como nunca), asumo que tendré que meter una marcha más si no quiero perderla.

Sigo pensando en ello hasta que un grito de Layla me devuelve al mundo real.

—¡Jordi, estás en las nubes! ¿Qué te pasa hoy?

Hemos quedado como siempre en la playa del Bogatell para seguir con el plan de mejora física que me diseñó cuando le pedí que fuera mi entrenadora personal. La intención era pagarle, claro, pero he tenido tantos gastos y tan pocos ingresos que llegamos a un acuerdo: ella me entrenaba gratis a cambio de que fuera su conejillo de indias.

Incapaz de quedarse quieta, Layla no para de aprender nuevas técnicas, que luego fusiona en rutinas de creación propia y alta exigencia. Esto le ha permitido labrarse un nombre en el sector. Por eso dejó el gimnasio de la Bonanova donde nos conocimos para fichar por otro del 22@, lleno de emprendedores y ejecutivos del sector digital que quieren conquistar el nuevo mundo y esculpen su cuerpo para ello. No creo que tarde en largarse de allí para buscar nuevos retos.

A veces acabo al borde del ataque cardiaco, pero el balance general es positivo, ya que nunca he estado tan en forma e incluso se me empiezan a marcar los músculos. Lo malo es que con el buen tiempo primaveral la playa ya comienza a estar concurrida y el número de espectadores se multiplica.

Hoy hemos encadenado una sesión de ejercicios de alta intensidad con intervalos de carrera sobre la arena y ahora me propone seguir con una coreografía de *fitboxing* a dos, en la que simulamos un combate sin contacto. La clave es la concentración, porque cuando ella me lanza un gancho de derecha yo tengo que agacharme para luego colocar un directo

de izquierdas que ella esquiva y así sucesivamente…

Está saliendo bien hasta que en un momento de baile sobre el ring playero me previene:

—Ah, tengo que explicarte algo.

Entre jadeos, le comento:

—Uy, no me asustes.

—No, no, te va a gustar.

En vez de responder, porque estoy a punto de asfixiarme, le indico con un gesto con la barbilla que continúe.

—Estoy haciendo un curso de criminología a distancia. Así podré ayudarte mejor en tu siguiente caso.

La revelación me sienta como un puñetazo por partida doble: porque no quiero que Layla se entrometa en mi trabajo y porque no soy capaz de reaccionar a su siguiente *uppercut*, que impacta contra mi mandíbula mientras intento digerir la noticia.

4

Como es mejor no aparecer por la asociación del Raval con la cara hecha un cromo, me confino unos días en casa y aprovecho para preparar mi nueva identidad.

—Está claro que debes cambiarte el nombre, porque hay millones de *Jordis* pero pocos con un apellido de espagueti como el tuyo —apunta Berni, mientras comemos las sobras de la cafetería hípster en la que trabaja.

—Sí, solo con googlear tu nombre aparece tu Linkedin en la primera página. ¿No te parece algo contradictorio para un detective privado? —pregunta Samu, que por lo visto se ha vuelto todo un experto en cuestiones digitales.

—Tengo que buscar trabajo de alguna manera, ¿no? —me defiendo.

—Pero ahora ya tienes curro. Uno de mierda, como es habitual, pero curro al fin y al cabo —añade Pol.

—Tendría que ser un nombre ordinario, estilo José García —recomienda Berni.

—Qué va, Solo, para la asociación tiene que ser algo más revolucionario: Ernesto Guevara.

—Sí, muy creíble, Pol, gracias.

—La clave de un nombre falso es que puedas asumirlo con naturalidad pero que, al mismo tiempo, esconda la realidad —define Samu, y el resto nos quedamos parados ante tal muestra de conocimiento psicológico.

—Ya, y eso quiere decir que… —le animo a continuar.

—Que debes seguir llamándote Jordi, y de apellido So…

—Solitario.

—Sopero.

—Sopapo.

—Soplapollas.

—¡Callad, coño! —zanja Samu ante las divagaciones de los otros—. Jordi Soler, por ejemplo.

—Bueno, Jordi Soler, no está mal —acepto, aunque tendré que repetírmelo una y otra vez para que no se me escape el Viassolo cuando me presente.

—Y necesitarás redes sociales, porque quedaría raro que no tuvieses ninguna.

—Es verdad. ¿Puedes crearme alguna que parezca que tengo desde hace tiempo, con fotos y mensajes antiguos, Samu?

—No, Solo, que yo me dedico a hacer webs, no soy Edward Snowden.

—Yo tengo una cuenta falsa de Twitter que puedes utilizar —comenta Pol como si fuera un secreto que ha decidido desvelar ahora por solidaridad, aunque hace mucho que lo sabemos.

Se refiere a una cuenta anónima desde la que critica a políticos, periodistas y tertulianos de manera cruel, salvaje e intimidatoria. Pero es la única opción que tengo, así que borramos sus tuits más vejatorios, cambiamos el nombre de Vasili Záitsev por el de Jordi Soler y subimos una foto mía. Algo es algo.

Luego busco toda la información posible de Rebels al Raval, aunque su página web está desactualizada y solo informa de que se reúnen cada miércoles a las ocho de la tarde en su local de la calle de la Riereta, paralela a la Rambla del Raval.

Algunas noticias los citan en protestas en contra de la especulación en el barrio, concentraciones para impedir desahucios, manifestaciones para denunciar el incremento de narcopisos, apoyos a la educación pública, reclamaciones para que se construya un nuevo centro de atención primaria… En fin, nada extraño en los tiempos que corren.

Hoy es lunes, así que me quedan dos días para que desaparezca el moratón y mentalizarme. También he quedado a cenar con Mireia en su casa y así aprovecho para prevenirla de que quizás estoy algo ausente las próximas semanas a causa de mi nuevo trabajo de incógnito. Pero que, aunque no se trate del contrato que esperaba, me servirá para ahorrar algo de dinero para el piso.

—Avísame si encuentras algo que valga la pena y vamos a verlo, ¿vale?

—Sí, claro —asiente ella, y yo me quedo todo satisfecho por mi magnanimidad.

Aunque luego añade:

—También podrías buscar tú algo, ¿no? Esto es cosa de los dos.

Y cuando se hace evidente que me ha desarmado por completo se empieza a reír y me conduce a la cama exigiéndome silencio, porque sus compañeras de piso están en modo cotilla. De todas formas, sé que lo dice un poco en serio. Es la manera que ha encontrado de comentarme las cosas importantes sin que a mí me entre el tembleque.

Para confirmarle que he captado el mensaje, si bien sigo convencido de que hay que ir paso a paso, cuando me dirijo el miércoles al local de la asociación del Raval me detengo ante un edificio de paredes desconchadas y una portería que se cae a trozos. Fotografío el balcón de rejas oxidadas del primer piso, situado justo encima de un bar de copas que no tiene pinta de respetar los horarios de cierre. Procuro que quede bien enfocado el cartel de *En Alquiler* y le envío la foto.

«Siempre has tenido muy buen ojo. ¡Qué afortunada me siento!», me responde enseguida.

Me río y siento que todo va bien, hasta que llego a unos bajos presididos por una pancarta pintada a mano que indica que he llegado a mi destino. Los nervios vuelven a escena de manera instantánea.

Como faltan diez minutos para las ocho, doy una vuelta por los alrededores porque pretendo entrar justo cuando haya empezado la asamblea, para que así nadie me preste atención. También es mi forma de tranquilizarme. Me arreglaría el flequillo como solía hacer para ganar confianza si no fuera porque me obligaron a cortarme el pelo cuando empecé a trabajar como camarero por razones de «higiene y presencia». Aún lo siento a veces en la frente, igual que dicen que a los mancos les pica el brazo amputado.

El plan sale según lo previsto y entro cuando se están introduciendo los temas a tratar. El local es pequeño y apenas caben ocho sillas colocadas en círculo, por lo que la mayoría de asistentes permanece de pie. Una situación ideal para que yo me sitúe al lado de una columna y me haga una composición de lugar. Los carteles de protesta conviven con las decoraciones de la fiesta mayor, una barra roja portátil de una marca de cerveza y algunos instrumentos, principalmente de percusión.

Dirigen la reunión un chico y una chica treintañeros,

barceloneses, con estudios, de clase media y activistas comprometidos, según les etiqueto en base a una mezcla de intuición, agudeza y prejuicios. Distingo a un grupo más joven, también con pinta de universitarios, todos con camisetas reivindicativas. Este es, sin duda, el colectivo en el que mejor encajo, así que debería integrarme en él. Incluso llevo una sudadera de Pol contra los recortes.

Quien toma la palabra a continuación son diferentes vecinos con situaciones bastante jodidas, que hacen que me replantee mis propios problemas. Familias con una orden de desahucio sobre sus cabezas, personas mayores que no han podido encender la calefacción en todo el invierno, madres que hacen cola cada semana en el banco de alimentos, trabajadores sin contrato con condiciones deplorables…

Un baño de realidad (y de miseria) que me paraliza todavía más.

—Nos volvemos a reunir de aquí a dos semanas, ¿vale? Que necesitan el local los del mercadillo solidario —avisa uno de los activistas al acabar.

Los reunidos gritan algunas proclamas para cerrar la sesión, mientras una chica de unos veinte años, que viste con estilo una camiseta de Kortatu dos tallas más grande, se acerca a las diferentes personas que han hablado y las abraza de una manera de la que yo sería incapaz: honesta y cálida, como si quisiera traspasar la piel y serenar su alma. Un gesto que me fascina y hace que la mire embobado, hasta que ella se da cuenta y yo desvío la mirada.

Mientras finjo que consulto el móvil, me doy cuenta de que no puedo perder dos semanas más, porque si Recasens me solicitara algún informe tendría que reconocerle que sigo en la casilla de salida. Como no me apetece escuchar sus sarcasmos, decido pasar ya a la acción.

Echo un vistazo y nadie me hace ni caso. Si al menos alguien me ofreciera un mínimo gesto de acercamiento, me animaría a dar ese primer paso que tanto me cuesta.

De repente, por suerte, otra de las activistas levanta la voz:

—¡Recordad que mañana nos concentramos ante el piso de Hamida y Said para detener el desahucio!

Me acerco a ella sigilosamente y le pregunto:

—Hola, perdona, es que soy nuevo… ¿Dónde y a qué hora mañana?

En vez de responder me alarga un folleto que anuncia que la cita es a las siete de la mañana en el número 12 de la calle de la Cera.

He tenido que prometer a Pol que le acompañaré a todas las manifestaciones que quiera en los próximos tres meses para que acceda a pegarse el madrugón y venirse conmigo a detener el desahucio. Cosa que no pinta nada bien porque apenas somos treinta personas concentradas frente a la puerta. Los antidisturbios de la Brigada Móvil no nos superan en número, pero sí en altura, músculos, equipamiento y derecho al uso legítimo de la fuerza.

Para mis intereses, eso sí, parece la situación ideal, ya que sumaré puntos ante los miembros de Rebels al Raval. Y más si sigo los consejos de Pol:

—Solo, hay que estar en primera línea. Cuando vengan los mossos, nos sentamos, levantamos los brazos y resistimos. Que nos saquen de allí a la fuerza.

—Bueno, pero nos quedamos a un lado, que no hace falta estar en el meollo.

—Que sí, joder. ¿Quieres integrarte en la asociación o no?

No tengo tiempo de discutir porque me empuja hacia el centro y nos colocamos frente a los antidisturbios, que ya están en formación. La chica punk de los abrazos me mira, coloca su mano en mi hombro y asiente. No dice nada, pero me inunda de espíritu combativo. Se acerca un mediador y nos pide que nos apartemos, que tienen una orden judicial, que ya lo siente, pero no hay otra opción, que así son las cosas y mejor si no lo ponemos más difícil.

Le decimos que se vaya a tomar por saco y él se encoge de hombros, porque no es el primer desahucio al que asiste y ya sabe cómo va a acabar el asunto.

Nos juntamos todavía más para proteger la puerta. Hay una mujer que intenta repartir claveles entre los mossos, pero ellos los rechazan mientras nos miran con hastío, porque se nota que no somos rival para ellos y no les motiva sacar las porras.

Dan un primer paso y nosotros nos entrelazamos por los brazos y gritamos «no pasarán», aunque la historia demuestra que este lema nunca ha traído suerte a la clase obrera. Esta vez no será diferente.

Los antidisturbios empiezan por los flancos y de un simple tirón eliminan a los primeros concentrados.

—Al suelo —ordena alguien, y obedecemos como un pelotón.

Los gritos se intensifican y se mezclan con insultos y otras proclamas.

—*No teniu cor*! —grita alguien.

—¡Haz fotos, Solo… digo Soler, haz fotos! —me aprieta Pol.

Lo que me faltaba. Saco el móvil del bolsillo a duras penas mientras los mossos van arrancando de su posición a las personas que tengo a mi alrededor. Me tiembla la mano y prefiero estar atento a los palos que me puedan caer encima que no a la pantalla, así que no sé qué imágenes saldrán.

Cuando llega mi turno, dos policías me preguntan si quiero colaborar y salir por mi propio pie. Y aunque su presencia es imponente, no he llegado hasta aquí para hacer ahora el panoli, así que me niego y proceden a ejecutar su trabajo. Me agarro más fuerte a mis compañeros e intento resistir. Deben de considerar que será tan fácil sacarme de allí como ha sido con el resto, pero resulta que los entrenamientos con Layla están dando sus frutos y mis músculos se tensan para convertirme en un bloque de granito.

Tras unos intentos leves, pasan a agarrarme por los hombros con más fuerza y yo saco sus manazas de allí con un movimiento brusco, cosa que les cabrea y alegra al mismo tiempo. He pasado de una resistencia pasiva a otra más activa, y esto les da pie a probar una táctica más contundente.

Se unen a la fiesta otros dos mossos y me agarran por los brazos y las piernas sin miramientos, mientras yo intento zafarme. Pero hasta aquí ha llegado mi revolución y me sacan en volandas, para luego lanzarme al suelo sin preocuparse del aterrizaje.

Caigo sobre el hombro izquierdo y me deslizo por el pavimento en una postura poco digna hasta que me frena la

pared. Pol corre la misma suerte, aunque él no para de cagarse en sus muertos durante todo el vuelo.

Se acerca el treintañero que dirigió el otro día la reunión y nos ayuda a ponernos de pie, justo al mismo tiempo que la policía consigue entrar y se multiplican los gritos desde los balcones. Una banda sonora que queda rota con los llantos de la madre y sus tres hijos cuando salen a la calle cargando algunas maletas y unas pocas pertenencias, con el padre intentando explicar que no tienen adónde ir, que no ha podido pagar las últimas cuotas, pero que pronto encontrará trabajo.

Sin embargo, sobran las explicaciones y la policía deja a la familia en manos de los servicios sociales, mientras nosotros nos quedamos mirando la escena con la sangre hirviendo. Aunque no tendría que ser así, porque mi misión es otra, me saltan algunas lágrimas de rabia.

—*Anem al local* —propone el líder, y Pol y yo nos sumamos al resto.

Curiosamente, quienes estamos más cabreados somos nosotros dos, mientras los demás asumen la situación con la resignación que otorga la rutina.

—Es tu primer desahucio, ¿no? —me preguntan.

—Sí —admito, y luego intento rectificar—: Bueno, en el Raval, sí, pero he estado en otros en el Clot y Nou Barris.

—Pues en todos lados suelen acabar así.

—Ya, pero me jode igual. Esto no saldrá en ningún periódico, ¿o qué? —cambio de tema.

—¿Has visto a algún periodista por ahí?

—Entonces tenemos que explicarlo nosotros. ¡No puede ser que la gente no lo sepa! —exijo indignado.

—Tú eres periodista, ¿no? Pues escribe una crónica. He visto que hacías fotos, seguro que alguna llamará la atención —dice Pol, dándome el pase de la muerte.

—Sí, nos podría ser útil —comenta otra de las activistas que dirigió la reunión—. Tenemos la web muerta de asco. ¿Podrías hacerlo?

—Eh, sí, sí, claro.

—Además, nos podría servir para eso otro que estamos preparando… —añade un tercero—. Hemos sufrido algunas

bajas últimamente.

—Bueno, ya hablaremos de ese tema más adelante —replica ella con un evidente tono de reproche.

Eso otro. ¿A qué se refieren? ¿Por eso me habrán pedido en Private Eye que me infiltre? De todos modos, no tengo tiempo para divagaciones, porque enseguida me cae encima un trabajo con el que no contaba.

—Mira de redactar hoy el artículo y mañana por la tarde te pasas por el local y lo revisamos. Nos va a ir de puta madre alguien que escriba bien. ¿Dónde has trabajado?

—Bueno, al terminar el grado me fui a viajar por América Latina y he vuelto hace poco. Allí colaboré con algunas revistas. Aún no he encontrado nada aquí.

—Casi consigue entrevistar al Subcomandante Marcos — interviene Pol con una sonrisita para multiplicar la mentira y, de paso, joderme un poco.

Los más veteranos asienten con admiración y siento que sus expectativas sobre mi artículo aumentan. Necesito toda la noche y diez borradores para escribirlo, aunque cuando se lo entrego parece que les gusta y me piden que me encargue de los temas de prensa de la asociación. Tampoco tenían a nadie más disponible, por lo que se hubieran conformado con la redacción de un alumno de primaria.

Sea como sea, todo ha ido más rápido de lo que esperaba, y esto me hace sentir orgulloso.

Como contrapartida me paso la semana entera subiendo, bajo el seudónimo de Jordi Soler, descripciones, manifiestos y crónicas para darle a su web un aspecto decente. ¿Me estará diciendo el destino que la cagué dejando la carrera de Periodismo para ser detective privado? Porque siempre acabo igual…

Sin embargo, a pesar de que casi cada tarde me dejo caer por el local que comparten con otras asociaciones del barrio, no consigo volver a interactuar con los cabecillas de Rebels al Raval. Y mucho menos averiguar qué es *eso otro*.

Recibo, eso sí, la asistencia voluntariosa de la chica punk de los abrazos, que se llama Cristina. El aire infantil y tierno que le dan sus mofletes sonrojados contrasta con la radicalidad

perfectamente estudiada de su vestuario, como si quisiera contrarrestar la primera impresión que causa. Lleva el pelo decolorado, con un corte desigual con los laterales muy cortos y largos mechones en el centro. No parece obra suya, sino más bien de un buen peluquero.

Me explica que hace poco que se ha mudado al Raval con unas compañeras de la universidad. También que hace un par de veranos hizo un voluntariado en Chiapas y me pregunta si visité esto o aquello. Puto Pol.

Un día, justo cuando estoy saliendo del local, Mireia me envía cinco fotos de un *loft* reformado, luminoso y decorado al estilo nórdico con vigas de madera a la vista.

«¿Te gusta? Está en la calle de la Cera.»

Joder, ¿precisamente en la calle de la Cera? Aunque la verdad es que parece el piso ideal. Me suben las pulsaciones al pensar que mi mudanza podría avanzarse, pero respiro hondo y respondo lo que ella quiere leer:

«Sí, sí, pinta muy bien.»

Inmediatamente ella contesta:

«Podemos ir a verlo, si quieres.»

Antes de que yo pueda escribir nada más añade:

«El alquiler es de solo mil ochocientos euros al mes.»

Y complementa el mensaje con una larga sucesión de emoticonos de guiños, carcajadas y cabezas explotando.

5

Aunque empecé con muy buen pie en Rebels al Raval, ahora que han pasado tres semanas siento que estoy estancado. No he logrado romper la discreción de los líderes sobre el plan que están cocinando a fuego lento —solo he oído que «será un bombazo»— y no he recibido ninguna otra instrucción por parte de Private Eye. He dejado un par de recados a Recasens, pero ni caso.

Continúo con mi rutina de responsable de comunicación, lo que me permite redactar un informe detallado para Private Eye, aunque sin comprometer en nada a la asociación. De hecho, estoy experimentando un evidente síndrome de Estocolmo y me cuestiono qué pasará cuando la duquesa quiera activar su célula durmiente —es decir, yo— y reclame información más suculenta. Por ejemplo, los vicios de sus miembros más destacados.

Para aparcar los dilemas éticos procuro mantenerme ocupado, ya sea escribiendo artículos para su web, participando en algunas protestas (menos agitadas, por suerte), repartiendo comida a domicilio con mi bici para ganar cuatro pavos e intentando capear una pequeña crisis en casa después de que se nos ocurriera organizar una fiesta menos íntima de lo previsto y el piso quedara patas arriba.

—A partir de ahora, os tajáis en un bar o montáis un botellón en el parque. ¡Pero aquí no entra ni Dios! —ordenó Samu al día siguiente, cumpliendo no solo con su papel de propietario sino también de personaje cada vez más asocial.

—Vale, reconozco que se nos fue de las manos, no pensé que vendría tanta peña. La próxima vez iremos con más cuidado —se defendió Berni, principal instigador.

—¡No habrá próxima vez, eso que te quede claro!

—Va, Samu, calma —intervine yo—. Limpiamos a fondo y aquí no ha pasado nada.

—¿Y cómo solucionamos lo del vecino histérico, eh?

Se refiere al hombre del piso de abajo que subió a las dos de la mañana armado con una escoba y amenazando a gritos con llamar a la Guardia Urbana.

—Ahora voy a disculparme —se ofreció Pol—. Le diré que

estábamos celebrando la despedida de soltero de Solo. Creo que es el único que le cae bien de nosotros.

—Hasta ahora… —respondí yo.

—Haced lo que os salga de los huevos, pero se acabaron las fiestas para siempre. Y si queréis follar y os preguntan «¿en tu casa o en la mía?», ya sabéis qué responder.

—Samu, tío, eso sí que no… —suplicó Berni.

Y así seguimos discutiendo un buen rato hasta que acordamos no celebrar encuentros con más de diez personas, establecer un calendario escrupuloso con las tareas del hogar y procurar ligar (en especial Berni) solo con chicas que tengan piso propio o, en su defecto, habitación de hotel disponible.

Por otro lado, he seguido visitando pisos con Mireia. Es curioso porque no he tenido que preocuparme de frenar el proceso, ya que la realidad se ha encargado de hacerlo por mí. Después de localizar en internet tres pisos decentes y a un precio más o menos asumible —dentro de los estándares barceloneses—, nos encontramos con que ya habían sido alquilados antes incluso de que tuviéramos la oportunidad de visitarlos.

El último caso fue particularmente cruel, porque estuvimos esperando en el portal, nerviosos, más de media hora. Cuando llamamos a la inmobiliaria para preguntar por qué no aparecía nadie por allí, nos informaron de que el piso había sido alquilado y, sin disculparse, nos aconsejaron ser muy rápidos y no pensárnoslo demasiado «porque los buenos pisos vuelan».

Mireia se conecta ahora cada día a las siete de la mañana para consultar las novedades y yo me he comprometido a ser lo más ágil posible si sale algo interesante. Y esto, viniendo de mí, representa una auténtica prueba de amor.

También continúo con mis entrenamientos con Layla en la playa, si bien hemos decidido cambiar el horario al anochecer porque a finales de mayo el sol ya comienza a apretar. Ha descubierto una técnica de combate desarrollada por el ejército israelí y me está enseñando algunos golpes básicos, porque a medida que avanza en sus estudios de criminología se está dando cuenta de que «los peligros acechan por todas partes».

—Mejor estar preparados —remarca, y a mí me parece que

exagera un poco.

Además, no creo que pueda aprender en nuestras sesiones semanales de apenas dos horas una disciplina capaz de convertirte en una especie de Jason Bourne.

—Si alguien te apunta con una pistola, ¿cómo te defenderías? —me pregunta.

—Layla, si alguien me amenazara con una pistola, simplemente haría todo lo que me pidiera.

—Pues mal hecho —sentencia, y añade—: Va, apúntame como si tuvieras un arma.

Después de que me insista tres veces le hago caso para zanjar el tema. Entonces, procede a detallarme los pasos del contraataque israelí:

—Para empezar, tienes que fingir. Levantas las manos y suplicas, para acercarte lo máximo a la pistola.

—¿Y si dispara antes?

—Si alguien quiere matarte, lo hace y punto. Si solo te apunta, es que quiere sacar algo de ti. Y entonces es cuando puedes actuar.

—Sí, bueno, en teoría —añado, porque no sé de dónde saca esas afirmaciones.

—Es fácil: con la mano más cercana, si el otro es diestro, tu izquierda, das un manotazo cruzado a la pistola y la agarras, a la vez que pivotas con el pie derecho hacia atrás para apartarte de la línea de fuego. Sin darle tiempo a reaccionar, le machacas con una serie de puñetazos de martillo, mientras con la izquierda le desarmas retorciendo su muñeca.

Como una imagen vale más que mil palabras, me lo demuestra varias veces y luego me anima a intentarlo.

—Bueno, seguiremos practicando —me asegura al terminar, sin mucho éxito por mi parte—. ¿Qué haces ahora?

—Tengo que pasarme por el Raval para… Bueno, para una cosa.

—Mmm, qué misterio… ¡No me digas que estás trabajando en un nuevo caso!

—Eh, sí, pero no es nada del otro mundo —admito contrariado, porque no quería que Layla lo supiese todavía.

—¿Y qué tienes que hacer?

—Nada, pasar a buscar una documentación por un sitio.

—Vale, te acompaño —se ofrece mientras se pone la sudadera—. Y así me cuentas algo de tu nueva misión.

Aunque yo no la definiría como *misión*, acepto. Antes, me quito la camiseta empapada, me limpio como puedo con el agua de la ducha y me seco con una toalla que parece un estropajo.

—Cada vez estás más cachas, eh. ¡No te quejarás! —exclama con cara de profesora orgullosa.

Prefiero pasar por alto el comentario para no sonrojarme, así que hago como si nada mientras me pongo una camiseta limpia. Con el objetivo de cambiar rápido de tema, le resumo brevemente que estoy infiltrado en una asociación de vecinos del Raval y que necesito pasarme por el local para recoger unos informes para escribir un artículo.

Al constatar que no tiene nada de emocionante, me corta para describirme todo lo que le están explicando en sus clases de criminología mientras nos dirigimos hacia la parada del metro. Layla es de esas personas a las que no se les da muy bien escuchar.

—Tendríamos que haberlo sabido —me suelta de repente cuando bajamos en la parada más cercana a plaza Sant Jaume para comprar un par de bocadillos en el Conesa.

—¿El qué?

—Quién asesinó a Marcos Maluquer —asegura haciendo referencia al caso que hizo que nos conociéramos a finales del verano pasado—. La posición en que se había encontrado el cadáver revelaba muchas cosas.

—Ya, Layla, a toro pasado es muy fácil —replico, mientras pido un bocadillo de butifarra con pimientos para mí y un vegetal para ella.

Nos comemos la cena recostados en la fuente de Sant Felip Neri, mientras ella sigue relatando las teorías que ha aprendido. Luego volvemos hacia la calle Ferran para ir en busca de las Ramblas y cruzar la masa de personas que la recorren arriba y abajo, como si estuvieran atrapadas en una corriente invisible. Cuando alcanzamos la calle Sant Ramon, que conserva ciertas esencias heredadas del viejo Chino, como los yonquis que te piden «una monedita», Layla aún sigue con lo suyo.

Como se da cuenta de que ya no le presto atención, me dice:

—¡Vale, ya sé que te estoy dando la chapa, Jordi! Te invito a una cerveza para compensar.

Una cerveza para mí, porque ella bebe agua con gas con una rodaja de limón. Una consumición algo fuera de lugar en un bar como el Marsella, que ha convertido la mugre centenaria agarrada a sus paredes modernistas en un extraño exotismo dentro de la Barcelona de diseño. Me imagino aquí a Recasens con un vaso de absenta en sus buenos tiempos…

Quizás inspirada por el romanticismo decadente del lugar, Layla se olvida de la criminología por un rato y nos ponemos al día con nuestras vidas sentimentales. Ella me aconseja que, sin dudarlo, me vaya a vivir con Mireia.

—No le des tantas vueltas a todo, Jordi. Si sale mal, te vuelves a cambiar de piso y ya está. Pero no dejes de intentarlo por miedo —me aconseja en base a los cánones de la filosofía *layliana*.

Salgo del Marsella lleno de espíritu aventurero por su sesión de *coaching* y nos dirigimos al metro, aunque antes de bajar las escaleras de la entrada de Canaletes me recuerda a lo que realmente habíamos venido:

—¿No tenías que ir a buscar algo al local de la asociación esa?

—Joder, es verdad. Coge tú el metro y yo vuelvo.

—No, no, te acompaño. Que aún no dominas las claves de la defensa personal —me informa con un guiño.

—Ah, es verdad, aún no soy una máquina de matar como tú.

—Eso es. Además, quiero ver tu nuevo lugar de trabajo. Si es que se le puede llamar así... —comenta con ironía.

Recorremos el camino a la inversa, cruzamos la oxigenada y postiza Rambla del Raval y nos adentramos en unas calles más oscuras y sucias, que siempre han servido de refugio a los recién llegados en busca de una vida mejor y así siguen, aunque los lugares de procedencia se hayan alejado del mapa.

Esto da pie a Layla a retomar el hilo criminológico e introducirme en la estrecha relación entre urbanismo y delito,

aunque no le hago demasiado caso porque ya hemos llegado al local y apenas veo. Necesito conectar la linterna del móvil para encontrar la cerradura.

Una acción que dura tan solo un par de segundos pero que me ofrece el tiempo suficiente para reaccionar cuando advierto que la puerta se abre y salen dos hombres que no tienen pinta de pertenecer a ninguna de las asociaciones que comparten el local. Que vayan vestidos de riguroso negro, tengan los bíceps del tamaño del gato de Botero y carguen con un pesado maletín de cuero contribuye a esa impresión.

Instintivamente, me arrimo a la pared, agarro de un brazo a Layla para atraerla hacia mí y la beso.

Aguantamos casi diez segundos, en los que ella me sigue el juego y fingimos ser una pareja de enamorados, aunque por la ubicación y la hora seríamos más bien unos guiris borrachos que se han conocido en algún antro y no han tenido tiempo de llegar al hotel. Si por algún momento he pensado que ella podría malinterpretar la situación (para bien o para mal), sus primeras palabras cuando los tipos desaparecen disipan cualquier temor.

—¿Quiénes eran esos tíos, Jordi? ¿Por qué no querías que nos vieran? —pregunta, haciendo evidente que en ningún momento ha creído que yo pudiera tener un arranque de pasión.

A mí me cuesta más reaccionar, tanto por el regusto del beso como porque estoy intentando encajar las piezas. No eran de ninguna asociación, eso seguro. Tampoco de Private Eye, o al menos nunca los había visto antes. Entonces, ¿de alguna otra agencia? O, peor, ¿matones?

—Ni idea, Layla, pero es raro. Nunca los había visto por aquí y no tienen pinta de ser vecinos del barrio.

—¿Entramos a ver si han destrozado algo?

—Espera un rato, que no se les ocurra volver.

—Vale, ¿qué hacemos mientras? ¿Me quieres besar de nuevo? —me pregunta con una sonrisa pícara, mientras me lanza un suave puñetazo al estómago.

Yo noto un calor abrasador que me sube hacia la cabeza, por lo que no descarto que en breve me empiece a salir humo.

—No te pongas rojo, ha sido una buena técnica de distracción. ¿De dónde la has sacado?

Diría que de una de esas películas de Indiana Jones que mi padre ha visto más de veinte veces, pero en vez de responder vuelvo a sacar las llaves, retomo una postura lo más profesional posible, espero otros cinco minutos y entro con cautela en el local, que parece igual que siempre.

Compruebo que no falte nada, que los armarios continúen bien cerrados y que no hayan colocado ninguna cámara o micrófono, aunque si eran expertos no lo detectaré a simple vista. Quizás han instalado algún programa espía en el ordenador, pero también necesitaría ayuda para detectarlo. Se me pasa por la cabeza la posibilidad de que hayan puesto una bomba, aunque descarto la idea de inmediato. Tampoco hace falta ponerse dramáticos.

En todo caso, prefiero no quedarme demasiado tiempo por aquí y le pido a Layla —que está explorando el lugar con mirada de sabuesa— que se dé prisa.

—¿No tenías que coger algo?

—Eh, sí, sí —digo mientras localizo un montón de papeles, con un post-it en el que alguien ha escrito *Jordi Soler*.

Cierro la puerta con suavidad y nos alejamos a paso ligero en silencio. Cuando llegamos a la plaza Universitat, Layla me comenta toda seria:

—Te has fijado, ¿no?

—¿En qué?

—No han forzado la puerta, así que tenían la llave.

—Sí, sí, es verdad —respondo, aunque con todo el ajetreo no había tenido tiempo de pensar en ello.

—Esto solo significa una cosa: que tenéis un topo. Aparte de ti, claro —concluye.

Por la noche tengo uno de esos sueños alucinógenos que se producen cuando el cerebro no ha tenido tiempo de procesar la información recibida y deja que el subconsciente trace su propia y absurda línea argumental.

Soy un topo que corre por un prado mientras unos tíos vestidos de negro y con acento argentino me persiguen con un cazamariposas, hasta que aparece Layla y me besa. Eso nos teletransporta a una realidad paralela, en la que Mireia nos está enseñando un piso, aunque nos advierte que antes debemos

deshacernos del topo porque le gusta demasiado comerse las flores. Un arma de cañón extralargo me apunta y…

—¡El topo no, que soy yo! —grito alterado al despertarme.

—Calla, Solo, hostia, que no son horas —me recrimina Samu medio dormido.

En realidad son las nueve de la mañana, plena madrugada según los horarios de esta casa. Sudado como si hubiera corrido un maratón, me traslado al sofá. Cuando los latidos del corazón se van espaciando, la angustia provocada por la pesadilla se disipa dejando un poso de culpabilidad.

Aunque todo lo que sucedió ayer fue por estrictos motivos profesionales (y por *todo* me refiero al beso con Layla), me siento inquieto y escribo a Mireia por si quiere quedar esta noche, para compensar.

Cuando estoy esperando su respuesta sin dejar de observar la pantalla del móvil, me llega un SMS anónimo que simplemente reza: «La Plata. 12.30».

Como sigo influido por el sueño, interpreto *la plata* al modo latinoamericano, como si alguien me estuviera pidiendo dinero. Pero, ¿quién? ¿Y de dónde quieren que lo saque, si estoy pelado?

Después de prepararme un café cargado, comerme un gofre mordido que Berni dejó hace unos días en la nevera y limpiar la montaña de platos con la grasa reseca que se acumula en la cocina, vuelvo a leer el mensaje de la manera más objetiva posible.

Si *12.30* representa una hora, *La Plata* tiene que ser un lugar.

Consulto Google y, efectivamente, se trata de un bar situado en la parte baja del Gòtic, allí donde sobreviven unas pocas tabernas en las que no sería extraño encontrarse con el fantasma extraviado de un marinero de la sexta flota americana en busca de una última noche loca.

Con solo ver un par de fotos de La Plata ya me imagino quién me ha convocado.

6

—¿Cómo lo has sabido?

—Vaya, *nano*, *bon dia*, ¿no?

—Sí, sí, pero ¿cómo te has enterado tan rápido de lo de ayer? ¿Fuisteis vosotros?

—Respira, que te va a dar algo. ¿Qué quieres tomar?

La Plata hace esquina en la última calle antes de ver el mar y tiene a un lado una puerta que se abre de par en par y, al otro, un amplio ventanal. Nada más entrar hay una pequeña barra de azulejos, respaldada por una antigua nevera de madera y unos barriles de vino a granel.

Tiene repartidas en sus escasos metros cuadrados unas cuantas mesas de mármol y en sus paredes lucen cuadros y fotografías sin un criterio estético uniforme. Lo mismo sucede con su clientela, formada tanto por personajes del estilo de Recasens como por jóvenes turistas a la caza de una imagen de la Barcelona auténtica para subir a sus redes sociales.

—No sé, ¿hay carta?

—No.

—Una cerveza y unas patatas bravas.

—Aquí no tienen bravas.

—¿Cómo no van a tener bravas? —replico confundido.

El camarero se apiada de mí y me explica que solamente preparan las mismas cuatro tapas desde que abrieron en 1945: pescadito frito, ensalada de tomate y cebolla, anchoas y un montadito de butifarra.

Como cuando tengo un mal día soy más atrevido, digo:

—Si paga Recasens, una de cada.

Y este le guiña el ojo al camarero y le comenta:

—Cría cuervos…

A pesar de todo me las sirven y se me suaviza el humor, aunque sigo pensando que Recasens está jugando conmigo al esconderme cierta información.

—Entonces, ¿qué fue lo de ayer?

—*Nano*, no sé de qué me estás hablando.

—¿Enviasteis a alguien a colocar micros en la asociación?

—Primera noticia.

—Joder, Recasens, ¿y por qué me has citado aquí?

—Porque has dejado no sé cuántos recados en el bar de Antoñito y quería evitarte un ataque al corazón.

—Pues mira, llegas tarde, porque estoy de los nervios…

—*Ja ho veig, ja*. Va, come y luego me lo explicas con calma —me ordena mientras me roba un par de pescaditos y se pide otro vermut.

Una vez he vaciado los platos con ansia y apurado la segunda caña, le cuento lo que pasó ayer, con el beso a Layla incluido, porque no me lo puedo sacar de la cabeza.

Él hace caso omiso a esta última parte y se centra en lo profesional.

—Interesante.

—Entonces, ¿no es cosa de Private Eye?

—No.

—¿Y quién ha podido ser?

—Ni puñetera idea.

—¿Por qué me pedisteis que me infiltrara? Quizás esté relacionado de alguna manera…

—Tampoco lo sé, yo solo soy el mensajero.

—Pues pregúntale a la duquesa. Joder, Recasens, no puedo ir a ciegas. ¿Y si es peligroso?

Él se encoge de hombros y se zampa la oliva del vermut. Luego, del bolsillo de su camisa amarillenta saca una hoja impresa doblada en ocho partes, que despliega sobre la mesa sin preocuparse de alisar las arrugas.

—¿Esta quién es? —pregunto extrañado al ver la fotografía de una chica modosita, de media melena rubia oscura y sonrisa angelical. Si no fuera porque debe de tener unos dieciocho años se podría decir que es la foto de su primera comunión.

—Dímelo tú.

Hostia, este tío es exasperante.

Observo la fotografía sin mucho interés porque no reconozco a la protagonista, aunque, de manera progresiva, mi cerebro empieza a lanzar señales de aviso. Algo no me cuadra. Me suenan ese rostro infantil de mofletes sonrosados y esa sonrisa sincera y acogedora, pero no sé de qué.

Cierro un ojo como si fuera un pintor escudriñando un paisaje mientras alargo el brazo para alejar la imagen y ganar

perspectiva. Una figura borrosa baila en mi mente, hasta que se vuelve totalmente nítida:

—¡Es Cristina, la chica punk de la asociación! Qué cambiada está...

—Así que, ¿la reconoces?

—Sí, sí, pero es muy buena tía, no pienso sacarle ningún trapo sucio —aviso.

—¿Te he pedido algo así?

—No, pero…

—Quizás tengas que protegerla llegado el momento.

Salto de la silla como si me impulsara un muelle imaginario.

—¿Llegado el momento de qué? ¿Entonces hay en juego algo peligroso?

A Recasens se le pone esa sonrisa de lobo que evidencia que está disfrutando del sufrimiento de su interlocutor.

—No seas pesado, ya te he dicho que no lo sé. *Va, seu*! Las órdenes son que sigas ganándote la confianza de los miembros de la asociación y que te acerques mucho a esta chica. Ya recibirás nuevas instrucciones.

Se levanta para pagar las consumiciones en la barra, mientras estrecha la mano a los camareros y les asegura con sorna que los bares de la Barceloneta siguen siendo los mejores. Con un pie en la calle se gira y me dice:

—Le pediré a Marina que envíe a alguien para rastrear si han puesto algún micro en el local. Así te marcas un tanto.

—¿Ah sí? ¿Y cómo?

—Los de la asociación pensarán que los has encontrado tú. Solo tienes que hacer un poco de paripé.

—Les digo que los he detectado con mi visión de infrarrojos, ¿o qué?

—Ya se te ocurrirá algo. Otras cosas no sé, pero imaginación no te falta, *nano*.

Cuando salgo de La Plata tengo varios mensajes en el móvil.

Por un lado, Mireia me confirma que le apetece quedar esta noche y me sugiere ir a la Filmoteca.

«¿A que no sabes qué película ponen?»

Cuando le respondo que ni idea, ella me saca de dudas:

«*El halcón maltés*. Te suena, ¿no?»

Es una pregunta retórica, claro, porque no solo la he visto decenas de veces por si aprendía algo de Bogart, sino porque en Sant Jordi los dos nos regalamos el libro sin saberlo. Eso sí, ella se lo curró mucho más, porque encontró una edición antigua en una librería de viejo, mientras que yo me conformé con comprar la última reedición en una parada de las Ramblas. Pero la coincidencia nos dejó a los dos flotando en las nubes.

Así que acepto encantado el plan para ver la peli juntos por primera vez y redoblo la apuesta con la pizza de después. Nos merecemos relajarnos un poco; tengo la sensación de que últimamente solo hablamos de temas inmobiliarios...

Por otro lado, Matías me pregunta si puedo trabajar este viernes en una cena para ciento cincuenta personas en el MNAC, el Museu Nacional d'Art de Catalunya. Se le ha puesto enfermo uno de los camareros y necesita suplirlo con alguien «rebueno» como yo. Después de contestarle que sí, me suelta sin ningún contexto:

«Ya viste lo del pibe ese, ¿no? Qué mala onda.»

A pesar de la escasez informativa de la frase, interpreto que se está refiriendo a Mike Comabella. La noticia me pilla justo a los pies de la estatua de Colón. Me recuesto en su pedestal para repasar las últimas noticias en Twitter, a la vez que estropeo un buen puñado de fotos de recuerdo.

Toda la información que encuentro coincide: Miquel Comabella, aspirante a la alcaldía de Barcelona después de una brillante carrera financiera en Estados Unidos, tuvo un accidente de coche al volver del acto de presentación de su candidatura. Tras unas semanas en coma, falleció ayer ante la consternación de sus seres queridos y de la sociedad civil. La familia pide que se respete su intimidad en estos momentos tan duros.

En ningún caso se especula que pudiera estar bajo los efectos del alcohol o las drogas cuando estampó su coche en una curva de la Arrabassada, ni mucho menos que el siniestro pudiera haber sido provocado. Fin de la historia, aunque no me extrañaría que los mossos volvieran a citarme en comisaría para aclarar algunos puntos.

Sin embargo, me equivoco, porque cuando llega el viernes nadie de la policía se ha puesto en contacto conmigo.

Sí lo ha hecho Marina del Duque, aunque no por este motivo, sino porque enviará a alguien para comprobar si hay algún micrófono en el local de Rebels al Raval, precisamente esta noche.

«Tengo trabajo… de camarero», le hago saber. Iba a añadir que ellos sí me contratan de manera legal, pero me contengo.

«Cuando acabes», responde inflexible, y me cita a las dos de la mañana en el bar de un hotel de lujo que está junto a la Rambla del Raval, irónicamente en la plaza de Manuel Vázquez Montalbán.

Así que me dispongo a encarar una jornada maratoniana que empieza a las siete de la tarde en el MNAC, que se va vaciando de visitantes en teoría extasiados por el arte románico catalán mientras nosotros preparamos el acontecimiento, organizado por una multinacional de la telefonía móvil que lanza su nuevo modelo al mercado europeo.

Está plagado de expertos, periodistas y blogueros de todo el continente, a los que han pagado el viaje y la estancia, cuando con un correo electrónico y unas cuantas fotos ya hubiera bastado. Para que luego hablen mal del cacharro…

Como esta vez la cena ya está preparada, solo tenemos que preocuparnos de servirla. Hago recuento y distingo a los camareros más veteranos, pero no a ninguno de los que se estrenaron en el Observatori Fabra a finales de abril. Supongo que les dio mal rollo el desenlace de la noche. Comentamos el accidente entre nosotros, pero tampoco tenemos nada significativo que aportar. La excepción es uno de los que se encarga de la barra de vinos, que se lanza a los brazos de la conspiranoia:

—¿Y si fueron los servicios secretos de Corea del Norte, Rusia o Irán, que lo envenenaron con algún agente neurotóxico?

Se ve que el tío es un flipado de los videojuegos de simulación geopolítica, así que su comentario no tiene demasiado recorrido. Sobre todo porque Matías zanja las especulaciones y nos anima a concentrarnos en lo nuestro, que es pasear bandejas con una sonrisa.

En toda cita de estas características, siempre hay algún camarero que aprovecha algún instante de calma para rememorar «aquella vez» que fue un auténtico desmadre, en el que el jamón de Jabugo se servía junto a rayas de cocaína. Pero la verdad es que ni yo ni nadie a quien le pregunto hemos vivido nada parecido.

Todos los eventos suelen ser parecidos, sobre todo cuando los comensales son extranjeros: buenas maneras, actitudes comedidas y pocos excesos, más allá de tomarse una tercera copa de vino tinto. El de hoy no es una excepción.

—¡Otro día más en la oficina! —exclama Matías cuando comprueba que hemos recogido todo y nos da permiso para irnos a casa, aunque añade en el último instante—: ¿Se apuntan a tomar una copa?

La mayoría nos hacemos los locos hasta que detalla:

—Conozco a la gente del Apolo, les llamo y nos ponen en la lista.

La predisposición cambia ante el ahorro que supone no pagar la entrada de la discoteca y unos cuantos se suben al carro. Yo también lo haría si no fuera porque tengo media hora para llegar a mi cita con la duquesa. De todos modos, le pido que me apunte porque quizás me pase un poco más tarde.

—Tenés que cumplir con la parienta, eh… —comenta con una sonrisa maliciosa, y no me preocupo de contradecirle.

Bajo al trote las escaleras que conectan el museo con los pabellones de la Fira de Barcelona bordeando la Font Màgica, que ya ha terminado su espectáculo de agua y luz, pero aún congrega a su alrededor a turistas y vendedores de souvenirs.

Sin entretenerme sigo mi camino hasta el metro y me bajo en la parada de Liceu, para luego adentrarme en un Raval en plena ebullición y acceder al hotel por su puerta principal.

Como voy vestido con mi uniforme de camarero —pantalones y camisa negros—, el portero me mira como si me hubiera perdido, pero le aclaro que he quedado con mi jefa para tomar una última copa. Parece conformarse, seguramente porque se enfrenta cada noche con personajes mucho más estrafalarios y peligrosos que yo.

—El bar está en la azotea, se sube por ese ascensor —me

informa.

En la terraza me espera ya nerviosa la duquesa. Lleva una gorra azul de los New York Yankees, no sé si para fundirse con el ambiente o porque ha visto en alguna serie americana que así debe vestirse uno para un encuentro clandestino en plena noche.

Detrás de ella aparece Álex, uno de los detectives con los que coincidí el verano pasado en la agencia. Por su sonrisa irónica y el gintónic que lleva en la mano, entiendo que ya habrá recuperado su posición después de la cuarentena a la que fue sometido tras el escándalo de las escuchas políticas en un conocido restaurante de la ciudad.

Marina del Duque, nada más verme, dicta su primera orden:

—Álex, quédate en la mesa, no quiero que escuches nada que no debas. Jordi, vamos adentro.

Nos sentamos en un sofá de polipiel blanca y me da instrucciones precisas, como si fuera una entrenadora de baloncesto en un tiempo muerto. Solo le falta la pizarrita.

—Vas con Álex al local. No le cuentes nada, solo sabe que tiene que rastrear unos dispositivos de escucha. Es muy importante que no conozca ningún detalle más, porque este asunto sigue siendo extraoficial.

—De acuerdo.

—Si encontráis micrófonos, haced fotos, los analizaremos por si nos dan pistas de quién los ha puesto. Eso sí, los dejáis allí, para que no sepan que los hemos descubierto. Como supongo que habrá varios, finge que encuentras uno cuando estés con los miembros de la asociación, así te ganarás su confianza.

—Bueno, ya encontraré la manera. ¿Algo más?

—Si realmente hay micros, investiga quién los ha colocado. Me gustaría saber por qué hay más infiltrados operando en la asociación.

—Uf, no será fácil.

—Mantén los ojos abiertos. Álex te explicará algunos trucos.

—¿Crees que hay alguien más interesado en Cristina, la chica de la foto que me mostró Recasens?

—No lo sé, podría ser cualquier cosa, pero vale la pena

comprobarlo. Siempre va bien revelarle al cliente cosas que no se espera.

—¿Quién es, por cierto?

—No necesitas saberlo.

—Bueno, lo decía para hacer mejor mi trabajo…

—Descubre quién ha puesto los micros, si los hay, sigue en la asociación y gánate la confianza de la chica. Nada más —resume, a la vez que me pasa con discreción un sobre.

—¿Y esto?

—Para cubrir gastos. De momento lo estás haciendo bien —reconoce, aunque sin una sonrisa que acompañe el cumplido.

Me ordena que me quede en el sofá, sale a la terraza, chasquea los dedos y luego vuelve a entrar para dirigirse al ascensor, cuyas puertas se abren justo cuando ella se encuentra a dos pasos, como si estuviera todo ya previsto.

Mientras estoy ojeando el sobre, que contiene doscientos euros, aparece Álex y me anuncia:

—Me acabo la copa y nos vamos.

Se toma su tiempo y luego nos dirigimos al local, al que llego mirando a lado y lado por si encuentro a alguien conocido que pueda descubrirnos.

—¡Viassolo, tío, disimulas demasiado! *Keep calm*, somos dos colegas que vamos adentro a fumarnos unos porros.

Me parece una buena coartada, porque me consta que más de uno lo suele hacer. De todos modos, no consigue que me calme por completo, por lo que no dejo de vigilar la puerta durante el cuarto de hora que necesita Álex para localizar cuatro micrófonos ocultos. No es que sea Sherlock Holmes, sino que utiliza un detector electrónico.

—¡Va, nos largamos, que me ha entrado hambre! —grita Álex, aunque se lleva un dedo a los labios para indicarme que mantenga la boca cerrada.

En silencio, me señala los diferentes dispositivos que ha encontrado detrás de las estanterías, a la vez que me pide que le ayude a separarlas de la pared para poder hacer una foto a los micros, que son del tamaño de un paquete de chicles.

Luego me hace un gesto con la cabeza para que me acerque al escritorio donde se encuentra el ordenador. Me muestra el

ladrón de enchufes y le hace unas cuantas fotos. Finalmente me anuncia con la cabeza que, ahora sí, nos vamos.

Cuando nos hemos alejado lo suficiente, compramos dos cervezas a un vendedor ambulante y nos sentamos en un banco de la Rambla del Raval, donde por fin puedo respirar tranquilo.

—Han hecho un buen trabajo, pero no lo suficientemente bueno para colársela a un profesional como yo —asegura Álex, que aunque se esfuerce en hacer ver que este tipo de tareas no le ponen nervioso se fuma el primer cigarrillo en tres caladas.

—Cuatro micros, ¿no?

—Cinco, porque en la regleta de enchufes había otro.

—¿Cómo funcionan?

—Los que están detrás de las estanterías tienen un sensor que detecta cuándo está teniendo lugar una conversación dentro y envían un mensaje de aviso al móvil.

—¿Y lo graban todo?

—No, estos dispositivos no disponen de grabadora. Al llevar una tarjeta SIM solo tienes que marcar el número de teléfono y puedes escucharlo todo en directo. Es mucho mejor, porque no tienes que entrar cada dos por tres a buscarlos para recuperar la grabación. Eso sí, te tragas cada chapa…

—¿Y el del enchufe?

—Funciona más o menos igual, aunque al no tener ningún sensor de aviso, tienes que adivinar cuál es el mejor momento para llamar y activarlo. Lo bueno es que no hace falta esconderlo detrás de ningún mueble, por lo que su radio de escucha es mucho más amplio.

—Ya. Entonces, si alguien encuentra los micros de las estanterías, no pensará que puede haber otro en el enchufe.

—Esa es la gracia: diversificar.

—¿Y cómo puedo descubrir quién los ha colocado?

—Calculo que la batería les durará un par de semanas, quizás algo más, depende del uso. Cuando se queden secos, alguien tendrá que reemplazarlos —comenta Álex antes de añadir—: Uf, tengo que mear.

Se mete por una callejuela en busca de un hueco entre contenedores donde hacer gala de su incivismo, mientras yo me quedo pensando en cómo podría dar caza al espía. A la vez, en

un mecanismo automático que compartimos ya la inmensa mayoría de seres humanos al quedarnos a solas, saco el móvil para dar un repaso a las redes sociales.

En Instagram observo una fotografía que me da una idea… aunque no sobre este tema. A pesar de que empiezo a notar el cansancio acumulado, cuando Álex vuelve con otras dos cervezas le pregunto:

—¿Te vienes al Apolo? Estoy en la lista, quizás te pueda colar.

—¡Por fin dices algo con sentido, Viassolo!

Una vez dentro, él se va directo a la barra para fundirse la tarjeta de gastos de Private Eye y yo saludo a mis colegas camareros, que ya van del revés. Les dejo a lo suyo cuando localizo a la persona con quien de verdad me interesaba encontrarme esta madrugada: Dani Parera, mi amigo (o más bien conocido) mosso d'esquadra.

Antes he visto que colgaba una foto entrando a la discoteca, con un modelito más propio de un estudiante de diseño que de un policía. El estado de embriaguez que desprenden sus bailes espasmódicos tampoco es digno de un servidor público, aunque en su tiempo libre que cada cual haga lo que quiera.

Finjo que nos cruzamos por casualidad y, después de intercambiar algunas frases protocolarias y aguantar dos *cariñosas* palmadas en la mejilla, le pregunto gritándole al oído:

—Oye, ya he leído lo de Comabella, ¿habéis cerrado definitivamente el tema?

Él hace un gesto como de repugnancia y responde:

—Sería lo suyo, pero hay una forense tocapelotas que quiere comprobar no sé qué y nos hace ir mal a todos. Sobre todo a mí.

—¿Había algo raro en el coche?

—Nah, solo que el tío había vomitado. Y esto le raya, porque dice que no tenía suficiente alcohol en sangre. ¡Joder, le sentaría mal alguna de las mierdas que le serviste, Viassolo!

—Bueno, si necesitas ayuda, avísame. Puedo echarte una mano.

Él se empieza a descojonar, con un punto de histrionismo derivado del alcohol o de otras sustancias estimulantes, y gruñe

con desprecio:

—¿Tú me vas a ayudar a mí? Si eres un pardillo, chaval…

Puto imbécil, murmuro, mientras él empieza a bailar pavoneándose.

Aunque me saca dos palmos, me entran ganas de romperle la nariz. El directo de derecha que tantas veces he practicado con Layla y a tomar por culo su napia. Como sé que mi sentido común no me va a dejar hacerlo, todavía me hierve más la sangre. Pero, ¿y si al menos me atreviera a…?

No me da tiempo a plantearme ninguna alternativa porque aparece un hípster de manual, de barba suave y mullida, que lo agarra por la cintura para llevárselo a uno de los asientos ubicados alrededor de la pista de baile. Antes de ello, se gira y me dice:

—¿Te ha soltado alguna gilipollez? No se lo tengas en cuenta, está insoportable estos días. ¡Demasiada presión en el curro!

No es excusa, pienso, y me quedo paralizado entre figuras arrebatadas que se mueven al ritmo sinuoso de una vieja canción de los Smiths.

¿Por qué nos afectan tanto las opiniones de aquellos que solo buscan herirnos para sentirse ellos mejor?

Una pregunta retórica que se difumina en la neblina provocada por el calor humano cuando aparece Álex para ofrecerme un gintónic bien cargado.

—¡Invita la duquesa! —anuncia triunfante.

7

La punzada se iba suavizando a medida que entraba más ginebra en mi organismo, así que continué aceptando las copas financiadas por Private Eye hasta que desapareció por completo. Eso sí, ahora estoy pagando el precio en forma de una resaca descomunal que me ha abierto un boquete en el cráneo por el que se me escapan las ganas de vivir.

—No flipes, que nadie se ha muerto de una resaca —me anima Berni a su manera cuando vuelve del turno de *brunch* en la cafetería, mientras me tiende un zumo que me ha traído expresamente.

—¿Qué es esto? Tiene una pinta horrible.

—Zumo de apio, remolacha y zanahoria con guaraná y jengibre. Receta de una de nuestras cocineras, que es de São Paulo —me informa e, imitando el acento brasileño, añade—: Bébetelo, Solinho, porque es mano de santo.

No es que me apetezca demasiado, pero como luego he quedado con Mireia, me lo tomo entero con una mueca de asco. He de reconocer, no obstante, que funciona. Tras una breve siesta recupero cierta alegría vital, que se multiplica cuando ella me anuncia que sus compañeras de piso se han ido a pasar el fin de semana con sus respectivos padres.

«¡Tenemos toda la casa para nosotros!», me dice por Whatsapp.

«No tardo ni diez minutos», respondo de inmediato.

El lunes ya pensaré en los diversos temas que tengo pendientes.

—¿Nos dejas, Solo? —pregunta Pol cuando ve que meto un par de camisetas y ropa interior en la mochila.

—Sí, me voy a pasar el finde con Mireia, ¿me echarás de menos?

—Al contrario, pero recuerda que esta semana te toca limpiar el cuarto de baño y que si no lo haces antes del domingo, penaliza. Según tus propias normas...

Mierda, ¿por qué no me callaré cuando tenga una idea brillante de las mías?

—El lunes lo hago, tranquilo.

—Entonces tendrás que volver a limpiarlo en el siguiente

turno…

—No me jodas, Pol. Ahora resulta que te importan las normas.

—Si son justas, por supuesto.

—Va, hagamos un trato. Lo limpio el lunes sin falta y sin penalización. A cambio, por la noche os invito a cenar al Pirineus, que hace tiempo que no vamos.

A Pol no le hace falta consultar a los demás para aceptar mi soborno fruto de los doscientos euros cobrados ayer en negro:

—Trato hecho. Pásatelo bien.

Sí que me lo paso bien, sí, porque exprimimos al máximo todas las posibilidades que nos ofrece un piso para nosotros solos. Para empezar, aprovechamos para hacer el amor sin restricciones de espacio, tiempo o volumen. Varias veces.

—No se está nada mal así, ¿no? —dice Mireia mientras cocinamos una lasaña que no se acaba pareciendo en absoluto a la imagen de la receta.

—Mmm, podría acostumbrarme.

—¡Mira el tío duro! —me responde lanzándome el trapo a la cara.

Cenamos nuestra versión libre de la lasaña acompañada de una botella entera de vino, por lo que acabamos diciendo chorradas y cantando canciones de Love of Lesbian a grito pelado.

El domingo bajo a buscar cruasanes para desayunar e incluso me vengo arriba comprando unas flores. Luego nos vamos a recorrer la ciudad sin rumbo fijo, hasta que acabamos tan cansados que nos tomamos el lujo de volver en taxi. Por la tarde, tirados en el sofá, nos tragamos los capítulos que teníamos pendientes de la primera temporada de *Juego de Tronos*.

La felicidad sería completa si me pudiera quitar de la cabeza el dilema de si debo comentarle o no que el otro día besé a Layla, por motivos estrictamente profesionales.

¿Se lo explico de pasada, como una anécdota divertida?

¿Me pongo serio y asumo que el otro día cometí un error, pero que nunca más volverá a pasar?

¿O simplemente no le cuento nada, porque tampoco hay

nada que contar?

Justo cuando Ned Stark pierde la cabeza, me decanto por esta última opción, no sé si por cobardía o sentido común. De lo que no hay duda es que suelo darle demasiada importancia a cosas insignificantes, ya sea un beso o un insulto.

Cuando llega el lunes por la mañana, Mireia se va a trabajar y yo acudo a mi cita con un lavabo que acumula la suciedad aportada por cuatro veinteañeros sin excesivos miramientos por la higiene.

Una ardua tarea durante la que aprovecho para planear mi siguiente objetivo: fingir que encuentro los micros escondidos en el local de Rebels al Raval. También me comprometo, estropajo en mano, a no perjudicar a la asociación ni a ninguno de sus miembros, aunque tenga que hacer malabarismos para conseguirlo.

—Descubrir e inutilizar alguno de los micrófonos es algo que beneficia tanto a la asociación como a Private Eye. Así que, de momento, todo bien —me digo a mí mismo mientras saco brillo al espejo con una vieja camiseta de Extremoduro reconvertida en trapo.

Ahora solo falta montar el teatrillo ante la gente de la asociación.

—¿Alguna idea? —pregunto a mis amigos frente a un festín de patatas bravas y un surtido de fritangas en el Pirineus.

Ideas, muchas, pero ninguna factible. Las propuestas van desde tirar la estantería al suelo fingiendo que me tropiezo hasta enviar un anónimo con las letras recortadas de revistas, pasando por no sé qué de una plaga de ratas.

A la tercera cerveza dejo de escucharles y me decido por algo más sencillo: comentar, como quien no quiere la cosa, que un amigo periodista me ha chivado que últimamente se han descubierto micros en las sedes de distintas organizaciones sociales de Barcelona.

—La gente se traga cualquier cosa si lo dices convencido, *nano* —digo imitando la voz de Recasens.

Cuando vamos a pedir la habitual ronda de chupitos, el señor Huang nos anuncia que es hora de cerrar y nos pide que vayamos pagando la cuenta. Ha estado muy frío durante toda la

cena, incluso diría que con una actitud pasivo-agresiva, echándonos en cara con indirectas que no nos ha visto el pelo en cuatro meses.

—¿Cuatro meses? Joder, cómo pasa el tiempo cuando vives en buena compañía —proclama Berni agarrándonos de los hombros.

—Y no te creas que te hemos puesto los cuernos, eh, pero es que Samu hace unas tortillas de puta madre —le asegura Pol.

Samu, que anda muy empanado, le rectifica:

—Pero qué dices, tío, si las compro en el súper.

—¿Qué? ¡Nos rompes el corazón! —se cachondean Berni y Pol.

Pero al señor Huang no se le suaviza el rictus y nos despide con sequedad y sin chupitos gratis.

—Vendremos a celebrar las ocasiones especiales —le prometo al salir, como si fuéramos sobrados de ellas.

Después de practicar la naturalidad de mi discurso frente al espejo, el miércoles acudo al local una hora antes de la asamblea para *informar* del soplo recibido por parte de un colega periodista. A pesar de que mi actuación no valdría ni para una obra de teatro en el centro cívico del barrio, todos le dan cierta credibilidad porque en los últimos tiempos ha crecido el nivel de paranoia en la ciudad e incluso Cristina me echa un cable:

—Sí, yo también lo he oído. Están controlando tanto a los independentistas como a los movimientos sociales. ¡Gran hermano a tope!

¿Lo dice porque da la casualidad que es cierto o porque quiere ayudarme?

¿O quizás es ella la otra infiltrada y se está curando en salud?

No, no puede ser, si es muy joven y creo que estudia Políticas... Aunque mejor no dar nada por supuesto y mantener los ojos bien abiertos.

—¿Cómo podemos estar seguros? —pregunta uno de los activistas.

—No sé, podríamos hacer un barrido del local a ver qué encontramos antes de la asamblea —propongo con indiferencia,

planeando que seré yo quien encuentre uno de los dispositivos de escucha y dejaré los demás activados, a la espera de que el responsable se delate.

—Mejor esperamos a los demás y así seremos más peña para buscar —decide.

—Ah, bueno, también…

Una opción que no había contemplado y que se materializa en treinta y cinco personas poniendo el local patas arriba, indignados ante la posibilidad de que algún poder público o privado esté espiando las conversaciones de unas personas cuyo único delito es ser pobres.

No hace falta que finja encontrar nada porque los micrófonos van apareciendo como se cantan los números de un bingo, celebrando cada hallazgo con un aplauso. Cuatro, en total, todos menos el del ladrón de enchufes, que se convierte en mi única esperanza.

Eso sí, el resto del plan funciona a la perfección, porque después de la asamblea me piden que me quede a la reunión del «núcleo duro». Por precaución, prefieren ir a un bar cercano, cosa que me parece una idea estupenda porque me da cierta ventaja frente a mi competidor (o competidora). De hecho, descubrir su identidad es, de nuevo, algo que beneficia tanto a Rebels al Raval como a Private Eye.

Después de pedir la correspondiente ronda de cervezas y algo para picar, por fin, una de las líderes, aunque odia que la llamen así, me revela qué es *eso otro*:

—Vamos a poner en marcha una campaña contra la venta de heroína en el barrio.

—¿En serio? ¿Queréis acabar con los narcopisos? —pregunto sorprendido, porque tienen (tenemos) todas las de perder.

—Bueno, eso es cosa de la policía. Pero, si te fijas, por muchas redadas que hagan todo sigue igual. Cuando desmantelan uno, al día siguiente ya se ha abierto otro. ¿Sabes por qué?

—Porque no cuesta nada transportar la heroína de un sitio a otro, supongo. Y que los yonquis acuden como moscas a donde sea.

—Los y las toxicómanas son también víctimas, no les faltemos el respeto —me corrige Cristina con tono didáctico, posando su mano sobre la mía para suavizar el reproche.

—Sí, sí, claro —rectifico.

—Si pueden abrir un narcopiso tras otro es porque nos están machacando a desahucios y el barrio está lleno de viviendas vacías. Solo tienen que dar una patada a la puerta y ocuparla. Suelen ser propiedad de bancos, la Sareb o fondos de inversión, que los compran por paquetes a bajo precio. No les importa que les ocupen los pisos, porque prefieren eso a tener inquilinos a largo plazo. Cuando los necesiten para especular ya moverán los hilos necesarios para echarlos.

—Esperan a que se vaya el último vecino para reformarlo y alquilarlo por el triple —añade Cristina, y esto es algo que me suena.

—Exacto ¿Y qué pasa mientras tanto? Que el barrio se va a la mierda y los vecinos tenemos que aguantar situaciones insoportables: jeringuillas y meadas en el hueco de la escalera, suciedad, golpes en las puertas, peleas, robos…

—Eso sí, nosotros a pagar religiosamente el alquiler para no quedarnos en la puta calle. Y ni la poli ni los políticos mueven un dedo —se queja uno de los miembros de más edad, que hasta ahora se había concentrado en las cervezas.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —pregunto.

—Lo de siempre: meter tanto ruido como podamos, a ver si alguien nos escucha. Y ahí es donde te necesitamos a ti.

—¿A mí?

—Hay que llamar la atención de los periodistas. Si existe alguno al que todavía le importa más la verdad que su hipoteca, tiene que hacernos caso.

—Pero ya se han publicado artículos, que yo sepa. A la policía le interesa que se sepan sus logros.

—Sí, después de cada redada se publica alguna que otra noticia. Que si la mafia paquistaní consigue la heroína más pura, que si la dominicana controla los narcopisos por su capacidad de intimidación, que si se ha abierto una tercera ruta por África... Todo eso está muy bien, pero hay nombres que nunca salen a la luz.

—¿Cuáles?

—Los de los dueños de las viviendas vacías, que curiosamente siempre son bancos o fondos de inversión. Eso sí, camuflados bajo múltiples sociedades pantalla.

Empiezo a intuir por qué estoy aquí infiltrado.

—Queremos poner nombre y apellido a los narcopisos del barrio —concluye otro de los líderes, que hasta ahora se había dedicado a asentir—. ¿A quién pertenece, por qué sigue vacío, cuándo echaron a los últimos inquilinos…?

—Vamos a recoger jeringuillas usadas y las dejaremos en la puerta de los bancos, a ver si pillan el sida o algo esos cabrones —añade un exaltado de orejas dilatadas.

—Bueno, eso es una ida de olla, tendremos que darle algunas vueltas… Lo que sí haremos es manifestarnos delante de cada narcopiso para dejar claro que el propietario prefiere que siga así antes que alquilarlo a familias del barrio.

—¡Bancos, fondos buitre y traficantes, la misma mierda! —interviene de nuevo el exaltado.

—También daremos a conocer a la opinión pública cómo es vivir al lado de un narcopiso y de qué forma el barrio se está degradando. A ver si consigues que venga la tele a hacernos unas entrevistas.

—No va a ser nada fácil. Lo primero, digo. Lo de salir en televisión me parece ya imposible —advierto de manera preventiva.

—No, ya, pero estamos implicando a todas las asociaciones del barrio, también a entidades religiosas, comunitarias, educativas... ¡Cuantos más seamos, más nos tendrán que escuchar!

—¿Sabes que a muchos vecinos paquistaníes, que solo están aquí para ganarse la vida, les amenazan para que vayan a su país y vuelvan con paquetes de heroína en el doble fondo de la maleta? —me explica con voz de monitora de guardería Cristina, quien como contrapunto viste hoy una sudadera negra con dos hachas blancas entrecruzadas.

—¿Y no les da más miedo que les descubra la policía en el aeropuerto?

—¡Claro que les da miedo! —interviene una chica con velo

que hasta ahora había estado callada—. Pero prensan la droga para que los perros no la puedan oler.

—Aparte, tienen otros alicientes para que las *mulas* no se rajen. Amenazas a la familia, para empezar. Pero también les pagan hasta quince mil euros por viaje — vuelve a intervenir Cristina.

—Joder, eso es una pasta.

—Pues no deja de ser calderilla, si se compara con lo que ellos ganan con un solo kilo de heroína pura. Después de cortarla con todo tipo de mierdas pueden sacarse hasta cien mil euros —continúa un chaval joven de gafas metálicas redondas, el único que, en vez de pedirse una cerveza, está bebiendo agua de su propia botella reutilizable.

—Al final, en toda historia hay ganadores y perdedores. Y los vecinos estamos, como siempre, en este último bando. No podemos seguir esperando a que los políticos hagan algo. ¡A ver si la gente se entera de una puta vez de lo que pasa en el Raval! —retoma la palabra la que había estado hablando desde el principio.

A estas alturas tengo la cabeza como un bombo. Por suerte, unos cuantos salen a fumar y yo me levanto para ir al baño, no solo porque tengo ganas de mear sino también porque necesito un poco de calma para ordenar mis ideas. Mientras tanto repaso el móvil con la mano que me queda libre, en una costumbre que no es solo poco higiénica sino que vuelve a poner de manifiesto mi adicción digital.

Mireia me ha enviado hace un par de horas un mensaje lleno de exclamaciones en el que dice que ha encontrado un piso que es «una joya», esta vez en Sant Andreu, y me pregunta si mañana por la tarde puedo ir a visitarlo. Antes la gente buscaba piso en una zona concreta de la ciudad; ahora te da igual si está en la otra punta mientras puedas permitírtelo. Sin subirme la bragueta le contesto que sí y ella me replica con un ejército de corazones.

Cuando vuelvo a la mesa se está discutiendo sobre cuál es el momento idóneo para pasar a la acción. Algunos son partidarios de empezar cuanto antes; otros prefieren esperar a sumar más complicidades. No puedo hacer más que apoyar a

estos últimos, porque así tendré más tiempo para pensar qué información transmito a Private Eye.

—Aparte —intervengo con firmeza—, no os olvidéis de los micros que acabamos de encontrar. Ni siquiera sabemos quién es el responsable y cuánto sabe de nuestros planes.

Todos se miran entre sí y asienten preocupados.

—Es verdad, joder. Primero debemos averiguar de qué va todo esto. Hablaremos con otras asociaciones —dice uno y asienten los demás.

—Me encargo yo, si queréis, quizás pueda tender una trampa al topo —me ofrezco de inmediato, pensando en lo mucho que le gustaría a la duquesa que todo quedara bien detallado en un informe para cobrar un extra al cliente.

—No, no, Jordi, tú ya tienes trabajo de sobra —se opone otra de las activistas que suele llevar las riendas, a la vez que me pasa una pesada mochila de excursionismo—. Aquí está guardada toda la documentación que hemos reunido hasta ahora. Son muchos meses de trabajo, aunque está todo un poco desordenado y mal escrito. ¿Puedes echarle un vistazo, corregirlo y destacar lo que te parezca más llamativo?

Vaya marronazo, pienso, pero no tengo más remedio que aceptar. Además, esto me dará acceso a mucha más información de la que he obtenido hasta ahora.

—¡Genial! Siempre la cagamos en la comunicación, pero contigo esta vez puede ser diferente. Cuando te lo hayas mirado todo, te daremos el USB donde guardamos los informes originales. De momento, lo tenemos bien escondido, no sea que… —me dice la misma chica mientras señala con los ojos hacia el local, dejando claro que ya tomaban algunas precauciones antes de descubrir las escuchas.

—Esperamos entonces un par de semanas a resolver el tema de los micros y a que Jordi revise la documentación —decide el activista líder—. Además, según nos han dicho unos vecinos, parece que están a punto de abandonar un narcopiso en la calle Lancaster. Cuando lo dejen, podemos hacer algunas fotos para acompañar la información.

—Sí, buena idea —confirmo.

—¿De qué habláis tan serios? —pregunta al llegar a la mesa

Cristina, que es una de las que había salido a la calle a fumar y, por la sonrisa extragrande con la que aparece, intuyo que no precisamente tabaco.

—Vamos a esperar un par de semanas a que se resuelvan los asuntos pendientes —le resumen.

Ella, sin perder esa expresión de felicidad y como si estuviéramos hablando de ir de acampada, replica:

—¡Ah, no, no! Tenemos que ponerlo en marcha cuanto antes. Hay algo que no os había explicado todavía...

—¿Qué?

—He conseguido un contacto que puede colarme en un narcopiso.

—¡Cristina, no, es demasiado peligroso! —saltan unos cuantos.

—Sí, pero así podemos tener mucho más impacto. La revolución no se hace desde un bar, o nos la jugamos de verdad o no vamos a conseguir nada. Si puedo entrar, hacer fotos y hablar con usuarios, tendremos que hacerlo público cuanto antes. No sea que me descubran y quieran callarme la boca —replica sin perder ni la sonrisa.

—*Quins ovaris!* —exclama en tono de admiración el chaval de las gafas redondas.

—¿Qué contacto es ese? —pregunta otro.

—Un chico que ronda todo el día por el barrio, sobre todo por Tallers, tocando la flauta para los turistas. Es italiano, buen tío, pero con una historia jodida. Se enganchó por una novia que tuvo, con la que fueron a recorrer mundo. Llegaron a Barcelona y ella lo dejó por otro, un holandés con contactos. Él se quedó aquí, sin saber qué hacer. Se sigue pinchando y, de vez en cuando, escribe versos raros. Tiene alma de poeta, dice.

—¿Te fías de él?

—Sé cuidarme solita —responde ella con plácida indiferencia—. Le he llevado la cena varios días, hemos hablado mucho... Creo que esto también le servirá a él para dar un nuevo sentido a su vida.

En este punto se genera otro debate que acaba en una votación a mano alzada de todos los integrantes del núcleo dirigente de Rebels al Raval. Por un voto de diferencia se

aprueba la moción planteada por Cristina: entrar de incógnito en varios narcopisos, tomar todas las fotos que se pueda, describir la situación encontrada y sacarla a la luz.

Todo ello para poner de manifiesto la miseria que genera la heroína y, a la vez, denunciar la connivencia de los grandes propietarios y la administración pública, que no hacen nada para revertir esta situación.

—¡Un momento, un momento! —grito poniéndome en pie.

Desde que Cristina ha empezado a hablar, no he podido dejar de repetirme la frase que Recasens me dijo hace unos días en La Plata: «Quizás tengas que protegerla llegado el momento».

Mierda, puede ser una vacilada de las suyas, pero haciendo caso omiso a mi habitual sentido de la prudencia y siendo consciente de que se trata de una idea terrible, declaro:

—Cristina, ni de coña voy a dejar que vayas sola. Yo te acompaño.

—No necesito un príncipe azul que me proteja.

—Pero sí uno que pueda conseguir una cámara oculta.

—¿Y de dónde la vas a sacar?

—De mis colegas periodistas —respondo con una mentira que todo el mundo se traga por arte de magia, cuando la verdad es que los periodistas de mi generación con suerte consiguen hacer algo más que corta y pega— . Además, soy yo el que luego tengo que escribir el artículo, ¿no? Necesitaré vivirlo en primera persona.

—Vale, como quieras. Pero no te pongas en plan machito conmigo, eh —me pide con delicadeza mientras posa las dos manos sobre mis hombros.

De todos modos, creo que se siente aliviada por tener compañía.

—¿Cuándo quieres hacerlo? ¿La semana que viene, así nos preparamos bien? —propongo.

—Mañana por la tarde. Ya he quedado con Fabio, mi contacto. No hay marcha atrás, Jordi.

Me he pasado cinco meses sin dar ni golpe y ahora todos los acontecimientos se precipitan.

8

Vestirme para parecer un yonqui no supone ningún problema. Solo tengo que escoger el chándal más cutre de toda la casa: uno de color verde fluorescente con franjas rosa que compró Pol en un mercadillo de segunda mano porque estaba tirado de precio, pero que nunca se ha atrevido a ponerse. Más que nada porque es horrible.

Sin embargo, resulta ideal para la ocasión. Además, me queda lo suficientemente holgado para camuflar mi cada vez mejor forma física, alejada de la extrema delgadez que provoca la heroína.

Para darme un aspecto demacrado, Berni me rapa el pelo, que ya me ha crecido bastante e incluso se adivina un principio de flequillo. El cabrón me promete que me lo dejará al tres, cuando en realidad pone la máquina al uno. Por si fuera poco, se le escapa algún trasquilón.

—Cuanto peor pinta tengas, mejor. Esto que vas a hacer es peligroso y estamos preocupados por ti —me asegura, aunque su media sonrisa hace que no me lo acabe de creer.

De todos modos, el *look* funciona muy bien, a juzgar por el espacio vital que me proporciona el resto de pasajeros del autobús que me acerca al Port Olímpic. Mejor, porque así puedo repasar el discurso que le soltaré a la duquesa para cumplir con la parte más complicada de mi plan. Es decir, que me ceda una cámara oculta sin hacer demasiadas preguntas. Y dado el riesgo de la misión, espero que sea de alta gama.

A medida que me acerco, la vista de las dos torres gemelas resplandecientes sobre un fondo azul me trae recuerdos de mis inicios en Private Eye, todavía no hace ni un año.

La acogida del agente de seguridad, en cambio, es tan cálida como una patada en los huevos y se niega a avisar a Marina del Duque bajo la eterna excusa de que necesito «cita previa». En realidad se refiere a que nadie con estas pintas puede ser bien recibido en un edificio como este, en el que las empresas que lo ocupan buscan aparentar más de lo que son.

No quiero revelar que trabajo para ella de incógnito, porque sé lo mucho que valora la discreción, especialmente en todo lo que se refiere a las tareas que me encarga. Sin embargo,

juego la carta del misterio:

—No puedo avanzar de qué se trata, pero seguro que a ella le interesará.

—Sin pedir hora no puede ser, caballero. Y apártese para dejar el paso libre, por favor —me responde como si fuera un robot programado para repetir siempre lo mismo.

Descarto llamarla al móvil, porque la duquesa tampoco apreciaría que quedara ningún registro de mi relación actual con Private Eye, así que vuelvo a insistir con el segurata:

—Supongo que sabes a qué se dedica esta empresa, ¿no?

El tipo hace una mueca de hastío, pero asiente.

—Pues entonces entenderás que no puedo darte toda la información de por qué estoy aquí. En todo caso, si llamas y te dice que no quiere verme, te dejo que me eches a patadas.

Esta perspectiva le ilusiona, porque coge el teléfono para avisar de que «un tal Viassolo quiere hablar con Marina del Duque». Me parece captar que, al otro lado de la línea, la propia duquesa exclama un «qué coño hace aquí», pero al final recibo la orden de esperarla fuera, en uno de los bares que se encuentran a pie de playa. Al segurata se le ve decepcionado por no poder sacar partido a sus horas de gimnasio conmigo.

Antes de entrar en el local situado bajo el paseo marítimo, opto por quitarme la parte de arriba del chándal y ponerme las gafas de sol. Luego pido mesa en inglés, para que el camarero asuma que soy un turista excéntrico en vez de un muerto de hambre.

Empiezo a creer que tomo demasiadas precauciones para contentar a los demás, cuando podría afrontar las cosas de una forma más directa.

De todos modos, me ofrecen una mesa con buenas vistas y me tienden la carta de cócteles, que acepto con naturalidad aunque todavía no sea ni mediodía. Espero que invite la duquesa (otra vez), porque me pido un negroni y unas aceitunas, para ver si consigo rebajar la inquietud que comienzo a notar en el estómago.

Me siento como cuando de pequeño me despertaba ya nervioso porque tenía un partido de fútbol importante. La diferencia es que ahora no está en juego una medalla de latón,

sino que no me rajen la garganta.

Como no quiero volver a plantearme la opción de dejarlos a todos colgados y dedicarme de por vida a ser camarero, me concentro en observar la arena para dejar de pensar.

Acabamos de estrenar el mes de junio y la playa no está abarrotada como en pleno verano, por lo que la gente puede plantar la toalla y gozar de un mínimo espacio a su alrededor sin que nadie les clave la sombrilla a unos centímetros de su cara. Muchos toman el sol y algunos se atreven a bañarse, aunque el agua aún esta fría. Mis preferidas son esas personas mayores de piel bronceada y curtida que no fallan ni un solo día a su cita con el mar. Seguro que están más en forma que cualquier chaval que se pasa todo el día jugando a la Play.

Cuando acabe todo, si he sobrevivido, estaría bien venir a darme un chapuzón.

Casi me he terminado el cóctel, que ha escalado hasta mi cerebro sin encontrar apenas resistencia, cuando aparece la duquesa con prisas y una cara de fastidio que se le adivina bajo las gafas de sol extragrandes.

—¿Para qué has venido? Ya sabes que tu situación no…

—Lo sé, lo sé, pero no estaría aquí si no fuese importante —me atrevo a cortarla por cortesía de la combinación ganadora de vermut, ginebra y Campari.

Marina del Duque me mira por encima de las gafas, sorprendida. Se le nota, eso sí, cierto escepticismo en el tono de voz cuando me pide que me explique:

—A ver, cuenta.

—Necesito una cámara oculta.

—¿Para qué?

—Para grabar un narcopiso por dentro. Esta tarde voy a entrar para documentar la miseria y degradación que…

—¿Estás loco? —me corta ella ahora—. Ni lo sueñes.

—Pero…

—No te entiendo, Jordi. Tan timidito que pareces y luego te metes tú solo en unos líos enormes.

Le voy a decir que no lo hago por gusto, sino que parece que el destino conspira contra mí, pero simplemente le informo de quién ha sido la ideóloga del asunto:

—Voy para acompañar a Cristina.

Ella se quita las gafas con un movimiento preciso y se pasa la mano por la cara, primero me parece que exasperada pero luego más bien preocupada. No por mí.

—Cristina, ¿la de la foto?

—Sí, esa misma.

Ella murmura no sé qué, aunque juraría que está maldiciendo a alguien. Pide al camarero medio gintónic y, por un momento, me imagino que estamos en la California de los años cuarenta y yo estoy a punto de regalarle un comentario ingenioso. Pero tan solo espero a que dé dos sorbos generosos a su copa, aderezada con lima y flores de hibisco, y recupere su actitud expeditiva. Aunque su primera frase no me la esperaba:

—Has hecho bien, Jordi.

Vaya, ¿quién es en realidad Cristina?

—Cuéntame todo desde el principio —prosigue—. No lo adornes… ve al grano.

Intento ceñirme al máximo a los hechos, mientras la duquesa va asintiendo y, a la vez, calculando posibilidades.

—Podríamos montar un equipo de apoyo que te dé cobertura, pero entonces estaríamos asumiendo que estamos implicados. Además, podría ser aún más peligroso si os descubren —se dice más a ella misma que a mí.

—Sí, mejor seguimos como hasta ahora. Con que me prestes la cámara para que en la asociación…

Ella me exige silencio extendiendo el dedo índice y medita unos segundos hasta llegar a una conclusión inequívoca:

—No.

—¿No?

—Es demasiado peligroso. Para ella… y también para ti.

—Entonces, ¿qué hago?

—Tienes que impedir a toda costa esta locura.

—No creo que pueda, porque…

—¡Jordi, no! Hazme caso por una vez. Busca la manera, me da igual cómo, pero la chica no puede ponerse en peligro de esta manera.

—Joder, vale —asiento, pero admito que esto no me lo esperaba—. ¿Y la cámara?

—No hay cámara que valga, porque no vais a entrar en ningún narcopiso ni nada que se le parezca —sentencia, apura su copa de un solo trago y se va sin pagar.

Me quedo un rato en la mesa, con la mirada perdida en el horizonte e intentando recalcular la trayectoria como si fuera un GPS que se ha dado cuenta de que el lerdo de su dueño se ha vuelto a perder. ¿Ha llegado la hora de dinamitar todos los avances que he hecho en la asociación? ¿Y perder, además, la confianza de Cristina?

La respuesta es no, porque la duquesa vuelve a aparecer en escena a toda prisa para pagar las consumiciones y advertirme:

—Impide que entre en el narcopiso, pero no te descubras. Tienes que seguir cerca de ella durante las próximas semanas. ¿Entendido?

Mierda. ¿Alguien puede ponerme las cosas fáciles alguna vez?

Cuando llega la hora he pensado en decenas de estrategias, desde la persuasión hasta la fuerza bruta. También he enviado un montón de mensajes a Cristina planteándole mis dudas, pero ni siquiera me ha respondido.

Así que me he esforzado por definir argumentos a mi parecer incontestables, que le expondré nada más verla. Si no la convenzo, me inventaré que el tal Fabio nos está tendiendo una trampa. Y si todo esto falla, siempre puedo agarrarla y llevármela de ahí contra su voluntad.

Sin embargo, como suele pasar cuando trazas al milímetro tus planes de futuro, todo se va al traste a la primera de cambio porque no aparecen donde habíamos quedado. Espero más de diez minutos en la plaza del Macba esquivando *skaters* hasta que Cristina me manda una ubicación por Whatsapp. Y luego, una explicación:

«Ya estamos dentro. Vente… o no. Como quieras.»

Joder.

«¿Por qué no me habéis esperado?»

«Pensaba que te ibas a rajar. Apago el móvil ya.»

Salgo corriendo hacia la dirección indicada, en la calle Robador. A medida que me acerco me da la sensación de que todo se vuelve más sombrío, a pesar de que el sol tiñe de ocre

las paredes orientadas al oeste. Las miradas también se vuelven más duras y bajo la cabeza, maldiciendo la situación en la que me encuentro.

El corazón me late con fuerza cuando llego a mi destino y empujo resignado la puerta de aluminio medio rota de un bloque cochambroso de cinco plantas, en el que la pobreza ha ido saltando de inquilino en inquilino desde hace al menos un siglo.

Justo antes de entrar me da por mirar hacia mi derecha y veo a Álex, el detective de Private Eye, disimulando con una guía turística en la mano. Cuando establecemos contacto visual despliega sus palmas mientras vocaliza un «¿qué coño estás haciendo?». Como no lo sé, ni siquiera le contesto y termino de empujar la puerta para toparme con la cara sonriente de Cristina, que susurra:

—¿Al final te has atrevido, eh? Por cierto, vaya pintas…

Ella va igual que siempre, con su estilo punk de revista, así que paso por alto el comentario.

—¿Estás segura de esto?

—Claro, es la única manera de conseguir que las cosas cambien. ¡La gente tiene que verlo con sus propios ojos!

—Es peligroso, Cristina. ¡Que te cagas!

De repente, un estruendo indica que alguien está bajando las escaleras a toda prisa y me pongo alerta. Es un tipo alto y delgado, con el cabello rapado por los lados y unos rizos que convierten la parte superior de su cráneo en una escarola. Va vestido de camuflaje de arriba abajo, con una chaqueta con las mangas cortadas y unos pantalones que le van largos. El uniforme, en todo caso, parece que ha vivido unas cuantas batallas antes de llegar a su poder.

—No hay nadie, te lo dije —comenta dirigiéndose a Cristina, alargando las vocales como hacen los italianos al hablar en castellano.

—Fabio, este es el amigo del que te he hablado, Jordi — Cristina hace las presentaciones.

—¿Eres de fiar, *amico*? — me pregunta con una sonrisa retadora.

Intento pensar en una réplica contundente, pero tardo algo

más de lo deseado y él añade:

—Es broma, hombre.

Soy yo quien no se fía de este capullo.

—Va, ¿subimos? —interviene Cristina.

—Espera, ¿seguro que está abandonado?

—Fabio dice que lo dejaron hace unos días. Se ve que ahora prefieren ocupar edificios enteros.

—Así entran la mercancía por el tejado —apunta el italiano, que tiene tendencia a abrir mucho los ojos cuando habla, como si te estuviera revelando un secreto de Estado.

—Es ideal porque podemos documentar las condiciones del piso sin peligro, tomar fotos y hablar con los vecinos.

Respiro aliviado y le hago saber que me parece muy buena idea.

—Cuando terminemos iremos a otro que sí está activo —añade a continuación.

—Cristina, no, joder…

—Va, primero subamos a este y luego ya veremos. ¿Has conseguido la cámara oculta?

—Ehh, no. Mi amigo la necesitaba —improviso.

—No pasa nada, haz fotos y vídeos con el móvil.

—Sí, claro, ahora será fácil. Pero no podré ocultar la cámara si vamos a uno con gente.

—Ya encontraremos una solución. Todo va a salir de puta madre, Jordi —responde ella con optimismo revolucionario.

Subimos al tercero y es evidente en qué piso estaban los traficantes, porque no queda ni la puerta. Fabio entra el primero, entusiasmado como si fuera un crío que se va de colonias. Recorre frenéticamente todas las estancias y va describiendo todo lo que se encuentra a su paso:

—Aquí está el lavabo… Ah, y aquí la cocina… y aquí un sofá…

Creo que, en realidad, está buscando alguna papela olvidada en un rincón.

Cristina y yo dejamos que siga a lo suyo y recorremos con cuidado el piso, de no más de sesenta metros cuadrados. No queda casi nada, aparte del sofá tapizado de flores que antes ha señalado Fabio y que hace décadas debía de haber pertenecido a

una abuelita venerable. Está lleno de manchurrones y tamizado por una mugre que se distingue a metros de distancia.

En la cocina, las puertas de los armarios están destrozadas y las baldosas de color turquesa llevan adosada una grasa oscura y pringosa. Abro los cajones y en uno me encuentro un montón de cucharillas y jeringuillas usadas. Lo cierro de inmediato, como si pudieran contagiarme el sida a través del aire. Luego lo vuelvo a abrir con cuidado y tomo fotos con el móvil, que me tiembla en la mano.

—¡Mira esto, Jordi! —me grita Cristina desde el lavabo.

A pesar de que no queda resquicio sin moho, los traficantes tuvieron los huevos de enganchar un papel escrito a mano en el que anunciaban que el precio de mear, cagar o vomitar en este agujero asqueroso era de un euro.

—Les exprimen hasta para eso —comenta Cristina con un punto de tristeza que ha conseguido borrarle la sonrisa.

—Voy a hacer fotos de todo —le anuncio.

—Vale, yo voy a hablar con los vecinos, a ver si quieren…

Con el móvil comienzo a tomar imágenes sin mucho sentido, un poco nervioso. Luego me digo que, ya que tienen que acompañar un informe, mejor que queden bien enfocadas. Me viene a la cabeza la manera en la que el cine y la música nos han vendido el rollo del glamur decadente de la heroína, pero este lugar se parece más a una cloaca pestilente que a una canción de Lou Reed.

Me estremezco cuando me doy cuenta de que las paredes están salpicadas de sangre en la parte inferior. Me imagino a un yonqui tirado justo aquí, en el suelo, de-sesperado por encontrarse una vena que aceptara recibir un pinchazo sin protestar. Sigo con las fotos, procurando acercarme lo menos posible.

Veo que Fabio se ha tumbado en el sofá asqueroso y fuma mientras improvisa unos versos incomprensibles, pero no parece que haya encontrado ningún remanente perdido. En cualquier caso, hay que estar muy zumbado para estirarse ahí.

Me pica todo el cuerpo, y no sé si son los chinches o es algo psicosomático. Sin prestar atención abro un armario y la peste casi me tumba de espaldas. Creo que he encontrado la

alternativa al lavabo de pago…

No dejo de disparar con la cámara del móvil, como si le estuviera dando a mi cerebro una excusa para no largarme corriendo. Cuando ya he retratado hasta el último palmo, salgo en busca de Cristina, que se encuentra en el piso de abajo hablando con una vecina a través de la mirilla. Me pide que espere, hasta que ella se despide y le da las gracias.

—Dice que han sido dos meses de infierno. Ya te contaré —me informa.

—Hemos conseguido más que suficiente, ¿no?

—No, Jordi, tenemos que seguir. Por todos los vecinos, por todos los adictos, para denunciar a los que se aprovechan de los más débiles.

—Cristina, en serio, no hace falta que…

—No vengas si tienes miedo. Lo entiendo. Pero yo estoy harta de hablar y no hacer nada. Hay que sacar a la luz toda esta mierda —remarca, y luego grita—: ¡Faaaabio, nos vamos!

El italiano aparece por la puerta, un poco dubitativo y tímido, antes de decirle a Cristina:

—Tú mandas, pero recuerdas lo que hablamos, ¿no?

Cristina no responde. En cambio, saca de su riñonera un billete de cincuenta y se lo entrega. Como si acabara de repostar gasolina, Fabio acelera el ritmo y baja las escaleras de tres en tres. Yo le pido explicaciones con la mirada y ella me susurra:

—Tenemos que entrar, Jordi, ¡como sea!

Ganamos la calle y busco de reojo a Álex, que aparece de detrás de una esquina y se pone a seguirme, aún con la guía turística en la mano. A la vez, yo sigo a Cristina y ella a Fabio, en una especie de conga funesta.

Bajamos hasta Sant Pau, llegamos a Nou de la Rambla y doblamos por una calle estrecha, que me resulta familiar porque allí hay una discoteca a la que íbamos cuando comenzábamos a salir de noche. Esto es lo que tiene el Raval: todo se mezcla.

Me giro con disimulo para comprobar si Álex aún me sigue, porque creo que ha llegado el momento de agarrar a Cristina como sea y llevármela en volandas. Me lo impide la aparición repentina de un tipo fornido con pinta de cantante de reguetón, que reconoce a Fabio y le pregunta con agresividad qué

hacemos allí. El italiano le muestra los cincuenta euros como toda explicación y el centinela le indica con un gesto casi imperceptible que puede subir. Cristina se engancha a él.

—Es mi nueva novia —le aclara Fabio.

—¿Y este fulano? —pregunta señalándome.

—Su hermano.

Yo bajo la cabeza para hacerme el tonto, aunque la verdad es que tampoco sabría qué decir en esta situación tan absurdamente peligrosa.

—Está bien, bro —nos dice mientras nos abre la puerta, que es una plancha sólida de metal recién cambiada, así que intuyo que todo el edificio les pertenece.

Mientras subimos por la estrecha escalera en fila india, Cristina se vuelve hacia mí y me mira con una sonrisa forzada que esconde una buena dosis de inquietud. Ahora me parece más joven e inocente que nunca, con sus mofletes ardiendo. Asiento con la cabeza para transmitirle seguridad, aunque no sé si lo consigo, porque en realidad estoy hecho un flan. Hago el amago de arreglarme el flequillo, pero en su lugar me encuentro con el tacto áspero de un cráneo recién rapado.

Respiro hondo y me digo que ha llegado la hora de estar a la altura. Compruebo que el móvil esté en modo avión, le doy a grabar y lo guardo en el bolsillo delantero del chándal, con la parte de la cámara algo salida.

Cuando llegamos al segundo piso, una puerta entornada deja escapar una luz de tonos rosáceos. Fabio la empuja sin ni siquiera preocuparse de si estamos listos y de repente me veo en una espacio diáfano, que más que un narcopiso parece un chill-out ibicenco, con velas de incienso, iluminación tenue y música relajante.

Unos grandes almohadones cubren parte del suelo e invitan a tomarse las cosas con calma. A pesar de las apariencias, no obstante, todo esconde un punto siniestro, como en una película de Tim Burton.

No veo a nadie que se esté pinchando, solo a una pareja tumbada boca arriba y con cara de estar a punto de tocar el nirvana con los dedos. O de ganarse un mal viaje, ni idea. No creo que entre los dos lleguen a pesar más de setenta kilos.

Cristina y yo nos quedamos quietos en un rincón, mientras Fabio entra en una habitación contigua, que entiendo que ejerce de pinchódromo. Algo nauseabundo flota en el ambiente, como si un trozo de carne estuviera pudriéndose fuera de la nevera. O quizás sean cosas mías.

—Sentémonos aquí —le propongo.

Yo pego mi espalda a la pared, doblo las rodillas y le hago hueco a Cristina para que se siente entre mis piernas.

—Si me tapas intento sacar el móvil.

—Vale.

Nos quedamos así unos largos diez minutos, aunque no sé muy bien qué estaré grabando porque no me atrevo a mirar la pantalla. Sí que me fijo en que la coreografía es siempre la misma: tipos demacrados que entran por la puerta, ansiosos y sudados, para dirigirse directamente a la habitación, de la que luego salen flotando como ángeles.

Antes de que vuelva a aparecer Fabio, dos chicos y una chica se dejan caer en la sala, aunque ni siquiera se han dado cuenta de que existimos. Se quedan tumbados boca arriba, con la mirada fija en el techo, como si estuvieran proyectando en él una película.

Cuando sale nuestro yonqui tampoco se molesta en buscarnos y se acurruca en el primer hueco que encuentra.

Me siento igual que si hubiera caído en el foso de los cocodrilos del zoo y tuviera que quedarme muy quieto para que no notaran mi presencia. Sin embargo, están tan narcotizados que no podrían masticar ni siquiera una magdalena, así que quienes de verdad nos tienen que preocupar son sus cuidadores.

Especialmente el *reguetonero* de la puerta, que acaba de aparecer para echar un vistazo. Da una vuelta por la sala con cuidado de no pisar ningún cuerpo y luego entra en la habitación.

Al cabo de unos instantes, vuelve a salir y busca a alguien entre la penumbra. En concreto, a nosotros dos.

—Me dicen que no habéis consumido nada —escupe cuando nos encuentra.

—No, aún no… Estamos disfrutando del ambiente —se me ocurre decir.

—Esto no es el Starbucks.

—Perdona, entonces. Ya nos vamos, así no molestamos más —interviene Cristina, intentando levantarse.

Pero el guardián le coloca la mano en el hombro y la empuja hacia el suelo.

—Aquí la consumición es obligatoria, *bitch*.

—Es que preferimos llevarnos la mercancía a casa —le informo yo, corriendo la misma suerte que Cristina al intentar ponerme de pie.

—Tampoco somos un *take away* —sentencia, y luego grita —: ¡Nelson, prepara una bola rápida!

Empiezo a darme cuenta de lo mucho que la hemos cagado.

—No hace falta, en serio.

—Cállate, ya te patrocina tu amigo con sus cincuenta pavos.

Miro a lado y lado para localizar alguna escapatoria, pero estamos encajonados entre la esquina y el vigilante, que luce un diente de oro que brilla en la oscuridad.

El tal Nelson aparece al cabo de unos minutos con una bandejita que contiene una jeringuilla ya cargada, una goma ancha y un par de gasas.

—¿Quién es el afortunado?

—Yo —salta Cristina a lo kamikaze.

—No, ella no, que es novata. Solo ha fumado alguna vez crack —me invento para evitar este suicidio.

—No des más *po'l culo*. No ves que ella quiere —responde él.

—Vale, vale. Pero le meto yo el pico, que no tiene ni idea y no quiero que la líe —digo, y esto al menos me permite ponerme de pie.

Cojo la jeringuilla con cuidado y me pongo en cuclillas frente a Cristina. Nos miramos durante medio segundo, suficiente para transmitirnos una oleada de terror. Ella se arremanga, se ajusta la goma por encima del codo y me ofrece una vena que comienza a hincharse. Tiembla ella y tiemblo yo, así que me vuelvo a levantar y le digo al tipo, que ya comienza a intuir que somos unos farsantes:

—Oye, mira, no va a poder ser. Mira cómo tiembla. Ya sabes cómo son las tías: mucha boquita y luego nada.

—Pues toda *pa* ti —repone con una sonrisita de psicópata.

—Es que…

—¡Dale ya! —me apremia con gesto amenazante.

Me invade el pánico y me abruma la certeza de que no he parado de cometer errores hasta este desenlace fatal. Me arremango el chándal para colocarme la goma y esto hace que se me caiga el móvil al suelo, que se queda boca arriba con la cámara encendida.

El guardián baja la vista y dedica unos instantes a comprender qué está pasando. Cuando por fin lo entiende, se incorpora para mirarme con furia, aunque justo en ese momento le propino un fuerte empujón con las dos manos, tal y como me ha enseñado Layla: visualizando más allá de su cuerpo para que el cerebro no reduzca la velocidad del impacto.

Aunque pesa más que yo, el golpe es contundente y lo coge por sorpresa. Da unos pasos hacia atrás, desequilibrado, hasta que tropieza con el cuerpo extasiado de Fabio y se cae de espaldas.

—¡Corre! —le grito a Cristina, mientras lanzo la jeringuilla y recupero el móvil.

Bajamos la escalera tan deprisa que temo que alguno de los dos se caiga, pero alcanzamos la puerta sin más problemas que algún arañazo contra la barandilla oxidada. No está cerrada, pero otro vigilante con la misma pinta que el de arriba se queda sorprendido al vernos salir con esas prisas.

Le cuesta reaccionar, pero al final decide perseguirnos mientras corremos hacia Nou de la Rambla. Tengo que aminorar la marcha para esperar a Cristina, que no es precisamente una velocista. A pesar de todo, conseguimos doblar la esquina, con el tipo siguiéndonos muy de cerca.

La gente observa la escena, aunque nadie hace el amago de ayudarnos. Cuando ya casi noto su aliento en el cogote, freno resignado y me doy la vuelta para enfrentarme a él. Así al menos Cristina podrá ponerse a salvo.

En ese preciso instante, aparece Álex en bicicleta y se lleva al tipo por delante, caen ambos al suelo y ruedan sobre el asfalto. Después solo oigo gritos y gente pidiendo indignada que alguien llame a la Guardia Urbana, porque un ciclista incívico

ha atropellado a un pobre peatón.

Giramos por la primera calle para despistar a cualquier otro que nos pueda estar siguiendo y luego volvemos a girar, sin dejar de correr, para desembocar en el Paral·lel. Cristina, cuyos mofletes se han vuelto de color escarlata, se detiene para descansar y yo aprovecho para quitarme el chándal cantón y tirarlo a una papelera. Luego la agarro del brazo para continuar.

—¡No te pares, vamos al metro!

Bajamos las escaleras sudados, sin apenas poder respirar. Nos colamos porque no hay tiempo de buscar la tarjeta y nos escondemos entre la gente que espera en el andén. Por suerte, el tren aparece de inmediato.

Tras recuperar el aliento, más o menos al cabo de cuatro paradas, le recomiendo:

—Cristina, tienes que desaparecer durante unos días. Es lo más seguro.

—Puedo ir a casa de mis padres, pero preferiría quedarme para…

—¡No! —grito más de lo que sería deseable, y ella se sobresalta—. Ya has visto lo que nos ha pasado por hacerte caso. Ahora escúchame a mí.

—Vale, tranqui, pero mándame las imágenes. Tenemos que revisarlas y sacarlas a la luz cuanto antes —propone, como si la experiencia que acabamos de vivir fuera lo más normal del mundo.

Acepto, pero a condición de que se esconda al menos una semana, por si se les ocurre buscarnos. La acompaño hasta la parada de Les Corts y, al despedirnos, me da un largo y cálido abrazo de los suyos. En parte me reconforta, pero a la vez me hace tomar conciencia de la enorme estupidez que hemos cometido.

Cuando me quedo solo en el andén, a la espera de un metro que me lleve en dirección contraria, saco el móvil para comprobar las imágenes grabadas. Al desactivar el modo avión me saltan un montón de mensajes de Mireia que muestran un cabreo que va en ascenso hasta llegar a un inequívoco «vete a la mierda».

¡Joder, habíamos quedado para ver ese piso que era una joya!

Intento llamarla para pedirle perdón, pero me salta el buzón una y otra vez. Vaya cagada, me había olvidado por completo. Le dejo un mensaje de voz disculpándome, pero seguramente lo borrará sin escucharlo. Nunca se había enfadado tanto conmigo, qué día más asqueroso llevo.

En vez de irme a dormir, hago transbordo en la línea amarilla para dirigirme a la Barceloneta en busca de un consuelo que seguramente no recibiré. Al abrir la puerta del minipiso de la calle de la Sal, el típico *quart de casa* del barrio, Recasens se sorprende por unos instantes. Aunque enseguida comprende que, si estoy allí, es porque ha pasado algo grave.

Le resumo los hechos de forma atropellada y él escucha sin intervenir en ningún momento, ni siquiera cuando me detengo para recuperar fuelle. Sus dos gatos, en cambio, se turnan para maullar invitándome a continuar con el relato.

Cuando he acabado, y tras unos instantes de reflexión, me dice:

—Las cosas no salen siempre como queremos. Pero la chica está bien, ¿no? Pues no le des más vueltas.

—Sí, pero, ¿cómo voy a sacarme todo esto de la cabeza? Ni te imaginas lo que es estar en un sitio así, Recasens.

—¿Que no? A ver si te piensas que esto de la heroína es algo nuevo en Barcelona, *nano*.

Y, por primera vez, me cuenta una batallita de juventud.

Recasens

Ciudad negra

Recasens intuía que esa mañana algo andaba mal en la Barceloneta. El barrio tenía sus propias dinámicas, un ecosistema estable que se veía alterado cuando se introducía un elemento extraño. Quizás le alertó un movimiento fuera de lugar, una mirada demasiado curiosa o un silencio poco común, pero tuvo claro que lo más prudente era desaparecer por unas horas.

Nunca supo si fue casualidad, mala suerte o si le habían estado siguiendo desde su casa, pero cuando estaba a punto de cruzar las vías del tren de la costa que ejercían de frontera física y emocional con el resto de la ciudad, una voz le detuvo:

—¿Dónde está el Mercedes, listillo?

Se giró para mandar a tomar viento al entrometido, pero el uniforme gris con el que se topó hizo que moderara su respuesta.

—No sé de qué me habla, agente.

—Y una mierda que no. ¡Venga, al cuartelillo!

El cuartelillo, una forma demasiado amable de referirse a la Jefatura Superior de Policía de Vía Layetana, punto neurálgico de la represión franquista en Barcelona. En abril de 1977, y con las elecciones previstas para dos meses después, decían que allí ya no se torturaba. Pero para fiarse.

—¡Habéis robado el coche equivocado, anormales!

—Yo ya no me dedico a eso.

—Todos decís lo mismo.

Después de tres días en los calabozos del sótano sin que nadie le pusiera la mano encima, aunque tampoco sin saber qué hacía allí, fue arrastrado frente a un policía de cara redonda, bigotito fascista y voz cazallosa. La placa de metal que presidía una mesa inmaculada le presentaba como el comisario Jacinto del Duque.

—Prudencio Recasens Pons, veinticuatro años, oriundo de la Barceloneta y con un historial delictivo tan largo como el manto de Nuestra Señora del Socorro. Robo de coches, actos contrarios al orden público, contrabando, trapicheos varios…

—Se equivoca, hace ya tiempo que… —le quiso interrumpir Recasens.

—¡Que te calles, coño! —bramó el comisario—. Ya me conozco el cuento ese del quinqui reformado, pero a la que rascas un poco en la mugre aparece tu nombre hasta en la sopa.

—Eso no es delito, ¿no?

—¡Es delito lo que a mí me salga de los huevos! Porque si me da la gana digo que eres de la ETA, de los Grapo o incluso de la FAI, y te encierro de por vida.

—De verdad que no sé nada de ningún Mercedes robado. Dejé atrás todo eso, y seguro que a ustedes les consta —replicó Recasens con serenidad.

Algo que era cierto, en parte. No, ya no robaba coches, pero no despreciaba los negocios que se podían hacer en los tinglados del puerto si tenías buenos contactos, ingenio y sabías bordear las fronteras de la legalidad. Y en eso él era un experto.

—Olvídate del maldito coche, que eso ya lo tenemos *arreglao*. Aunque me queda un asunto por resolver y me va a ir de perlas un listillo como tú. Abre bien las orejas, porque quiero que hagas una cosa por mí.

Recasens no auguró nada bueno, pero suspiró y dijo lo único que se podía decir en una situación como esa:

—Sí, claro, a sus órdenes.

—Mira, no sé si saldrá pronto otro Generalísimo o vamos a convertirnos todos en demócratas de la noche a la mañana, pero la policía debe seguir funcionando. Y aunque tenemos unos huevos más grandes que el Valle de los Caídos, nos estamos quedando algo anticuados. Así que a veces tenemos que solicitar la colaboración ciudadana. Y tú eres un buen ciudadano, ¿no?

—Buen ciudadano, sí; soplón, no —remarcó, trazando una línea roja que no estaba dispuesto a cruzar.

—¡Tú serás lo que yo te diga! —gritó el comisario.

Del Duque hizo luego una pausa teatral. Tamborileó los dedos sobre el escritorio de madera oscura, chistó, se atusó el bigotillo y luego soltó la bomba:

—A ver, *espabilao*, ¿qué sabes tú de la heroína?

—¡Oiga, oiga, yo no tengo nada que ver con eso! —se asustó, ahora sí, Recasens.

El comisario compuso una sonrisilla sádica antes de continuar:

—Ya sé que solo eres un ratero de tres al cuarto, pero más te vale demostrar que me puedes ser útil. Porque, si no, te devuelvo al calabozo y santas pascuas.

—A ver, sé que desde hace unos meses el Chino va lleno, y también Escudellers y la Plaza Real, según he oído por ahí —explicó con cautela, para no decir una palabra de más.

—Y supongo que tú sabes moverte por sitios tan apestosos como esos, ¿no?

Recasens calibró muy bien lo que iba a decir a continuación:

—Si es necesario…

—¡Pues sí que es necesario, coño! —exclamó Del Duque—. Escucha con atención, porque voy a encargarte un trabajo que quiero que bordes.

Ya había quedado claro que al comisario le gustaba adornar su discurso con insultos y amenazas, pero esta vez no se anduvo con rodeos:

—¿Sabes por qué a Barcelona se la conoce como la ciudad negra?

Recasens prefirió no improvisar y negó con la cabeza.

—Mira este mapa.

Del Duque señaló la pared que le quedaba a su derecha, presidida por un mapa de la ciudad con centenares de chinchetas negras clavadas en el centro.

—En cada una de estas marcas se trafica. Hasta ahora era hachís, LSD y cosas de hippies pordioseros. Pero, desde hace un tiempo, la heroína está arrasando con todo. Los camellos suelen ser quinquis, gitanos, negros... ¡Lo mejorcito de cada casa, vamos! Sus clientes son sacos de mierda que me la traen floja. Excepto una.

—¿Una?

—La hija de un pez gordo nos ha salido bohemia. Universitaria, roja y con ganas de experimentar. Ya ves, con lo guapas que están en la cocina… La familia asegura que se enamoró de un tipo de baja estofa, que la enganchó a esa porquería. Siempre volvía a casa a lamerse las heridas, hasta que hace dos semanas ya no apareció.

Recasens ya se imaginaba el *favor* que le iba a pedir, y la

perspectiva de tirarse por la ventana le parecía mucho más atractiva.

—Así que tú me la vas a encontrar, ¿de acuerdo?

—No creo que yo sea el más adecuado.

—Pues mejor que le pongas empeño, porque no te estoy dando a elegir.

—¿Y por dónde empiezo?

—Por las malditas chinchetas. Si no está muerta por sobredosis, estará tirada en algún antro de mala muerte del Barrio Chino.

—¿Y cómo se llama ella?

—María Jesús, fíjate tú qué bonito y piadoso.

—María Jesús... ¿Y de apellido?

—No te pases de listo. El apellido no te importa una mierda. Largo de aquí, y si en dos semanas no me la has traído envuelta con un lacito, te encierro de por vida.

—Oiga, al menos podría hablar con la familia. Para tener alguna pista…

—¡Mis cojones! Ya tienes todo lo que necesitas saber —respondió Del Duque, para luego preguntar a gritos—: ¡Meléndez! ¿Cómo se llama el bar al que iba la niñata?

—El Marsella —respondió una voz aguda que procedía del despacho contiguo.

—Ahí estamos. Niña rica que se pasa de bohemia, frecuenta malos ambientes, se enamora de un drogata y ahora necesita que la rescaten.

—¡Y recuerde la tarjeta! —volvió a pitar la voz.

—¡Es verdad, coño! —vociferó el comisario mientras lanzaba sobre la mesa una tarjeta arrugada y amarillenta. A pesar de eso, aún se podía leer el nombre y la dirección del bar Marsella y, lo más importante, siete números garabateados en lápiz.

—Ha dicho que era universitaria…

—Tercero de Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma. Nido de rojos.

—¿Y la familia cómo sabe que estaba metida en la heroína?

—La madre registró su habitación, como debe ser, y encontró un estuche con una jeringuilla, un sobre con polvito

blanco y esa tarjeta. No hace falta ser el Colombo ese para sacar conclusiones, ¿verdad que no?

—¿Y una foto de ella sería mucho pedir?

Del Duque, que disfrutaba haciendo sufrir al prójimo, guardó silencio un buen rato antes de estampar en la mesa la foto de una adolescente angelical, recién salida del colegio de monjas.

—No es para hacerse pajas, eh.

El Fuli

No es que Recasens fuera de los que se asustan fácilmente, pero el temblor de piernas le duró hasta que atravesó las vías del tren y buscó un lugar tranquilo detrás de los baños de San Sebastián, todavía desiertos en una primavera lluviosa.

Solo entonces sacó la foto de la chica desaparecida para estudiarla con detalle, casi con admiración. No le atraía tanto su imagen de niña bien —delgada, morena, ojos oscuros y un ejército de pecas desplegado por nariz y mofletes— sino una mirada que no encajaba con el conjunto. Tenía más bien un punto irónico y rebelde. La misma mirada, pensó, con la que debió de recibir su primer chute de caballo.

Recasens, que se había alejado de los chanchullos callejeros para no llamar tanto la atención, ahora necesitaba recuperar los viejos contactos. Por eso, de vuelta a casa se interpuso en la trayectoria de una Derby Diablo de procedencia incierta, conducida por un crío que no debía de tener más de trece años.

—¡Eh tú, frena!

El conductor había salido a la familia de la madre —estibadores del tamaño de una grúa— y a pesar de su edad ya superaba el metro setenta, así que no tuvo problemas para plantar un pie en el suelo y derrapar a un palmo de Recasens.

—¿De dónde has sacado la burra?

—Fuimos a dar un garbeo por ahí y, bueno, ya sabes…

—¿Y el Mercedes del otro día?

—Eso fue cosa de…

—Da igual, llévame al taller.

—¿A qué taller?

—Ya sabes a cuál, *collons*.

El chaval lo sabía perfectamente. Y le hubiera llevado en menos de diez minutos si Recasens no le hubiera amenazado con convertirlo en cebo para pescar sardinas si les paraba la bofia. Así que condujo respetando los límites de velocidad hasta un taller del Pueblo Nuevo que quedaba escondido detrás de una antigua fábrica textil, reconvertida ahora en sede de pequeños negocios, más o menos legales.

Las fábricas que quedaban en la zona funcionaban a medio gas, pero el taller parecía La Boquería el día antes de Navidad.

Ya no cabían más vehículos en el interior y los sobrantes se desparramaban por la calle, ansiosos por cambiar de color, matrícula y dueño.

—Coño, ¿has vuelto al negocio?

Quizás por llevar aún el susto de comisaría, Recasens pegó un bote, que compensó dando una colleja al sardinilla que había aparecido de repente entre los coches, de apenas metro y medio y cara de pillo.

—Joder, Antoñito, ¿qué haces tú aquí?

—Nada, que me han *fichao*, como si fuera el Neeskens.

—¿De mecánico? No me digas que te has sacado el título.

—Como si eso sirviera para trucar motores —le respondió mientras guiñaba el ojo y encendía un pitillo.

Nadie en la Barceloneta tenía un historial de robos de coches más abultado que Antoñito. Esa era toda la titulación que necesitaban allí.

—Bueno, pues mejor, porque necesito que tu jefe me haga un favor.

—No está.

—Pues me lo haces tú, que me debes ya unos cuantos.

—¿Quieres un coche limpio para bajarte al moro?

—No, a un yonqui. Pero que no lo sea demasiado.

Una llamada al teléfono que aparecía escrito en la tarjeta le bastó para averiguar que el supuesto responsable de haber introducido a María Jesús en la mala vida se llamaba Julián y que trabajaba en el Marsella de camarero, en turno de tarde.

El número correspondía al domicilio de su madre, con quien seguía viviendo, a pesar de que ella apenas le veía el pelo al chaval, según se quejó con amargura.

Para matar dos pájaros de un tiro, Recasens citó en ese mismo bar al yonqui que le había *recomendado* Antoñito. Era bajo y seco como un palo, con la melena negra enmarañada y un incisivo partido en diagonal, que adornaba una sonrisa siempre maliciosa. Se hacía llamar El Fuli, quién sabe por qué.

—Invitas tú, ¿no? Dabuti —saludó este cuando apareció con paso eléctrico por el Marsella, situado en el corazón del Barrio Chino.

—A ver esos brazos —exigió antes que nada Recasens.

—Que el menda controla, eh —se quejó El Fuli, aunque no se los mostró.

—¿Seguro?

—Palabrita del niño Jesús. Pero si quieres me doy el piro.

Recasens negó con la cabeza y pidió dos vinos. Luego llevó a su invitado a una pegajosa mesilla de mármol situada al fondo del local, bajo un enorme espejo de pared que no se limpiaba desde los tiempos en que Hemingway y Picasso se ponían allí ciegos de absenta. El esplendor bohemio del bar había quedado, sin duda, diluido. Su clientela también dejaba mucho que desear.

—Quiero que me lleves a todos los antros donde se pueda comprar caballo —disparó Recasens sin más explicaciones.

—¿Para qué? Si yo te consigo el jaco que quieras, baratito, eh.

—Busco a alguien.

—Pero eso es mucho currele...

—¿Qué te parecen mil pelas como compensación?

—Dos mil suenan mejor —repuso El Fuli añadiendo a su sonrisa un punto soñador.

—Mil ahora y mil después, si te portas.

—Fetén. ¿Por dónde empezamos?

—De momento, nos quedamos aquí y no le quitamos ojo al camarero guaperas.

—¿Le achanto? —se ofreció El Fuli sacando a relucir una navaja mariposa—. Me sé algunos truquillos.

—Esperemos un rato, a ver si se acojona solo.

Se tomaron cuatro vinos y una absenta muy rebajada con agua, mientras miraban de manera descarada al camarero. Este aguantó casi una hora, hasta que cuchicheó algo a su compañero y fingió ir al almacén a reponer existencias. En cambio, intentó largarse por la puerta trasera. La maniobra fue tan obvia que lo interceptaron sin problemas.

—¿Te piras o qué? —preguntó El Fuli mientras abría la mariposa con un tirón seco y la hacía girar sobre el pulgar como una aspa de molino.

—A ver, tranquis. Que no busco líos.

Recasens tomó el mando de la conversación, a la vez que

indicaba con una mirada a su compañero que guardase el juguete.

—Parece que ya estás en un lío, colega.

—Pero, ¿qué queréis? No tengo ni un duro, si soy un simple currante.

—Me han chivado que eres algo más que eso. Un pluriempleado, digamos, al que no le importa sacarse un sobresueldo con el caballo.

—Qué caballo ni qué niño muerto… Ah, ¿heroína? No, no, ¡qué dices!

—No seas mentirosete, eh —intervino El Fuli, pasándose la mariposa de una mano a otra, ansioso por lucir sus habilidades.

—¡Guarda eso, coño! —ordenó Recasens.

—De verdad, no sé nada de eso, ¡por mis muertos! —aseguró Julián besándose dos dedos puestos en cruz.

Recasens suspiró, le pasó el brazo por los hombros y lo alejó de El Fuli, quien se conformó con quedarse practicando malabares con la navaja con una sonrisa embobada. Caminó un trecho en busca de algún lugar donde no se palpara una sensación constante de peligro o, al menos, donde no apestara a meado, pero no encontró nada parecido. Así que se conformó con meterse en un portal para decirle:

—Mira, Julián… La cosa es que has estado jugando con la chica equivocada, y ahora tengo que solucionarlo.

—Pero, ¿quién eres? ¿Poli?

—Tú confía en mí —respondió Recasens suavemente, pero ejerciendo una presión cada vez mayor sobre el hombro de su interlocutor, al que sacaba dos palmos.

—¿Qué quieres que te diga? Yo no sé nada de drogas ni de ninguna tía.

—Yo creo que sí. Va, dime por dónde para la tal María Jesús y todos contentos.

—¿Quién? No conozco a ninguna María Jesús.

—¡Ella, *collons*! —escupió, ya cansado de evasivas, mientras le plantaba la foto de la chica frente a la cara.

El cambio en la expresión de Julián fue evidente.

—Ehh… Sí, venía al bar de vez en cuando, con sus amigos. Pero creo que no…

—Y tú la enganchaste al caballo, y ahora vete a saber en qué pocilga está tirada —le cortó sin esperar a que acabara.

—¿Qué? ¡No, no, te equivocas! Yo solo…

—¿Solo, qué…? —le apremió Recasens, cansado ya de la conversación.

—Me la cepillé, ¿vale? No paraba de tirarme los tejos, la tía, y ¿qué iba a hacer yo? Apunté mi teléfono en una tarjeta del bar y le dije que me llamara.

—¿Y lo hizo?

—Sí. Salimos de vinos por ahí y luego le propuse ir a mi casa. Mi madre duerme como un tronco y no se entera de nada… Pero ella prefería que la llevara a una pensión del Chino, no sé por qué. Al final la convencí para ir a un meublé del Gótico, que yo en según qué sitios no me meto. Pareció decepcionada y no la volví a ver más.

—¿Ni en el bar?

—A ella, no. A veces vienen sus amigos. Estudian en la universidad, pero no van de listos. Alguien me dijo que eran comunistas, pero prefiero no preguntar…

«¿Comunistas? *La mare que em va parir*!», murmuró Recasens, consciente de que el encargo del comisario Del Duque se estaba complicando por momentos. Volvió a mirar a Julián, quien tenía todos los boletos para convertirse en cabeza de turco, y simplemente le dijo:

—Hazme un favor, ¿vale? Cuando vuelvan por el bar, pregúntales por dónde anda la chica. Cuanto antes la encontremos, mejor para todos.

El camarero asintió y se largó de allí corriendo, mientras El Fuli se acercaba con cara de sabiondo.

—Si me hubieras dejado a mí… ¿Ahora qué, *salao*?

Casi eran las dos de la madrugada, pero Recasens no quería perder el tiempo. Su idea era solucionar pronto este asunto y volver a su vida cuanto antes. O quizás largarse por una temporada de la ciudad. Además, ¿qué mejor hora que esa para descender a los infiernos del distrito quinto barcelonés?

—Tendremos que seguir nosotros solos. ¿Tienes sueño?

—Sueño, dice… —contestó partiéndose la caja.

Y así es cómo se dejó guiar por El Fuli, un tipo que te pedía

un cigarro y luego te robaba hasta la última pela sin perder la sonrisa, por los tugurios más putrefactos del Chino.

Encontraron yonquis en todos sus estados, muchos más de los que a Recasens le hubiera gustado conocer. Entre todos esos cadáveres prematuros, sin embargo, no estaba la tal María Jesús, la niña bien que había decidido borrar el plan de vida trazado por sus padres a golpe de jeringazos.

Corazón

Tras visitar sin suerte el último garito, El Fuli se ofreció a quedarse un rato más por si aparecía la chica. Las mil pesetas que le había sacado a Recasens le quemaban en el bolsillo y quería darles un buen uso.

—*Pos* eso, eh, que me quedo *pa* vigilar. ¿Me das el resto del parné?

—Cuando acabemos. Ese era el trato.

—Venga, *salao*, que seguro que encuentro a la moza. Voy a hablar con un par de primos que se mueven por el Kentucky y se coscan de todo.

Su sonrisa se había vuelto aún más reluciente, por lo que Recasens intuyó que tramaba algo para lo que necesitaría esa mariposa de la que tanto fardaba. Sin embargo, El Fuli se conformó con lanzar la mano hacia el bolsillo trasero de sus pantalones para robarle la cartera, en un movimiento que podría ejecutar incluso con los ojos vendados.

Recasens sabía que allí no quedaba ni un duro, pero igualmente agarró a El Fuli por el cuello y lo estampó contra una pared cochambrosa, manteniéndolo en vilo.

—Vale, agggfff. Si era una broma.

Ya en la calle, y con la cartera de vuelta en su poder, pudo ver cómo las primeras luces de la mañana empujaban a los vampiros hacia sus ataúdes. Solo quedaban algunas prostitutas que no habían tenido una jornada laboral provechosa y esperaban un último golpe de suerte.

Él también lo esperaba, así que se acercó a una tiarrona alta y de cabello rizado, maquillada en exceso, que se paseaba por allí luciendo su vestido verde pistacho como si estuviera en el malecón de La Habana en vez de en las sucias calles del Barrio Chino.

—¿Un revolcón de buenos días, corazón? —le entró ella con una voz que revelaba que no era tan mujer como parecía de lejos.

—¿Mejor un buen desayuno?

—Si eso te pone…

Recasens emergió con alivio por el Arco del Teatro y ganó las Ramblas con su nueva amiga, que decía llamarse Yanela.

Buscó un bar abierto cerca del frontón Colón y pidió dos cafés con leche y unos cruasanes, que pagó con veinte duros que había tenido la precaución de esconder en el calcetín.

—Estoy buscando a una amiga que ha desaparecido y podría estar enganchada al caballo. Me he pateado todo el Chino para encontrarla, pero no ha habido suerte. Quizás tú podrías ayudarme… —le explicó mientras removía el azúcar del café.

—Tú no eres del barrio, ¿no? Me acordaría de un bellezón como tú —le hizo caso omiso Yanela mientras se arreglaba el escote y ensayaba un guiño a lo Marilyn Monroe, sin tocar aún el desayuno.

—No, soy de la Barceloneta, al otro lado de las vías de tren.

—¿Junto al mar? Ay, tienes que llevarme de visita —pidió, seductora, quemando la última posibilidad de hacer caja esa noche.

—No hay nada que visitar —zanjó Recasens mientras rebuscaba en la cajetilla un cigarrillo, que finalmente dejó donde estaba.

—¿Y es guapa esa amiga tuya?

Él puso la foto sobre la mesa.

—Uy, qué modosita parece… Esas solo te traen problemas.

—¿La has visto o qué?

—¿Para qué quieres a una niña si puedes tener a toda una mujer? —insistió Yanela fingiendo una voz cantarina mientras su mano avanzaba por debajo de la mesa en busca de la entrepierna de Recasens—. Solo me tienes que convencer con un billetito…

—Pues no me queda ni un céntimo, *maca*. ¡Va, come!

Ella, más que decepcionada, pareció resignada. Cogió un cuerno del cruasán con delicadeza, como si hubiera estudiado en una academia de señoritas, y le dio un tímido mordisco.

—¿Qué harás con ella si la encuentras? —preguntó finalmente, sin hacer ya ningún esfuerzo para camuflar su voz ronca.

—¿La conoces o no? —replicó Recasens con sequedad.

—¿Quieres que te ayude o no? —volvió a preguntar ella, sin amilanarse.

—Supongo que sus padres la llevarán a un hospital para que se desenganche, la cuidarán como a una princesita y luego la reinsertarán en la alta sociedad.

—No me pareció que se metiera nada, y menos eso tan feo que dices.

—¿Así que la has visto? ¿Dónde? —preguntó él aparentando una paciencia que ya no tenía.

—En la calle, no sé qué día, nos hizo a todas muchas preguntas.

—*No fotis*, preguntas, ¿sobre qué?

—Sobre cómo trabajamos, cómo nos tratan, si pasamos miedo, que si sabíamos nuestros derechos… ¡Pobrecita! Creo que lo preguntaba en serio, pero se veía de lejos que venía de buena familia.

—¿Y para qué quería saber todo eso?

—A mí que me registren… También preguntó sobre las drogas en el barrio, cómo entraban, quién las traía…

—¿Y qué le respondiste?

—Yo, nada. Pero una le contó lo que todo el mundo sabe: que están los gitanos y los africanos. Yo intento no mezclarme ni con los unos ni con los otros.

—¿Y ella qué dijo?

—Que también hablaría con ellos.

—¿Y no le sacaste esa idea de la cabeza?

—¿Yo? Ni que fuera su madre.

—¿Podrías echar un vistazo por ahí y avisarme si la vuelves a ver?

—Lo que quieras, corazón. Pero eso te costará más que un desayuno —respondió Yanela mientras, por fin, engullía el cruasán en dos bocados.

Una hora después, Recasens regresaba a la Barceloneta para intentar dormir un rato, no sin antes cazar a un crío al vuelo para pedirle que avisara a Antoñito.

—Necesito que me acompañe a un sitio. Quedamos a mediodía en el Hawai.

Se tumbó en la cama pero no pudo conciliar el sueño. Aunque estaba agotado, su cerebro prefirió analizar el marrón en el que estaba metido del derecho y del revés. La triste

conclusión fue que solo le quedaba una opción: capear la tormenta como hacen los pesqueros en alta mar, sin preguntarse si la siguiente ola se los llevará por delante.

Se lavó y vistió rápido, para luego acercarse al Hawai, un merendero frente a la playa al que todos llamaban *el avai*, porque nadie en el barrio tenía el menor interés por aprender inglés. La cocinera más veterana, que había sido la mejor amiga de su madre, siempre le reservaba algunas sobras.

Recasens estaba engullendo un plato de zarzuela cuando escuchó los bocinazos de la nueva Vespa de Antoñito, recién pintada de rojo y con matrícula acabada de estrenar.

—*No et fotis en embolics, nano*!

A pesar de que ya estaba metido en un buen lío, guiñó el ojo a la cocinera y le ofreció la respuesta habitual:

—*Jo? Mai de la vida*.

Se subió a la moto y Antoñito estrujó el embrague, metió primera con un golpe de muñeca y salió quemando rueda.

—¿Adónde vamos? ¿Al taller?

—¡No —se impuso Recasens por encima del estruendo del motor—, al Campo de la Bota!

No pudo observar la reacción de Antoñito, pero intuyó que ese destino no le hizo especial ilusión cuando dejó de retorcer el puño del gas al máximo y se tomó el trayecto hacia la frontera con San Adrián del Besós con calma.

Aunque el viento que soplaba de mar estaba cargado de una humedad que calaba hasta los huesos, la vida en el Campo de la Bota —una porción de tierra atrapada entre el mar, las vías de tren y el paso elevado de la carretera— se desarrollaba fuera de casa. Las mujeres tendían la ropa, los niños se perseguían con palos, las niñas ensayaban vueltas flamencas, los abuelos buscaban un pedazo de sol, los perros husmeaban y los hombres miraban con ojos como navajas a cualquier extraño que atravesase su territorio.

Un papel que, en esta ocasión, interpretaban Recasens y Antoñito, ambos conscientes de que en zona hostil no se debía mostrar ni pizca de miedo. Por eso, avanzaban a paso firme entre las casas de paredes blancas y tejado de chapa hacia el centro, hasta que dos tipos de melena azabache se interpusieron

en su camino.

—¡Santo y seña! —reclamó el más alto de ellos, con una sonrisita de choteo.

En el antiguo poblado chabolista, cada vez más vacío porque muchos habitantes habían optado por mudarse al prometedor barrio de La Mina, la única contraseña válida era la sangre gitana y Recasens lo sabía. Pero no tenía ninguna intención de achantarse.

—¡Viva El Pescaílla! —contestó.

—Bah, los de Gracia están *apayaos* —respondió el alto mientras escupía al suelo.

—Su padre era de la Barceloneta. Vivía muy cerca de mis abuelos. ¿Sabéis que le llamaban El Sardineta porque venía de familia de pescadores?

—*Pos* mira, a ti te llamaremos El Rajao, ¿adivinas por qué? —susurró el otro, que no tenía el mismo gracejo que su compañero pero acojonaba más.

—Solo estamos buscando a una amiga. Nos han dicho que quizás estuvo aquí.

—¿Y quién te ha dicho eso, *mismamente*? ¿El Anchoíta o El Calamar? —preguntó el saleroso con retintín.

—No, El Fuli —probó suerte.

Aunque de caracteres tan distintos, la reacción de los dos centinelas fue calcada: escupitajo al suelo, puño derecho contra la palma izquierda y maldiciones en arameo. Eso sí, el resultado no fue el esperado por Recasens, que había tensado los músculos por si las cosas se complicaban.

—¡*Sus* quedáis quietos ahí! —ordenó el más sombrío, para luego pedir a cuatro críos que campaban por ahí que vigilaran a los forasteros.

Los chavales se aprovisionaron de pedruscos para cumplir con su cometido y se los quedaron mirando con curiosidad, como si fueran dos gorilas blancos.

Recasens interrogó con la mirada a Antoñito, quien solo tuvo ánimos de negar con la cabeza porque no estaba disfrutando de la visita.

Esperaron unos diez minutos hasta que apareció a lo lejos un viejo con boina y bastón, que caminaba a ritmo de caracol.

Recasens quiso acercarse, pero una lluvia de piedras en los tobillos le anunció que no era buena idea.

El viejo fue avanzando poco a poco, como una diligencia que se aproxima por la llanura en una película del oeste. Cuando llegó a su destino, le plantaron una silla al sol y le pusieron una manta sobre las rodillas. Mientras tanto, a Recasens le pareció ver a El Fuli aparecer tras una esquina, pero fue un visto y no visto. Finalmente, el viejo habló con voz tan aspirada que apenas era audible.

Recasens no entendió nada y se quedó quieto a la espera de traducción.

—¿Estás gili? ¡Que te acerques! —bramó uno de los críos con pedrusco.

Así lo hizo y se agachó, como si se postrara ante un rey, para acercar el oído a su boca.

—Ya hablamos con tus jefes de la *pestañí*: lo que hace mi nieto es cosa suya.

—No soy policía —aclaró Recasens.

—¿Y quién eres?

—Nadie en especial, solo estoy buscando a una amiga.

—¿Es calé?

—No, paya.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con la moza?

—Se ve que quería hablar con traficantes de caballo, así que he pensado que…

Dos golpetazos del bastón contra el suelo pusieron fin a la conversación. Los dos centinelas se acercaron para ayudar al patriarca a levantarse. Cuando lo consiguieron, el más graciosete se acercó a Recasens para decirle, esta vez sin ningún chascarrillo de por medio, que ellos ni sabían ni querían saber nada de esa mierda y que era hombre muerto si volvía a aparecer por allí.

Se quedó mirando cómo se alejaban hasta que una nueva ráfaga de pedruscos le anunció que su estancia en el Campo de la Bota había llegado a su fin.

El regalo

Recasens no estaba acostumbrado a flotar a la deriva, así que por una vez en la vida no tuvo claro qué hacer a continuación. Pidió a Antoñito que lo dejara en el Marsella por si el viento cambiaba de dirección, pero lo máximo que logró fue arrancar el compromiso del camarero de que le dejaría un recado en el Hawai si aparecían los amigos de María Jesús.

Los siguientes días anduvo a ciegas por el Chino y se acercó —con cautela y sin ningún éxito— a las barriadas de Can Tunis, Bellvitge y La Perona. Incluso deambuló por la Universidad Autónoma para preguntar si alguien sabía el paradero de la chica. No consiguió nada, sobre todo porque corrió el rumor entre los estudiantes que un madero de la Brigada Político-Social estaba husmeando y todos lo evitaron como la peste.

Tras otra noche sin pegar ojo, por la mañana se fue directo a Vía Layetana para sugerirle al comisario Del Duque que, con todos los respetos, se buscara a otro. Que él había hecho todo lo posible pero que, para milagros, a Lourdes.

Iba repasando el discurso cuando un Renault 5 amarillo derrapó a su lado y dos cuchillos jamoneros le mostraron el camino hacia el asiento trasero. Una canción de Los Chichos tronaba en el radiocasete, así que todas sus preguntas y quejas se estamparon contra un muro de sonido rumbero. No le costó intuir que se dirigía de nuevo al Campo de la Bota, pero ¿para qué?

Lo averiguó cuando fue arrastrado hasta un lavadero plagado de gente. Al verlo avanzar a punta de cuchillo, la multitud se apartó y le regaló una estampa que no auguraba nada bueno: el cadáver azulado de una joven escuálida y demacrada flotando en el agua.

El cadáver de una yonqui.

Recasens lo observó solo un instante, no tanto porque le revolviera el estómago, sino porque al final había encontrado lo que buscaba. Aunque no en el estado deseado.

El círculo de vecinos se volvió a abrir y apareció el patriarca caminando a paso ligero, como si la ira que reflejaban sus ojos le insuflara una energía juvenil. Su vocecita aspirada se transformó en vozarrón cuando lo amenazó:

—¡Este regalo que nos querías endiñar, payo, lo pagarás con tu vida!

Para completar el cúmulo de sorpresas, una figura escurridiza se coló entre la gente hasta llegar al viejo y, con sonrisa agasajadora, susurrarle:

—Seguro que este no ha sido, eh. Si es la *gachí* que buscaba. Yo respondo por él, es buena gente, *paruñó*.

Que El Fuli acudiera en su ayuda convertía la escena en surrealista, y aún lo fue más al comprobar el influjo que ejercía su abuelo.

Después de una asamblea a gritos entre siete hombres, el veredicto fue que Recasens debía deshacerse del cadáver, chapar la boca y no volver a pisar el Campo de la Bota en su maldita vida. Y lo peor de todo, tenía que llevarse a El Fuli con él, quien recibió la orden de dirigir la operación y rajarle el cuello si se le ocurría desobedecer.

—Saca a la titi del agua, que yo llamo al Antoñito *pa* que se pase a buscarnos con un carro —fue su primera orden.

Este apareció media hora después en una furgoneta dos caballos gris y con cara de mala leche. Entre tanto, Recasens se las había ingeniado para sacar sin ninguna ayuda el cadáver del lavadero. Eso sí, con toda la expectación de los críos del poblado, que encontraron ese espectáculo más interesante que colarse en el circo.

Tiritando, y con la ayuda de un Antoñito que no le había dirigido aún la palabra, consiguió introducir el cadáver en el maletero, para salir cagando leches de allí.

—¡¿Qué coño, Recasens?! ¿Sabes dónde acabaremos si nos pillan con un paquete así? —le abroncó finalmente el conductor cuando atravesaban la pasarela de la plaza de las Glorias.

—Lo sé, Antoñito. Llévame a la cofradía y esfúmate. Ya te compensaré. Y hazme el favor de deshacerte de esta rémora —dijo señalando a El Fuli.

—Que yo tengo que vigilarte, eh —respondió este.

Una vez llegados a la Barceloneta, Recasens pidió hacer una parada intermedia y luego se dirigieron al viejo almacén donde se amontonaban las redes de pesca que había que remendar. Allí descargaron el cadáver, que comenzaba a apestar.

—Ya os podéis largar. Sigo solo.

Antoñito no protestó. Mangar coches era una cosa y lidiar con una muerta, otra muy distinta.

—¡*Cuidao*! Que aquí mando yo —alegó El Fuli sacando a relucir la mariposa.

Recasens desdeñó la navaja y le entregó lo que había ido a buscar: el paquete de hachís que le había regalado un capitán de carguero marroquí como propina de un buen negocio en el puerto.

—Estamos en paz. Fúmatelo o véndelo, pero aquí nos separamos.

La sonrisa de El Fuli se tornó ensoñadora y cualquier orden recibida por su clan se convirtió en humo dulzón. Al cabo de un minuto, Recasens se quedó a solas con un cadáver al que seguía sin mirar de frente.

Después de encender un cigarro para enmascarar el olor, envolvió el cuerpo con una lona impermeable y lo depositó en una esquina del almacén. Luego se situó en la punta más alejada y se acomodó sobre un amasijo de redes, como hacía de pequeño cuando se escapaba de casa. Intentó planificar su siguiente paso, pero cayó rendido a los pocos minutos.

Le despertó al cabo de tres horas el rostro de un cadáver que de repente abría los ojos y gritaba con voz de ultratumba: «¡Mírame a la cara, mírame a la cara!».

Temblando, se encendió otro cigarrillo como pudo y dio una calada tan larga que ni siquiera sus pulmones acostumbrados al tabaco negro pudieron soportar. Tosió hasta que se le saltaron las lágrimas, soltó un escupitajo y comprobó que aún faltaba un largo trecho para que anocheciese.

Las horas pasaron desesperadamente lentas hasta que cayó la noche y Recasens pudo ponerse en marcha, no sin antes maldecir la luna llena que teñía de plata una franja vertical de mar.

Acercó una barca de remos a la orilla para luego volver al almacén y arrastrar el cadáver, aún envuelto en la lona verde botella. Luego volvió sobre sus pasos para borrar el rastro acusador que había dejado sobre la arena. Colocó el fardo, saltó a bordo y puso rumbo al horizonte, para luego virar en

dirección a la desembocadura del Llobregat.

Aunque los brazos le quemaban, no paró hasta rebasar los cobertizos del puerto, la aduana, la estatua de Colón que apuntaba hacia el sitio equivocado, las atarazanas y el acantilado del Morrot para situarse, finalmente, a la altura del cementerio de Montjuïc. Ya le había quedado claro que no pasaba por una racha de buena suerte y buscaba alejarse lo suficiente para que las corrientes no le jugaran una mala pasada.

Quería deshacerse del cadáver lo más rápido posible, pero antes tenía que hacer algo que había estado aplazando hasta ahora.

¿Era realmente el cuerpo de María Jesús?

El ritmo cardiaco se le disparó al desenvolver la lona, porque al esfuerzo físico se le unieron la incertidumbre y el miedo atávico a mirar a la parca a los ojos. El resplandor de la luna llena no era suficiente, así que acercó el mechero a la cara de la muerta y prendió la llama.

Lo que tenía delante era el estado previo a una calavera, con una piel endeble que quedaba vencida ante el empuje de los pómulos. Los ojos marrón oscuro se habían transformado en una mancha inerte. Procuró rememorar la fotografía que le entregó el comisario y lo único que pudo recordar fue esa mirada irónica y rebelde. Apagada para siempre, ya no tenía forma de reconocerla.

Cambió de estrategia y se concentró en la sensación que le causó esa imagen, en esa expresión que no encajaba con una cara de niña… ¡salpicada de pecas!

Acercó el mechero para estudiar una piel marcada por costras y arañazos, pero no encontró ninguna. Y, por lo que sabía, la heroína te robaba la vida, pero no las pecas. Gritó eufórico, aunque se arrepintió enseguida al pensar que esa chica tenía un nombre y quizás un futuro y quizás alguien que la quiso alguna vez.

Recasens, de todos modos, no tenía tiempo para lamentar la suerte de otros. Enrolló de nuevo el cadáver con la lona y le ató el ancla del bote para ganar peso. Luego lanzó el fardo por la borda, esperó a que se hundiera y volvió a la Barceloneta como

si a la vieja barca de madera le hubiera crecido un motor de gasolina.

Llegó derrotado al *quart de casa* de la calle de la Sal donde se amontonaba junto a su padre y sus tres hermanas. Hubiera pagado por dormir varios días seguidos, pero una nota enganchada en la puerta le anunciaba que la jornada aún no había terminado.

Era una hoja del talonario de comandas del Hawai y se leía, en catalán: «Te ha llamado Julián. Dice que están en el Marsella».

Eran las dos de la mañana, quizás todavía siguieran allí.

Tesis

Aunque las persianas estaban a medio bajar, el barullo que procedía del interior del Marsella revelaba que la fiesta se encontraba en su momento álgido. Como en todo el Barrio Chino a esas horas, de hecho.

Recasens entró a trompicones, sin que nadie le prestara atención. Más bien cada grupito siguió a lo suyo, como si el universo se hubiera reducido a su propia mesita de mármol. Solo Julián, trapo en mano, se dio cuenta de su llegada y le indicó con un movimiento de cabeza la ubicación de los universitarios.

Fruto de la combustión interna que estaba experimentando, fue en su búsqueda, agarró un vaso al que aún le quedaba un culillo de absenta y lo estampó contra la pared forrada de madera. Las dos chicas del grupo fueron las primeras en reaccionar, con una mirada en la que se mezclaba la alucinación y el miedo.

—¡Julián, saca a las chavalas de aquí! —gritó Recasens al camarero.

Los tres chicos —barbudos, con melena y jersey de lana gruesa— se levantaron de manera atropellada y cómica, sin saber cómo reaccionar.

—¡Sentaos! —ordenó un Recasens que estaba en inferioridad numérica, pero con el control de la situación.

Ellos, tras comprobar que nadie estaba dispuesto a lanzar el primer puñetazo, obedecieron. El resto de parroquianos continuó como si nada.

—¿Qué problema tienes, compañero? ¿Nos conocemos? —preguntó el que parecía menos afectado por el alcohol casero de ochenta grados.

—Mi problema es que no me parece que estéis de luto.

—¿Por qué? ¿Quién se ha muerto? —preguntó otro con voz gangosa y la mirada triste, como si acabara de recibir una pésima noticia.

—Por lo que veo, nadie cercano. Nadie que se llame María Jesús.

Los tres se miraron y replicaron:

—No conocemos a ninguna María Jesús.

—No conocemos a ninguna María Jesús, no, no —repitió a solas el gangoso.

Este fue el primero en llevarse un bofetón de Recasens, que volvió a formular la misma pregunta. La respuesta fue la misma, aunque ya no se atrevieron a mirarle a la cara.

Recasens agarró por el jersey al menos borracho y lo levantó de golpe.

—Sé que María Jesús es vuestra amiga, que ha desaparecido y que quizás esté enganchada al caballo... o muerta. Y también sé que hay algo que no encaja porque, si no, no estaríais aquí de jarana —resumió.

El otro, no obstante, repitió la respuesta anterior, esta vez adoptando una pose de dignidad revolucionaria muchas veces ensayada.

Ahora faltaba por ver cuánto tiempo aguantaría las sacudidas de un Recasens al que le habían crecido los colmillos de lobo. Fuera de sí, cogió un pedazo de vaso roto que se había quedado sobre la mesa y lo puso en la garganta del chaval, que perdió el aplomo de golpe y empezó a gemir, insistiendo en que no conocía a nadie llamado así.

Al observar su miedo, Recasens volvió a la realidad. No le hacía ninguna gracia actuar así, pero era consciente de que no podía detenerse ahora si quería sacar algo en claro.

—¡Basta ya! —gritó una voz femenina a su espalda.

Recasens pensó por un instante que podría ser ella, aunque al soltar al estudiante y girarse vio a una chica alta de larga melena y gafas ovaladas.

—En primer lugar, ella odia el nombre de María Jesús. Todos la conocemos como Mary.

—¿*Meri*?

—Como lo oyes. En segundo lugar, no es ninguna yonqui. Ni está desaparecida ni mucho menos muerta, si eso es lo que te preocupa.

—¿Y dónde está, entonces?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Sus padres la están buscando.

—Sus padres son unos fascistas y ella no quiere saber nada de ellos.

—Digamos que la estoy buscando yo, *collons*. Y me importa una mierda lo que quiera ella.

—¿Y tú quién eres? ¿Policía?

—Yo no soy nadie, pero si no la encuentro acabaré en el talego. Y no voy a dejar que eso pase. ¿Te sirve?

—Solo te puedo decir una cosa, y si no te parece suficiente, ya puedes empezar a rajarnos a todos —advirtió ella manteniéndose firme.

Él le comunicó con un golpe de mentón que la escuchaba.

—Se está haciendo pasar por drogadicta para recopilar datos sobre el terreno para su tesis. No sabemos dónde está ahora, aunque nos pidió que confiáramos en ella. Y eso hacemos.

—¿Su tesis?

—Sí, para la universidad.

—*La mare que em va parir!* —profirió Recasens, que se quedó mirando fijamente a la chica un buen rato.

Ella no pudo aguantar más el tipo y se puso a temblar, pero nada indicaba que estuviera mintiendo. Así que, después de esta revelación, salió del Marsella igual que había entrado: furioso y confundido.

El cuento de *la niña rebelde que hace todo lo contrario a lo que le dicen* podría encajar si no fuera por un detalle que no cuadraba: un cadáver aparecido justo a tiempo en el Campo de la Bota. No podía ser casualidad.

—Vaya cara que me traes, corazón. ¿Necesitas un servicio rápido? —oyó que le decían por el costado con una cantinela forzada.

Recasens se detuvo en seco y sintió el impulso de abofetear a Yanela, que hoy vestía de amarillo canario. Supo contener a tiempo la frustración y le acabó ofreciendo un cigarrillo, que ella guardó en el escote.

—¿Una mala noche? —preguntó Yanela, consciente de que esta vez tampoco iba a conseguir un nuevo cliente.

—Una noche asquerosa. ¿Y la tuya?

—Peor. Aquí muchos miran y pocos quieren tocar. Esto ya parece el zoo.

—A ver si te cambia la suerte pues… Yo me largo de aquí.

—Espera, espera, si yo tengo algo para ti.

—No necesito un servicio rápido, Yanela… Ni de ningún otro tipo.

—Yo creo que esto sí te va a interesar… Sé algo importante de la amiga que estás buscando —susurró Yanela, como si las paredes oyeran.

Recasens la miró de arriba abajo, calibrando si se trataba de otro intento burdo de seducción. Pero lo que le exigió a continuación le convenció de que iba en serio:

—Su familia es de posibles, ¿no? Quiero diez mil pelas por la información.

—Mira, Yanela, que los padres sean ricos a ti y a mí nos da completamente igual. La policía me tiene cogido por los huevos y no le costará cogértelos a ti también.

—¡Pues entonces, chitón! —replicó ella, tapándose la boca con la palma.

Recasens pensó en insistir, pero ya no le quedaban fuerzas: solo quería largarse a casa. Cuando se despidió, Yanela rebajó su oferta a cinco mil, y más lo hubiera hecho si a él le hubiera dado por regatear.

—No quiero engañarte, no habrá ninguna recompensa —admitió él, y luego le vino a la cabeza una idea a la desesperada —: Pero a lo mejor puedo ayudarte a dejar la calle.

Yanela lanzó un silbido irónico y luego lo miró con escepticismo.

—Tendrás que fiarte de mí —remarcó Recasens.

—¿Sabes cuántas veces me han propuesto lo mismo, bonito? Y aquí me tienes.

—Yanela, solo quiero encontrar a la chica y que la bofia me deje en paz. No estoy en posición de ofrecerte nada del otro mundo, aunque puedo intentarlo.

Ella observó la esquina mugrienta donde había pasado toda la noche, y las que estaban por venir. Así que echó la última moneda que le quedaba en la tragaperras:

—Una compañera me dijo que había visto a una chica como la que buscas en uno de los pisos que tienen los africanos —soltó finalmente, resignada a no ganar nunca.

—¿Qué piso?

—No sé, por el Paralelo. Ella suele trabajar por Conde del Asalto.

—¿Y cómo encuentro ese piso?

—Eso lo sabrá tu amigo flacucho.

—¿Quién?

—El gitano ese que parece atontado, aunque ya te digo que no se le escapa ni una.

Si tenía algo claro Recasens a estas alturas es que no era difícil convencer a El Fuli… si se encontraba la motivación adecuada. Pero para eso volvía a necesitar a Antoñito, que después de los últimos acontecimientos estaba con la mosca detrás de la oreja. Tuvo que prometerle que irían a partes iguales en el próximo trapicheo en los tinglados del puerto para que aceptara ayudarle de nuevo.

—Con El Vaquilla en la Modelo, alguien tendrá que ser el ídolo del Campo de la Bota, ¿no? —le dijo Antoñito a El Fuli con tono didáctico cuando lograron quedar con él.

—¿Ídolo? ¿Eso qué es?

—Bueno, el rey.

—Dabuti, pero a mí eso de mangar coches no se me da bien, eh.

—Ahí está la cosa: yo te enseño —aseguró Antoñito.

El Fuli se quedó un momento absorto.

—*Enga*, trato hecho. Aunque ya se fugará.

—¿Ya se fugará, quién? —pregunto Recasens con impaciencia.

—El Vaquilla.

—¡Qué coño se va a fugar!

—Bueno, al lío —intervino Antoñito—. Llévanos al piso de los africanos.

—Uy, conozco a muchos.

—Los que trafican con caballo.

—Ah, esos.

Habían quedado en el muelle de las Golondrinas, el único lugar en el que Barcelona miraba al mar de frente. Subieron por las Ramblas y giraron a la izquierda, para callejear por el Chino antes de salir al Paralelo. El Fuli señaló entonces un edificio anodino cerca de la Sala Bagdad y se escabulló sin decir adiós.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Antoñito.

—De momento, toca esperar. Yo me sentaré en ese bar para vigilar el portal. Ya se me ocurrirá algo… Tú vuelve al taller, pero estate al loro del teléfono.

Después de cuatro horas ante un único café con leche, Recasens apuntó en la servilleta toda una serie de movimientos y llegó a la conclusión de que en ese piso vivían tres africanos inquietos, que no paraban de salir y entrar.

A la hora de la cena aparecieron los tres juntos. Se detuvieron en la puerta del Bagdad para mirar fascinados las fotos de las bailarinas semidesnudas y luego tomaron Conde del Asalto hasta que Recasens los perdió de vista.

Lo ideal hubiera sido entonces marcharse a casa y volver al día siguiente para confirmar que ese era su horario habitual, pero una visita inesperada le obligó a acelerar las cosas.

—¡Vaya, qué bien vivimos, toda la tarde de parranda! —le sorprendió una voz de pito que le sonaba vagamente familiar.

Si en un principio le costó reconocer al propietario, la siguiente frase no le dejó duda alguna.

—Soy Meléndez, de Vía Layetana.

—¿Cómo me ha encontrado?

—A ver si te piensas que te íbamos a dejar campar suelto por ahí… Al grano, que el señor comisario me ha pedido que te transmita un mensaje. Ejem, citando sus propias palabras: «Si el Prudencio de los cojones no se presenta en dos días con la drogata bajo el brazo le encierro en un agujero para toda su miserable vida».

Quedaba claro que había llegado el momento de improvisar.

Se acercó con disimulo al edificio del que habían salido los camellos. La puerta no había quedado del todo cerrada, frenada por capas inmemoriales de roña y óxido. La empujó y subió al entresuelo, donde llamó a la primera puerta que encontró. Al abrirse la mirilla, vociferó:

—Soy del ayuntamiento. Busco el piso de los africanos.

—*Ja era hora, no es pot viure així*! —contestó una voz de mujer mayor y aclaró—: *Tercer primera*.

Al llegar al piso indicado, sin detenerse a pensar, derribó la

puerta con un par de acometidas y se dio de bruces con un recibidor oscuro que se iluminó de repente, dejándolo cegado por unos instantes. Cuando recuperó la visión, una pistola le apuntaba al entrecejo.

De detrás del cañón emergía una mirada sarcástica, irónica y rebelde enmarcada en una cara salpicada de pecas.

Transición

Recuperado del impacto inicial y fingiendo toda la tranquilidad del mundo, Recasens dedujo:

—María Jesús, supongo…

Y ella, fingiendo también que dominaba la situación, pero delatada por el leve temblor de la mano que sujetaba la pistola, replicó:

—Como me vuelvas a llamar así te meto un tiro en la bocaza. ¿Eres madero?

—Antes muerto… Mary.

Sin fiarse, ella encajó lo que quedaba de puerta y le indicó con la pistola que pasara a la sala de estar, que parecía estar decorada por una inocente abuelita, con papel pintado de flores y tapetes blancos de ganchillo sobre los muebles.

—Mis colegas no tardarán en volver —anunció, a la vez que ordenaba a Recasens que se sentara en un sofá granate de escay.

—¡No me digas! Estaré encantado de conocerlos —replicó mientras obedecía.

—¿Me vas a decir quién eres o prefieres seguir haciéndote el gracioso? —preguntó ella sin dejarle de apuntar, aunque había tenido que recurrir a las dos manos para resistir el peso del arma.

—Un amigo.

—Amigo mío no eres…

—Más bien de tu familia.

—¿Y se puede saber qué quiere ahora mi familia?

Hundido en ese pegajoso sofá, Recasens llegó a la conclusión de que no perdía nada si le contaba la verdad, aunque prefirió obviar la parte del cadáver del Campo de la Bota por el momento.

Cuando terminó, Mary negó con la cabeza:

—Pues lo siento, camarada, pero yo no pienso volver a casa. Diles que quiero que me dejen en paz y asunto solucionado.

Recasens se encogió de hombros, dando a entender que él ya había hecho todo lo posible. Se recostó un poco más en el sofá, que chirrió como si le faltara aceite.

—Pero, entonces, ¿diriges tú el cotarro? ¿Eres la líder de la

banda? —preguntó con indiferencia.

Mary, que había ido bajando la pistola por el cansancio, le volvió a apuntar al pecho.

—¿Y eso a ti qué más te da?

—Nada, nada… Es que no tienes pinta.

—¿Y qué pinta se ha de tener?

—¿Ser negro, medir dos metros, tener polla…?

—Vaya, racista y machista, qué novedad…

—Nada de eso, simplemente me pregunto qué hace una chica como tú en un sitio como este.

—¿Y tú qué sabes de mí, eh, tío listo?

—Pues más de lo que me gustaría: una niña de buena familia que, a pesar de tener la vida solucionada, ha decidido montar el pollo para llamar la atención de papá y mamá —resumió Recasens con calculado cinismo.

Un desafío que surtió efecto, porque ella se le abalanzó con los ojos encendidos para clavarle la pipa en la frente.

—¿Tengo pinta de estar jugando? No tienes ni idea de lo difícil que ha sido llegar hasta aquí para…

Sin dejar que terminara la frase, Recasens atrapó el cañón con la mano izquierda y lo apartó hacia un lado con un movimiento seco, a la vez que le aferraba la blusa con la derecha para aprovechar el impulso y acabar intercambiando posiciones: ella hundida en el sofá y él de pie, con el arma en su poder.

Le ató las manos con un tapete de ganchillo y luego se acercó al teléfono para llamar a Antoñito.

—Espera, no llames a la policía, por favor. Escúchame antes —suplicó ella.

Recasens dejó la pistola sobre la mesa y luego la tranquilizó:

—No voy a llamar a la poli… por ahora.

Descolgó el teléfono, marcó el número del taller y habló con el dueño.

—Que Antoñito venga a buscarme con un coche *limpio*. Si, él ya sabe adónde.

Mary, cuyos ojos no sabían mentir, miró la puerta con un destello de esperanza. Recasens decidió entonces jugar el as que

se había guardado en la manga:

—A ver… El comisario intenta hacerse el longuis con esto de la heroína. Pero un asesinato ya es algo más serio. Y creo que ese cadáver que apareció en el Campo de la Bota se les podría encasquetar perfectamente a tus amigos.

Ella ni se preocupó en negar su parte de responsabilidad.

—¡No fueron ellos, listo! Una chica murió de sobredosis en uno de los pisos que tienen en el Chino. Nos dijeron que un capullo iba por ahí haciendo preguntas y que incluso había estado hablando con el clan de los gitanos. Como la pobre se parecía a mí, pensamos que si dejábamos su cadáver en la Bota nos libraríamos del entrometido. Veo que no ha funcionado…

—Pues no. Y ahora tengo el cadáver bien guardadito para usarlo como prueba —mintió.

—No te servirá de nada, pueden desparecer cuando quieran. Tienen infinidad de pisos francos y siempre se pueden largar una temporada a África.

—No me has entendido. No les vamos a endosar el muerto a los africanos, sino a tus amigos comunistas de la universidad —escupió Recasens con una sonrisa cruel.

Un farol que funcionó a la perfección.

—¡No les toques ni un pelo o…! —rugió ella a la vez que intentaba levantarse del sofá, cosa que evitó Recasens con un leve empujón.

—Escúchame bien, Mary —le pidió él mientras se sentaba a su lado y adoptaba el tono de un profesor que regaña a un alumno con delicadeza—. A mí, toda esta historia ni me va ni me viene. Pero tengo que darle algo de carnaza al comisario para que me deje en paz, ¿entiendes? Así que podemos hacer dos cosas: o tratamos de encontrar una solución a todo este *merdé* o se va al trullo todo Dios.

Mary se quedó callada, cavilando si la oferta iba en serio o no, mientras volvía a mirar hacia la puerta de entrada.

—¡Ya está bien, nos largamos de aquí! —reaccionó Recasens mientras la levantaba y le colocaba su chaquetón azul marino por encima de los hombros como camuflaje, sin desatarla.

—¡Bueno, tranqui, que me haces daño! —protestó ella.

Ya en la calle, la guio hacia el Parque de Atracciones Apolo, que estaba justo en frente. Aunque había vivido tiempos mejores, todavía tenía su público. Lo que en realidad le interesaba a Recasens, sin embargo, es que seguía siendo lo suficientemente oscuro y caótico para pasar desapercibidos hasta que llegara Antoñito.

Una vez dentro desató a la chica con disimulo y, para evitar cualquier intento de huida, la llevó a la Autogruta, una montaña rusa subterránea de temática monstruosa.

Al subir al vagón con forma de ogro le dijo al encargado que darían unas cuantas vueltas seguidas, mientras le guiñaba un ojo y pasaba el brazo de manera sugerente por los hombros de Mary. Al otro no le pudo importar menos.

—¿Este es tu plan, en serio? —preguntó ella a la vez que se zafaba del abrazo.

Cuando se dejaron engullir por la boca satánica de entrada, Recasens alzó su voz para imponerse por encima del chirrido de los raíles.

—¿Por qué te infiltraste en el clan de los africanos?

Ella se lo quedó mirando y, después de un cambio de rasante que provocó que el estómago les subiera a la garganta, le respondió con otra pregunta:

—¿Por qué te crees que el gilipollas de tu comisario te mandó a ti a buscarme? —rebatió Mary.

—Porque no quería ensuciarse el bigote en los bajos fondos.

—¡Y una mierda!

—¿Entonces, por qué?

—Porque a la policía ya le va bien que los barrios obreros se inunden de heroína.

Recasens calló y Mary prosiguió, ajena al descenso suicida que emprendía el vagón:

—¡Prefieren que la juventud esté drogada a que esté luchando en las calles! Nos están aniquilando con caballo, nos quieren conformistas y sedados, para mantener el control.

—Ahora me dirás que es la propia policía la que vende la droga…

—Pues eso es lo que estaba investigando para mi tesis antes de que metieras las narices.

—¿Y qué esperabas encontrar?

—¡Lo que fuera! ¿Por qué solo detienen a camellos de poca monta? ¿Por qué ha bajado tanto el precio de la heroína? ¿Por dónde entra? ¿Por qué los ateneos libertarios se han llenado de esa mierda? No cuesta imaginarse la respuesta...

—Pero ahora dicen que somos una democracia, ¿no? Estas cosas no pasan.

—Vamos, hombre. No me digas que tú también te estás tragando el cuento ese de la Transición. ¡Despierta!

Y con esa proclama, el vagón volvió a emerger hacia la luz y Mary culminó:

—Será mejor que bajemos si no quieres que te vomite encima.

Recasens, algo desorientado por los vaivenes de la montaña rusa y el discurso de la chica, sintió que estaba perdiendo el control. La agarró de la mano para atravesar la pista de los autos de choque y adentrarse en el Museo de los Muñecos Mecánicos, con sus autómatas y figuras grotescas. Allí respiró hondo y le volvió a preguntar:

—¿Me estás diciendo que el gobierno introduce el caballo en el Barrio Chino para que la gente no proteste?

—No puedo demostrarlo, todavía. Eso sí, está clarísimo que nadie está moviendo un dedo para detener su entrada masiva.

—¿Y cómo conseguiste introducirte en el clan de los africanos? —cambió de tema Recasens.

—Primero les dije que había mucha gente en la universidad interesada en comprar su mercancía y me ofrecí de correo, porque yo pasaría desapercibida. Me dejé los ahorros para acabar tirando esa mierda por el retrete ¡Pero ellos contentos! Luego vi que no se aclaraban demasiado con los números y les propuse llevarles las cuentas.

—¿No es un plan muy peligroso?

Mary simplemente se encogió de hombros, antes de cogerle de las dos manos, clavarle su mirada y preguntar:

—¿Ahora que lo sabes, me ayudarás? Quizás podríamos mandar las pruebas a la prensa y conseguir que la gente reaccione antes de las elecciones.

Recasens sintió cómo se dejaba arrastrar por el magnetismo

de esos ojos, hasta que parpadeó dos veces con fuerza para escapar del hechizo.

—¡Ni de coña! —respondió, mientras la obligaba a salir del parque de atracciones a trompicones.

Divisó en la otra acera un cuatro latas azul estacionado y se llevó el pulgar y el índice a la boca para llamar al conductor con un silbido estridente. El coche quebrantó unas cuantas normas de tráfico al cambiar de sentido.

—¿Qué es esta carraca? —preguntó Recasens cuando Antoñito bajó la ventanilla.

—Encima con quejas… Es del jefe. Era el único coche con los papeles en regla que quedaba en el taller. ¿Esta es la titi que buscabas?

—Esta es —respondió y, dirigiéndose a Mary—: ¡Venga, sube!

Ella se resistió, pero a ningún peatón le pareció una escena digna de atención.

Recasens pidió a Antoñito que los acercara a la Barceloneta y, una vez allí, que vigilara a Mary mientras él iba a buscar unas cosas que necesitaba. Volvió a los veinte minutos cargando con una bolsa de deporte Meyba.

—Te debo una, Antoñito —le dijo mientras le pasaba la mano por los hombros—. Ahora dame las llaves, vete a casa y pórtate bien durante un tiempo.

—Ya sabes lo que me debes: en el próximo *trapi* vamos a pachas. ¿Y qué le digo al jefe de su carro?

—Que se lo devolveré cuando vuelva.

—¿Cuando vuelvas de dónde?

—De Francia.

—¡¿De Francia?! —exclamaron a la vez Antoñito y Mary, quien había estado siguiendo la conversación con la oreja pegada al cristal.

Un novio bohemio

—¡Si te crees que me voy a ir contigo a Francia, vas listo! —gritó la chica a través de la ventanilla cerrada del Renault 4L.

Recasens no le hizo caso, le susurró algo a Antoñito y subió al coche. Ella saltó como pudo al asiento del copiloto.

—¡Desátame y deja que me vaya! —exigió Mary.

En vez de eso, Recasens usó su brazo derecho para aplastarla contra el asiento, mientras Antoñito se situaba detrás de la chica para amarrarla al asiento con un cabo.

—¡Fascistas de mierda! —aulló ella, hasta que la presión de la cuerda hizo que se quedara sin aire.

—¿Estás seguro de lo que haces? Porque últimamente no hay quien te entienda —preguntó Antoñito.

—Más o menos. Ya hablaremos cuando se calmen las cosas.

—¿Crees que nadie se dará cuenta de que me estás secuestrando? ¡Llamarán a la policía, idiota! —se esforzó Mary en decir mientras recuperaba el aliento.

—Estupendo, porque es allí donde voy a dejarte. Quien se larga a Francia soy yo —replicó Recasens mientras arrancaba el coche y daba un brusco acelerón.

La expresión de Mary transitó hacia la rabia en una milésima de segundo.

—¡Mierda de chivato! ¡Rata podrida! ¡Facha asqueroso!

—Tranquila, que no estarás ni una hora en el calabozo. Llamarán a tus padres y a casita. ¿Sabes qué me pasará a mí? Que Del Duque me joderá la vida si le digo que no te he encontrado. Aún hay clases, por si no lo sabías…

—Claro que lo sé, y también sé que tú y los tuyos estáis perdiendo la lucha de paliza. Pero, ¿qué haces para cambiar las cosas? ¡Nada de nada! ¿Votarás en junio? —preguntó ella con desdén.

Recasens no respondió, porque tampoco se lo había planteado. Se dedicó a guiar el coche por las callejuelas de la Barceloneta.

—¿Sí? ¿No? ¡Qué más da! Si seguirán mandando los de siempre —continuó.

—¿Como tu padre? —la retó Recasens mientras encaraba el camino de subida por Vía Layetana.

—Sí, claro, exactamente como mi padre. Y te aseguro que él sabe muy bien cómo proteger a los suyos.

—Pues mejor para ti.

—¡Pues no, imbécil, me tiro antes por un puente que obedecer a mi padre!

—Preocúpate de lo tuyo, entonces. No necesitamos que ninguna niña bien nos salve.

—¿Estás seguro? Porque lo único que veo es que estáis cagados de miedo.

Recasens, mudo, empezó a subir por Vía Layetana hasta que rebasó la comisaría y siguió en dirección hacia la plaza Urquinaona.

—¿Qué haces? —preguntó ella al ver que no detenía el coche.

—Yo me largo, ya te lo he dicho. Tú tienes dos opciones: puedes venirte conmigo si te portas bien y me haces caso. O si lo prefieres, te dejo en comisaría —respondió Recasens con media sonrisa—. Y ahórrate los mítines conmigo, ¿quieres?

La mirada de Mary se llenó esta vez de confusión.

—¿Y qué vamos a hacer tú y yo en Francia?

—Escribir una carta explicando que te has echado un novio bohemio y que te vas a vivir una temporada a París. Es la única forma que se me ocurre de que te dejen en paz tus padres… y la policía. Y, ya que estamos, que se olviden de tu jeta en el Chino —le explicó mientras deshacía el nudo que la ligaba al asiento.

—No sé si eres una caja de sorpresas o simplemente improvisas.

A pesar de que faltaba poco para medianoche, Recasens tomó la carretera nacional para ir en busca de la Costa Brava. Cerca de Palamós se detuvo en una gasolinera que seguía abierta, llenó el depósito y aparcó en una zona poco iluminada para descansar un rato.

Mary se durmió enseguida. Recasens, en cambio, se quedó observándola y se preguntó si hubiera actuado igual con cualquiera. Se quiso convencer de que sí, aunque sabía que esos ojos que encerraban tanta vida habían tenido algo que ver.

Intentó luchar contra el cansancio, pero acabó cayendo. Se despertó sobresaltado cuando los primeros rayos de sol

impactaron contra el parabrisas lleno de bichos aplastados. Justo a tiempo para ver cómo la chica se desperezaba, con su chaquetón azul todavía como manta.

—Me muero de hambre, no he comido nada desde ayer al mediodía —se quejó ella.

—En Roses ya desayunaremos.

—¿Roses? ¿No nos íbamos a Francia?

—A no ser que lleves un pasaporte escondido en el zapato, no creo que nos dejen atravesar la frontera.

—¿Entonces? ¿Ya has vuelto a cambiar de idea?

De hecho, Recasens había pensado en este detalle desde el primer momento; por eso había aprovechado la parada en la Barceloneta para pedir a uno de los encargados de la cofradía de pescadores que le pusiera en contacto con alguien del puerto de Roses.

Simplemente es que no le gustaba revelar sus planes, y menos a Mary.

—Tú dedícate a pensar qué les vas a escribir a tus padres y déjame el resto a mí —respondió.

Llegaron a la lonja del pueblo marinero, que había crecido a marchas forzadas alimentado por el turismo de sol y playa, cuando empezaba la subasta. Esperaron a que terminara mientras desayunaban al estilo local: pescado a la brasa con una picada de ajo y perejil, pan con tomate y un porrón de vino.

Luego él se fue a hacer los preparativos mientras Mary se recostaba achispada en la silla. De fondo, una radio encendida explicaba que Suárez había iniciado contactos con Tarradellas para la restauración de la Generalitat de Cataluña, pero nadie le prestaba mucha atención.

Volvió con un montón de folios, un Bic de tinta negra y unos sobres. Y también con un pescador que tenía más bien pinta de bucanero.

Recasens hizo las presentaciones y la conversación siguió en catalán, aunque el recién llegado no volvió a abrir la boca y se dedicó a asentir con un gruñido ronco:

—Mary, Lluc. Lluc, Mary.

—Encantada. ¿Ahora quieres que nos embarquemos en un barco pirata? No dejas de sorprenderme —bromeó ella.

—Escribe la carta y luego Lluc la tirará en un buzón de Perpiñán. Tiene que colar por la frontera un cargamento de merluza de palangre —explicó Recasens.

—Faltan los sellos.

—Los sellos tienen que ser franceses.

—No se te escapa ni una, eh.

—Manos a la obra, y que la historia sea creíble. Comienza escribiendo que Julián, el camarero del Marsella, nunca fue tu novio. Que fue un capricho momentáneo y que conociste a un profesor francés en una charla de la universidad y bla, bla, bla.

Así lo hizo Mary, aunque malgastó cuatro folios porque el tintorro le avivó la creatividad y Recasens tuvo que advertirle que «eso no se lo creía ni Dios».

—¿Así te vale, patrón? —se mofó ella.

—No está mal. Ahora solo faltan dos más.

—¿Dos más? Te está saliendo la vena explotadora.

—Algo les tendrás que explicar de vez en cuando a tus padres sobre tu nueva vida en Francia, ¿no? Diles que has vuelto a estudiar en la universidad o algo.

Tardó casi una hora, pero al final entregaron a Lluc los tres sobres cerrados, un calendario de cuándo mandarlos y una buena propina.

Cuando Recasens comprobó que se alejaba con su furgoneta destartalada hacia la frontera francesa, suspiró y le ordenó a Mary:

—Nos largamos de aquí.

—¿Ya? Con lo bien que se está aquí…

Él la miró con auténtica sorpresa, descolocado por esa absoluta despreocupación ante las consecuencias de toda esta historia.

—Sí, ya. Te dejaré en algún sitio discreto de la universidad y te daré tres días para que te instales en casa de alguna amiga… o amigo —dijo, y notó una leve punzada antes de continuar—: Que sea mejor fuera de Barcelona, para que nadie te reconozca.

—Bueno, necesitaré hacer algunas llamadas.

—Luego. Ahora estate atenta: le contaré al comisario Del Duque que te has ido a vivir una temporada a Francia con un

profesor que conociste porque necesitabas alejarte de las malas compañías. Y que tus padres recibirán pronto una carta tuya en la que se lo explicarás todo.

—*Très bien, mon ami*.

—Y Mary, sobre todo, no vuelvas a pisar el Chino en una buena temporada. ¡Y que esos camellos no te vuelvan a ver el pelo!

—No te alteres, que se te pone cara de franquista.

—¡Hablo en serio! Si me entero de que has vuelto a las andadas, Del Duque recibirá una llamada anónima que…

—Tú y yo sabemos que nunca harías algo así —le cortó ella con un guiño.

—¡Mary…! —empezó, hasta que se dio cuenta de que ella ya lo había calado desde hacía tiempo.

—¡Vale, vale! Te la has jugado por mí y reconozco que tu plan puede funcionar. No te meteré en ningún lío, te lo prometo —le tranquilizó ella, con un semblante más serio.

Recasens era consciente, sin embargo, de que Mary no podría quedarse quieta por mucho tiempo, algo que ella misma corroboró:

—Pero no pienso olvidar que están usando la heroína para que nos quedemos bien calladitos mientras deciden nuestro futuro —sentenció con visos épicos.

Casi tres horas después, el *cuatro latas* hacía su entrada en el aparcamiento de la facultad de Letras de la Autónoma.

—Siempre nos quedará Roses —se despidió ella con una mirada burlona.

Luego abrió la portezuela para salir, pero se lo pensó mejor para volverse hacia él y plantarle un beso en los labios.

—Gracias por todo —susurró antes de marcharse definitivamente.

En vez de responder, Recasens prefirió fingir que no había sentido nada.

Permaneció tres días en paradero desconocido hasta que se presentó ante el comisario para contarle la historia *oficial*.

—¡No me creo una mierda de este cuento, Prudencio de los cojones! —berreó Del Duque.

Luego se quedó un rato reflexionando, exagerando el

tiempo de espera como método de tortura.

Recasens aguantó el tipo hasta que el comisario volvió a hablar:

—Pero si les llega a los padres esta carta que dices y ellos se quedan tranquilitos, carpetazo al asunto y a tomar viento.

Él siguió impertérrito.

—Eso sí, tu deuda no está saldada. Así que cada vez que te necesite, te personarás aquí a toque de corneta. ¡Venga, largo!

Volvió a pie a la Barceloneta, sin prisas, saboreando la libertad que acababa de recuperar. Era consciente, eso sí, de que se trataba de algo reversible. Por eso, una idea se iba haciendo fuerte en su interior a medida que se acercaba al barrio: no dejaría que Del Duque le volviera a atrapar. Aunque eso significase marcharse para siempre.

Atravesó los merenderos todavía vacíos para sentarse en la arena a una distancia prudencial de la orilla, porque el mar primaveral se revolvía enfurecido. Le invadió una nostalgia anticipada, aunque también intuía una luz al fondo, como cuando el vagón que había compartido con Mary encaraba el ascenso hacia la superficie.

Y eso lo puso en alerta.

—¡No seas burro! —se recriminó en voz más alta de lo que creía—. Ella es de otro mundo y…

—¿Ahora te da por hablar solo, corazón? A ver si lo que necesitas es una buena novia que te mime. Me presento voluntaria, ya sabes...

A pesar de que no había oído acercarse a Yanela, que lucía orgullosa el delantal de friegaplatos del Hawai, Recasens ni se inmutó.

—Solo decía que pienso largarme tan pronto como pueda.

—¿Y dónde estarás mejor que aquí, si tienes todo el mar para ti?

FIN

SEGUNDA PARTE

Viassolo

9

Con todo el trabajo que me queda por hacer, quizás no haya sido buena idea pasarme la noche en blanco escribiendo la historia que me ha contado Recasens. Pero cada vez que cerraba los ojos soñaba con enormes jeringuillas apuntándome a la yugular.

Para ahorrarme la pesadilla, sobre las dos de la mañana me he sentado en el sofá, he encendido el portátil y he comenzado a transcribir el relato, con algunas aportaciones propias para darle más empaque.

Hasta cinco horas después no me he quedado frito. Ahora debe de ser mediodía, porque Samu está comiéndose unos macarrones recalentados mientras teclea como un poseso en el ordenador y Pol acaba de llegar de su turno de mañana en la calle, esta vez con chaleco de una oenegé de ayuda a los refugiados.

—¿Ha picado mucha gente hoy? —le grita Samu desde el comedor.

—Qué va, la peña está inmunizada con tanta desgracia —responde Pol, y luego me pregunta—: ¿Y tú qué, Solo, saliste de fiesta? Porque llevas un careto…

—Ojalá —le respondo sin ganas de entrar en el tema.

Pol tampoco insiste y va en busca de algunas sobras a la nevera.

Yo me resisto a levantarme del sofá y darme una ducha, que es lo que realmente necesitaría. Como no tengo el cuerpo para castigarlo con más emociones fuertes, envío un mensaje a Layla para cancelar el entrenamiento de hoy.

Luego repaso mis asuntos pendientes.

En primer lugar, tengo que leerme el tocho de documentación de Rebels al Raval para redactar el dossier de prensa sobre las protestas contra los narcopisos, resaltando la connivencia de las grandes inmobiliarias y los fondos buitre.

También debería dar un vistazo a las fotos y vídeos de ayer, aunque no me apetece demasiado, la verdad. Y todavía me queda por descubrir quién colocó los micros en el local de la asociación y con qué objetivo. Casi nada.

Y, sobre todo, tengo que pedir perdón a Mireia por

olvidarme de la visita de ayer al piso. Antes, eso sí, prefiero dejarle un poco de espacio para que se le pase el enfado.

—Samu, *nen*, podrías haberme dejado algunos macarrones más, ¿no? —protesta Pol con la boca llena cuando vuelve de la cocina.

—¡Era un *tupper* de mi madre, cabrón! Me lo guardaba para la cena —se queja el otro.

Pol no le hace ni caso y me pregunta:

—¿Has comido?

Sigo con el estómago encogido por la aventura de ayer, así que le respondo que no tengo hambre.

—Por cierto, el tío ese se lo merecía, ¿no? —me comenta cuando se deja caer a mi lado en el sofá, y no tengo ni idea de qué está hablando.

—¿Qué tío?

—El que la palmó.

—¿Quién la ha palmado?

—Joder, Solo, estás empanado. El de la cena en la que curraste.

—¿Mike Comabella?

—Ese.

—¿Y por qué se lo merecía?

—¿Aún no has leído nada?

—¿Leer qué? Mira, Pol, no estoy para misterios.

—Vaya, alguien se ha despertado de mala leche… La información que te dieron en la asociación. Anoche estaba aburrido y le eché una ojeada para ver si me entraba el sueño —me aclara mientras me señala la mochila de excursionismo que contiene casi cuatrocientos folios entre informes, notas y apuntes.

—No he tenido tiempo aún.

—Ya, pues el tal Comabella sale retratado.

—¿Qué?

Sigo sin entender nada, pero al menos encuentro una motivación para levantar el culo del sofá: averiguar cómo puede ser que Mike Comabella, figura prometedora de la burguesía catalana y candidato frustrado a alcalde de Barcelona, estuviera relacionado con los narcopisos del Raval.

Una llamada al móvil me obliga a poner mi curiosidad en estado de espera. Es la duquesa, supongo que con ganas de echarme la bronca, así que prefiero responder para pasar el mal trago cuanto antes. Me gustaría preguntarle si el comisario Del Duque es su padre y por qué Recasens ha acabado trabajando para ella en Private Eye, pero no creo que sea el momento ideal para ello.

Me encierro en la cocina para tener algo de intimidad y me disculpo nada más responder:

—¡Marina, ya sé qué me vas a decir! Me fue imposible evitar que Cristina entrara en los narcopisos, lo siento. Te aseguro que lo intenté, pero…

—De eso ya hablaremos más tarde, Jordi —responde con un tono más alegre de lo que me esperaba.

—Bueno…

—Mira, no sé cómo lo has conseguido, pero el cliente está contentísimo.

—¿Sí?

—De hecho, lo tengo en la otra línea. Voy a conectar una llamada a tres y te haré algunas preguntas, que él escuchará en silencio.

—Pero, ¿quién es ese cliente? ¿Y qué tiene que ver con Cristina?

—¿Aún no lo has deducido?

—Emm, no.

—Luego te lo cuento.

Antes de dar paso al misterioso cliente, Marina del Duque me pide que responda a las preguntas con la máxima sinceridad. Y yo me planteo qué porcentaje de sinceridad estoy dispuesto a asumir, porque no quiero poner en riesgo el plan de la asociación. Sin embargo, tampoco me interesa que sospechen que les oculto información y aún menos que piensen que no sé hacer bien mi trabajo.

Después de medio minuto de silencio, la duquesa vuelve a hablar. De fondo se añade un rumor sordo que delata que alguien se ha sumado a la conversación.

—En primer lugar, Jordi, resume cómo te infiltraste en Rebels al Raval y de qué manera entraste en contacto con el

objetivo.

Lo hago, aunque obviando sus planes de futuro, centrándome en las asambleas y las acciones para frenar desahucios.

—¿Qué papel juega Cristina en la asociación?

Explico que muestra un alto compromiso, aunque no suele llevar la voz cantante. Añado que tiene empatía, iniciativa y se le da muy bien apoyar a quienes están pasando por dificultades.

—Ayer la acompañaste a dos narcopisos para protegerla —afirma la duquesa como si hubiera sido idea suya y obviando que el plan era evitar precisamente que accediera a ellos—: ¿Qué sucedió?

Relato los hechos sin mencionar que estuvimos a punto de inyectarnos un chute. También eludo que tuve que empujar al vigilante para huir del piso, pero sí me invento que un tipo nos persiguió porque sospechó que no éramos adictos. Más que nada porque Álex ya la habrá informado de su intervención decisiva.

—¿Cristina se droga?

—¿Cómo dices?

—Responde, Jordi.

Tras unos instantes de confusión ante este giro argumental, le aseguro que no consume ningún tipo de drogas, más allá de algún porro de vez en cuando, que es lo que hace cualquier persona de su edad.

—¿El objetivo de visitar el narcopiso no era comprar droga?

—No. Quería hacer un estudio para la asociación sobre esta lacra creciente en el barrio —digo, lo que podría considerarse como una media verdad.

—¿Nunca la has visto esnifar cocaína, por ejemplo?

—No, qué va.

—¿Ni toma MDMA, GHB, ketamina, anfetaminas…?

—Tampoco, nunca, y no creo que...

—¿Definirías a Cristina como a una joven que lleva una mala vida?

¿De qué va todo esto? Veo que estaba muy equivocado sobre el objetivo real de mi misión.

—¡Claro que no! Diría que es una chica con las cosas muy claras. Comprometida, empática, luchadora… Demasiado

cabezota, eso sí.

—Estupendo, Jordi, gracias. Te vuelvo a llamar en cinco minutos.

Cinco minutos que, como suele pasar, se acaban convirtiendo en veinte. Al final, suena el móvil y descuelgo con ansia.

—Buen trabajo, Jordi —me felicita la duquesa.

—No entiendo nada, ¿para qué quería saber todo eso el cliente?

—Como diría Recasens, piensa un poco, *nano* —se burla ella.

—Marina, no tengo la cabeza para…

—Es su padre.

—¿Cómo dices?

—El cliente es su padre. Es consejero delegado de una compañía importante…

—¿Y qué pinta aquí Cristina? —la corto.

—Es lo que iba a explicarte, si me dejas… Su empresa es uno de nuestros mejores clientes y nos proporciona un gran volumen de trabajo. Pero esta vez me pidió un favor personal, que no constara en ningún informe.

—¿Que espiáramos a su hija?

—Yo no lo diría así. Estaba preocupado por ella, porque se había ido a vivir al Raval y temía que fuera para llevar una vida loca. Tampoco se fiaba de lo que hacían en la asociación, que relacionaba con la venta de drogas, no sé por qué. Eso le obsesionaba, pero al ver que ayer volvía a casa sana y con buen aspecto, se quedó tranquilo. Y ahora aún más.

—Así que su padre es un pez gordo —balbuceo.

—Gordísimo, y un poco paranoico, por lo que se ve.

—Ya te digo.

—En fin, felicidades, Jordi. Pásate un día de estos por ese bar de la Barceloneta al que va Recasens, que habrá un sobre para ti. Eso sí, sigue vigilando a Cristina, no sea que vuelva a tener otra idea brillante de las suyas. Ah, y entérate de una vez de quién colocó los micros. Sigue con ello unas semanas más y ya hablaremos de la substitución.

—Vale, ehh, y dale las gracias a Álex de mi parte por lo de

ayer. ¿Está bien?

—Sí, ya está acostumbrado. Además, así trabajamos en Private Eye: hoy por ti y mañana por mí.

Y cuelga sin más. Yo abro la nevera, porque me ha entrado un hambre repentina. Solo quedan unas rebanadas de pan de molde y tranchetes.

Con este menú vuelvo al sofá y me siento entre Pol y Samu, que se han quedado medio sobados.

—Cristina es una niña pija y su padre había pedido a Private Eye que la siguiera para averiguar si se drogaba. ¡Flipo!

—Qué asco de padre —murmura Pol sin abrir los ojos.

—¿Y ella? Nos ha engañado a todos haciéndose pasar por alguien que no es.

—Mira quién habla… Además, ¿por qué dices eso?

—Bueno, ella tiene la vida solucionada y…

—Por eso mismo, Solo —me corta él, reanimado—. Podría pasarse el día jugando a pádel, pero prefiere luchar contra los desahucios en el Raval. Oye, pues un aplauso para ella.

Este discurso resulta tan inesperado viniendo de él que me lo quedo mirando un rato alucinado.

—¿Qué pasa? —pregunta Pol, mientras vuelve a cerrar los ojos.

—Chapad la boca de una vez —protesta Samu.

Me quedo pensando en ello y me doy cuenta de las semejanzas con el relato de Recasens. ¿Y si resulta que al final tengo que ayudar a Cristina a huir de sus padres a espaldas de Private Eye?

—Os imagináis que… —comienzo, pero me detengo al ver que los dos ya están roncando.

Para no dejar volar mi imaginación, cojo la mochila y salgo al balcón, presidido por la *estelada* que colgó Pol sin consultar. Doy unas palmadas sobre la única tumbona que tenemos para sacudir el polvo acumulado y me siento. Aunque tendría que concentrarme en mi trabajo real, antes prefiero satisfacer mi curiosidad y descubrir qué papel jugaba Mike Comabella en el tema de los narcopisos.

De nuevo, una llamada me lo impide. Esta vez es Layla.

—¿Cómo que hoy no vienes a entrenar? Ya hablamos de

que el compromiso era fundamental y que tenías que enfrentarte a los límites que...

La interrumpo para contarle lo que me pasó ayer y evitar así que siga con el rollo *coach*. Incluso le doy las gracias porque sus clases están dando sus frutos y me sacaron de un buen lío. Pero, a pesar de todo, ella no cede.

—¡Pues por eso! ¡No pares ahora! —exclama, y luego prosigue con una retahíla de frases motivadoras.

Le cuento que tengo que solucionar las cosas con Mireia, porque ayer me olvidé de lo del piso de alquiler y se ha mosqueado. Para mi sorpresa, Layla da un giro a su discurso.

—Entonces, ¿por qué no estás ahora con ella?

—Quiero darle un poco de tiempo para que se calmen las cosas.

—¿Crees que lo que necesita es tiempo?

—Siempre va bien para ver las cosas con perspectiva…

—Ella lo que quiere es que le demuestres que quieres irte a vivir con ella. Porque eso es lo que quieres, ¿no, Jordi?

—Ehh, sí, sí…

—Pues espabila y vete a pedirle perdón.

—¿Seguro?

—A veces me desesperas. ¡Claro que sí!

Después de volver a dejar la mochila en su sitio, darme una ducha rápida y vestirme con lo primero que encuentro, salgo hacia casa de Mireia, que vive a unas pocas paradas de metro.

Cuando llamo al interfono, una de sus compañeras de piso me deja tres cosas bien claras. En primer lugar, que está muy cabreada. En segundo, que todavía no ha llegado a casa, y en tercero, que mejor me espere en el portal a que aparezca, porque ella no quiere meterse en disputas ajenas.

Creo recordar que hoy hacía jornada intensiva, por lo que ya tendría que estar aquí. Como no me coge el teléfono ni contesta a mis mensajes, podría estar en cualquier parte: paseando sin rumbo, contándole lo gilipollas que soy a una amiga, quedando con un tío al que acaba de conocer por Tinder…

El cansancio que acumulo, por suerte, impide que le dé demasiadas vueltas y me siento en el escalón del portal a

esperarla el tiempo que haga falta.

Quizás haya dado alguna cabezada, porque me despiertan unas llaves que intentan abrir la cerradura con prisas. De reojo distingo uno de sus vestidos floreados que tanto me gustan y, un poco sorprendido por su intento de esquivarme, la llamo:

—¡Mireia!

Pero si hay algo que realmente me sorprende es su grito de pánico.

—¡Eh, eh, no te asustes, si soy yo!

Y cuando ella me reconoce, su expresión transita del miedo a la compasión en milésimas de segundo, sin ni siquiera pasar por el enfado.

—Pero, ¿qué… qué te ha pasado? Pensaba que eras un loco o un violador o… yo qué sé. ¿Qué haces así, Jordi? —me pregunta con voz entrecortada mientras me pasa la mano por el pelo una y otra vez.

Ni siquiera me acordaba de que iba rapado al uno y lleno de trasquilones para parecer un yonqui de verdad.

—No te preocupes, son cosas del curro, pero estoy bien. Ayer tuve que hacer un seguimiento que se complicó un poco, bueno, bastante… y me olvidé de que habíamos quedado para ver el piso. ¡Lo siento, Mireia, de verdad! Déjame que te lo explique.

—Vamos a un bar o…, no, mejor sube a casa —rectifica al fijarse de nuevo en mi *look*, completado con una camiseta negra que, aunque limpia, no ha visto una plancha desde que salió de fábrica.

En su habitación le cuento todo, sin obviar ningún detalle. Incluso que estuve a punto de inyectarme una bola rápida que, según he leído en la Wikipedia, consiste en un cóctel esquizofrénico de heroína y cocaína.

—¿No te estás exponiendo demasiado? —me pregunta Mireia cuando termino.

—No lo he hecho queriendo, créeme.

—Ya lo sé, pero ¿no tendrías que tomártelo con más calma?

—Bueno, intento hacer bien mi trabajo.

—¿Dónde está el límite?

—Supongo que cada uno tiene el suyo.

—Exacto, y visto lo visto, ¿crees que ha valido la pena arriesgarse así para que un padre paranoico confirme que su hija no se droga?

—Dicho así… Pero en ese momento no pensaba en el cliente, sino en Cristina. No es más que una cría, ¿cómo iba a dejar que se metiera ella sola en un sitio así?

—¿Alguien más de la asociación se ofreció a acompañarla?

—Eh, no…

—Jordi, te quiero, y me encanta que seas así, aunque…

—Bueno —intervengo—, la verdad es que estaba cagado de miedo.

—Mira, reconozco que te quedaría muy bien el sombrero y la gabardina, pero no estamos en ninguna novela de detectives. Así que nada de hacerse el héroe, eh, que a mí ya me gustas tal y como eres —me dice con esa sonrisa tan suya, aunque luego se pone seria y añade—: Prométeme que irás con cuidado a partir de ahora.

—Es lo que siempre intento, de verdad. Lo de ayer fue mala suerte —le aseguro, y luego cambio de tema—: Por cierto, ¿qué tal el piso, pudiste visitarlo?

—Sí, pero lo primero que me advirtieron es que el dueño exigía dos nóminas fijas y que encima teníamos que pagar nosotros los honorarios de la inmobiliaria, así que…

—Joder, vaya mierda.

—Bueno, ya encontraremos algo mejor… Si quieres, claro, porque me da miedo que te esté presionando demasiado. Es que me hace ilusión y…

—¡Claro que quiero! —la corto, y lo digo de verdad—. Y la duquesa me ha vuelto a comentar lo de la substitución. Así los dos tendremos un bonito contrato para demostrar que somos una pareja bien solvente.

—Uy, sí, súper solvente —se ríe ella.

—¡Cómo que no! —protesto sobreactuando, mientras le subo sutilmente el vestido y voy en busca de su ropa interior.

—Uy, uy, voy a tener que ponerle una condición, señor Viassolo.

—¿Cuál?

—Que apague la luz, ¡porque con este corte de pelo tan

horrible no hay quien se ponga a tono! —bromea, antes de besarme, desnudarme y hacer que me olvide de que la vida sigue su curso allí fuera.

Satisfecho y feliz, llego a casa un poco antes de medianoche y, aunque preferiría irme directo a la cama, abro la mochila de excursionismo y extiendo sobre la mesa de la cocina todo su contenido.

Me preparo una taza de colacao, abro un paquete de galletas y me dispongo, por fin, a averiguar qué relación tenía Mike Comabella con un asunto tan turbio como el de la venta de heroína en el Raval.

10

Tras un vistazo rápido, extraigo una primera conclusión: necesitaría varias semanas para leer el contenido entero de la mochila. Parece como si, durante años, cualquiera hubiera podido guardar todo recorte, panfleto, informe, cartel, documento o reflexión que pasara por sus manos. Para ir al grano, aparto toda la bazofia y me quedo solo con lo que está mínimamente bien escrito.

Selecciono unos cuantos artículos de periódico que explican el fenómeno de la droga en el Raval, un informe sobre la evolución de la vivienda en Barcelona, los testimonios de algunos vecinos, un listado de los desahucios ejecutados en los últimos años y un mapa que indica los narcopisos activos en el barrio, que supongo que habrá que actualizar. También estaría bien cruzar los datos de estos dos últimos documentos, pero me da bastante palo, la verdad.

Lo que en realidad me interesa es el dossier que leyó Pol, de unas treinta páginas, encuadernado con tapas de plástico y canutillo, titulado simple y llanamente *Narcopisos y fondos de inversión*. El subtítulo, eso sí, tiene algo más de gancho: *Una amistad peligrosa, pero muy lucrativa, en las calles del Raval*.

El informe comienza analizando los problemas de vivienda en el barrio y luego establece una conexión con la especulación, la pobreza y la ocupación, sobre todo por parte de las mafias de tráfico de drogas. Aún no entiendo el papel de Comabella en todo esto. Como se me cierran los ojos y ya no sé qué estoy leyendo, lo dejo para mañana.

No me despierto hasta las once, y quizás hubiera podido seguir durmiendo si no fuera porque Berni libra y ha aprovechado para cumplir con la tarea de limpieza que le corresponde a ritmo de Shakira.

—Recoge toda la porquería que has dejado en la cocina, Solo —me ordena cuando salgo de la habitación.

—Sí, papá —le respondo, aunque él sigue más interesado en usar la escoba como micrófono que en replicarme.

Devuelvo los descartes de anoche a la mochila e introduzco lo que sí me interesa en una bolsa de lona. Después de ducharme con agua fría para despertarme, me voy con la bolsa

y el portátil al Pirineus, que estará más tranquilo y, sobre todo, tendrá el aire acondicionado encendido. Ayer disfrutamos de la primera noche tropical en Barcelona, lo que significa que la mínima no ha bajado de los veinte grados. Y eso que aún faltan tres semanas para el verano.

Cuando llego al bar, le pido al señor Huang que me deje juntar varias mesas para desparramar todos los papeles. Como sigue de morros me pone problemas, pero no tiene más remedio que admitir que no hay ni Dios y acaba accediendo. A cambio, me pido un café con leche, un bocadillo de fuet y un donut, cosa que mejora su humor.

—¿Caso misterioso? —me pregunta.

—Nah, solo unos papeles que tengo que leerme.

Antes de ponerme en serio, envío un mensaje a Cristina para preguntarle cómo se encuentra y proponerle que se pase por aquí porque necesito su ayuda (y así de paso me aseguro de que no vuelve a las andadas).

Me responde de inmediato:

«Vale. Tardo una hora o así, que me queda bastante lejos.»

Retomo luego la lectura del informe *Narcopisos y fondos de inversión*, que no tiene precisamente la fluidez de una novela de Eduardo Mendoza, mientras tomo notas en el ordenador.

Algunos puntos parecen bien documentados, otros son meras especulaciones sin pruebas. Al terminar, redacto un breve resumen y extraigo algunos elementos clave, que releo varias veces:

1. Antes del estallido de la burbuja inmobiliaria, en el 2008, la mayoría de la gente se decantaba por comprar una vivienda, animados por los incentivos fiscales, las buenas condiciones de las hipotecas y la creencia de que alquilar era tirar el dinero. Todo esto estalla con la crisis y se acaba invirtiendo la tendencia. Como consecuencia, la demanda de alquiler se dispara, la oferta escasea y los precios se multiplican.

2. El alquiler se ha convertido, por lo tanto, en un buen negocio en la Barcelona actual. Es por eso que fondos de inversión y compañías inmobiliarias han puesto el foco en este mercado, ya que les permite obtener una rentabilidad estable y asegurada a largo plazo. No les importa comprar viviendas o

edificios con inquilinos, porque aumentarán la cuota mensual nada más termine el contrato. Muchos tienen que dejar su piso porque no pueden pagarlo e incluso algunos son desahuciados.

3. El negocio consiste, obviamente, en sacar el máximo beneficio posible. Como en el Raval los pisos suelen caerse a trozos, las rentas no pueden ser elevadas. Así que siguen otra estrategia: echar a los vecinos para rehabilitar las viviendas y alquilarlas de nuevo a inquilinos con más pasta. Algunos grandes propietarios esperan a que expiren los contratos; otros actúan de manera más expeditiva, sobre todo los fondos buitre.

4. Existen muchas técnicas para vaciar un edificio de vecinos, pero la más sutil es la degradación. Y nada degrada más que un narcopiso. Dejar una vivienda vacía en el Raval suele ser sinónimo de ocupación inmediata, a veces por familias vulnerables (que son desalojadas cuanto antes) y otras por traficantes de droga. Este último caso es el que han decidido aprovechar —e incluso potenciar— los especuladores con menos escrúpulos.

5. No solicitarán el desalojo de un narcopiso hasta que los vecinos estén hartos y se larguen. Cuando así sea, el fondo lo denunciará a la policía o bien contratará a unos matones para echarlos. A veces, incluso, negociará con los traficantes para recuperar la vivienda ocupada sin denuncias de por medio. Y ya podrán desinfectar, rehabilitar y volver a alquilar a un precio mucho más elevado.

6. El contacto de muchos fondos buitres en Barcelona era Mike Comabella, que actuaba como intermediario bajo comisión. Aunque no se aportan pruebas, se sospecha que dirigía todas las partes del proceso, fueran legales o no.

Vaya, qué hijo de puta.

De todas formas, ¿tiene esto algo que ver con su muerte, cuya causa oficial es de momento un accidente de tráfico provocado por un infarto previo?

Mi mente novelesca dice que sí, pero no quiero emocionarme demasiado rápido.

—¡Hola!

Además, suficiente tengo con lo mío para meterme en más líos.

—¿Cómo va?

Si ni siquiera la policía le da importancia, ¿para qué tengo que gastar yo energía en eso? Aunque…

—Llamando al astronauta Jordi Soler, ¿puede bajar a la tierra un momento?

¿Quién coño es Jordi Soler? Ah, sí…

—Eh, Cristina, perdona, le estaba dando vueltas a una cosa —reacciono.

—Ya veo, ya —me dice mientras se acerca para abrazarme.

Va vestida muy modosita, con unos vaqueros desteñidos y una blusa blanca sin mangas, que deja al descubierto un tatuaje de mensaje feminista.

—Es la única ropa que me quedaba en casa de mis padres. Luego quería pasar por mi piso para coger algunas cosas —parece que se excuse.

—No, no… Lo mejor es que no aparezcas por ahí durante toda la semana. Me lo prometiste, eh.

—Una semana, nada más. Al menos, dame algo que hacer, que si no me entra el bajón. Para eso me has hecho venir, ¿no?

Antes de que le pueda explicar los motivos, aparece de manera sigilosa el señor Huang con una sonrisa pícara en los labios.

—¿Qué quiere tomar novia de Viassolo? Por fin venir aquí.

—Eh, no, no es mi novia. Es Cristina, una amiga.

—Sí, además, ¿quién quiere novio fijo hoy en día? —contesta ella algo sonrojada—: O novia, no hay por qué cerrarse opciones…

—Palabras sabias —responde el dueño del bar, que recupera rápidamente su vena comercial—: ¿Apetece comer?

—Uf, yo me acabo de zampar el bocata —respondo yo.

—Mmm, yo sí. ¿Cuál es la especialidad de la casa? —contesta ella.

—Cocina tradicional de montaña —informa el señor Huang extendiendo los brazos para resaltar la decoración a base de madera y pósteres de esquiadores que convierten al Pirineus en un refugio de excursionistas desubicados.

—Bueno, me refiero a la especialidad de verdad —replica ella con un guiño.

Él, después de pensárselo un instante y aunque solo hay un par de clientes en la otra punta, susurra:

—Fideos Chow Mein con verduras.

—Pues eso quiero… Si puede ser, claro.

El señor Huang asiente y sonríe agradecido, aunque se lleva un dedo a los labios para pedir discreción. A nosotros nunca se nos había ocurrido pedirle cocina china.

—¿Por qué te ha llamado Viassolo? —me pregunta Cristina cuando nos quedamos solos.

—Ehh, no sé, siempre lo hace, creo que le recuerdo a alguien que se llamaba así —me invento y, a la vez, me recrimino no haber pensado en la inconveniencia de mezclar los escenarios de la vida real con los de una misión de incógnito. Y aunque a veces se me olvide, Cristina y la asociación forman parte de este último ámbito.

—Ah, no parece un nombre oriental…

—Bueno, una vez me contó que había vivido en muchos lugares antes de llegar a Barcelona. En fin, al grano, que necesito tu ayuda —cambio de tema a la velocidad de la luz.

Ella, por suerte, no insiste:

—Vale. ¿Cómo han quedado las fotos y los vídeos de ayer?

—Aún tengo que mirármelos bien, pero supongo que podremos usarlos. Luego te lo mando. Antes, tenemos que cruzar los datos de esta lista con este mapa —le expongo, sacando los documentos seleccionados, con el objetivo principal de mantenerla ocupada para que no se vuelva a meter en líos.

—¿De qué van?

—Tenemos por un lado las viviendas donde se ha producido un desahucio. Por el otro, el mapa indica los narcopisos que están o han estado activos en los últimos meses. Así podremos demostrar cuántas viviendas se han transformado en un punto de tráfico de drogas después de que echaran a una familia.

—¡Guay! Ayer estuve hablando con el resto por Telegram y quedamos en pensar acciones imaginativas para las manis. Esto nos ayudará fijo. No sé, podemos montar un pasacalles, imitar una ruta turística o algo así.

—Sí, buena idea —reconozco.

Solucionado esto, ella se come sus fideos mientras me

explica que se está viendo con una chica de su facultad, remarcando que no se trata de nada serio. Yo le cuento que estoy buscando piso con Mireia, aunque no hay manera de encontrar nada decente.

—Puedo dar voces —se ofrece con un fideo a medio sorber, y yo fantaseo con que su padre sea el propietario de una gran inmobiliaria y nos deje un pisazo a buen precio.

—De coña, Cristina, gracias. Por cierto, ¿sabes quién escribió esto? —le pregunto con indiferencia mostrándole el informe que retrata a Comabella.

—No, ni idea. Por lo que sé, mucha gente ha trabajado recopilando información, desde antes de que yo llegara a la asociación. Algunos ya lo han dejado. ¿Por qué?

—Nada, nada… Quería comentarle algunos aspectos que no me quedaban claros. Ya preguntaré en el local si alguien lo sabe.

Sin darle más importancia, Cristina se despide porque ha quedado con Nadima, la chica con velo que estaba el otro día en la reunión de Rebels al Raval, para organizar una recolecta de alimentos para inmigrantes sin papeles.

Yo me pido un café con hielo y, para descansar un rato, echo un vistazo a un par de webs de alquiler de pisos. Sigo sin encontrar nada que valga la pena.

Impulsados por una mezcla de entusiasmo revolucionario e indignación ciudadana, los miembros de la asociación organizan en una semana una oleada de acciones de protesta contra la proliferación de narcopisos en el Raval.

La traca final, basada en la idea que apuntó Cristina, consistirá en una procesión como las de Semana Santa, pero cargando una jeringuilla gigante de cartón en vez de un crucifijo. Cada parada del vía crucis será un narcopiso, en el que se colgará una pancarta para identificarlo y se revelará quién es el propietario.

Para rematar, se leerá un manifiesto en la plaza Sant Jaume exigiendo medidas contra la especulación y la venta de drogas. Irá acompañado de un listado de los vecinos desahuciados, así como de los narcopisos activos en el barrio. También se mostrarán algunas fotos que hice en mi incursión con Cristina, impresas en lonas de gran tamaño.

A mí me encargan que convoque a los medios de comunicación, cosa que no tengo ni idea de cómo hacer. Al menos se han dignado a entregarme el lápiz USB con la documentación para poder elaborar un dossier de prensa sin tener que escribirlo todo de nuevo.

—Lo mejor es que llames a cada medio para preguntar quién se encarga de estos temas. Cuando te pasen con el responsable, te presentas y le invitas a la manifestación, insinuando que le proporcionarás una exclusiva —me explica Layla en nuestro siguiente entrenamiento, que ha sido particularmente duro por haberme saltado el anterior.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Salí durante una temporada con el director de una agencia de comunicación. Era demasiado intenso, incluso para mí —bromea ella.

A pesar de que me parece una tarea ingrata, sigo su consejo y llamo a diferentes periódicos, radios y teles para convocarles a la manifestación que tendrá lugar el sábado 15 de junio a las cinco de la tarde. Me presento como Jordi Soler, pero no puedo evitar sentir un hormigueo cada vez que marco un número. La vergüenza no se suaviza hasta la decimotercera llamada.

Unos pocos periodistas se interesan, en especial cuando les menciono que tengo una grabación que muestra cómo funciona un narcopiso por dentro, aunque la mayoría me da largas.

Cuando llega el día de la manifestación las cosas salen bastante bien. Se ha implicado a distintas asociaciones, por lo que la afluencia resulta notable. Incluso algún veterano se atreve a afirmar que se trata de la convocatoria más exitosa de la década.

Muchos vecinos que no se habían enterado se unen sobre la marcha, igual que unos turistas que la confunden con una rúa tardía de Carnaval. Nos siguen dos coches de la Guardia Urbana y un par de periodistas, diría que becarios. Yo voy subiendo fotos y vídeos a Twitter, poniendo especial énfasis en las pancartas que se van colgando en cada parada.

También me fijo en todas las caras por si reconozco a los tipos del narcopiso en el que nos colamos Cristina y yo, no sea que tengan ánimos de revancha.

A lo largo de la procesión recibimos aplausos y gritos de ánimo, pero también insultos por defender a «ocupas y vagos». Un espontáneo nos suelta la típica retahíla de frases racistas, que comienza con el «primero los de aquí», continúa con el «nos vienen a robar el trabajo» y termina con el «al final nos harán ir a todos con burka».

—No se entera, caballero, que aquí estamos protestando contra los narcopisos —le informa alguien.

—Esto también lo han traído los moros y sudacas.

Estoy a punto de intervenir para informarle de que ya había heroína en el barrio a finales de los años setenta, pero el chico de las orejas dilatadas se me adelanta:

—*Torna a la caverna, fatxa de merda*!

Y entonces interviene la policía para pedir calma y llevarse de ahí al hombre, que además de racista parece no estar demasiado en sus cabales.

El momento de mayor tensión se produce cuando llegamos a un narcopiso en la calle Riereta y nos amenazan desde el balcón, mientras los yonquis se escurren hacia otro lugar más tranquilo donde alimentar su adicción. Algunos manifestantes buscan a los guardias urbanos para denunciar que nos han lanzado piedras, pero estos se limitan a pedir encarecidamente que la cosa no se desmadre.

Ni ellos saben cómo enfrentarse a esas mafias.

Finalmente, la manifestación se dirige a Sant Jaume. En medio de la plaza se ha instalado un escenario rudimentario, desde donde varios representantes vecinales leerán sus discursos y proclamas. En el caso de Rebels al Raval, el honor corresponde a una de las más veteranas, a la que todo el mundo llama cariñosamente *la iaia roja*.

Justo antes de que empiece la lectura, se forma un corrillo entre los miembros del núcleo duro. Me acerco para enterarme de qué sucede y escucho que han conseguido una lista con los muertos por sobredosis en el distrito de Ciutat Vella en los últimos dos años.

—No ha sido nada fácil, pero puede ser una buena forma de visibilizar a las otras víctimas de todo este asunto —informa una de las líderes.

—¿Cómo habéis conseguido esta lista? —pregunta alguien.

—De nuestro contacto en el Hospital del Mar. Allí es donde van a parar la mayoría, sobre todo cuando los dejan en la calle medio moribundos para sacarse el marrón de encima. Ya sabéis cómo son esa gentuza.

—¿Es legal revelar estos datos? —pregunta uno que debe de ser abogado, porque a nadie más le importa.

—¡Y qué más da!

Unos cuantos murmullos confusos y la activista vuelve a hablar:

—Hay gente que muere en la calle porque se les considera escoria, no solo por los narcos sino por la misma sociedad. Por nosotros mismos, joder, que miramos hacia otro lado. Es lo mínimo que podemos hacer: darles un nombre.

Los murmullos se convierten en señales de aprobación y ni siquiera hace falta votar.

—Vale, ¿quién quiere leerlo?

Entonces se produce ese curioso fenómeno telepático en el que todo el mundo se pone de acuerdo para fijar la mirada sobre una persona en concreto. Es decir, sobre mí.

—Eh, yo no… Si hace muy poco que formo parte de la asociación —me defiendo.

—Eres periodista, ¿no? Seguro que os enseñan a leer en público en la facultad.

Mierda, voy a dejar de utilizar esta tapadera porque no me trae más que disgustos.

Sin darme tiempo para negarme, me entregan la lista de unos cuarenta nombres y recibo sucesivos abrazos, palmadas en la espalda e incluso algún beso de ánimo. Me empieza a temblar el cuerpo y los pulmones dejan de aspirar todo el aire que deberían. Cristina me asegura que «lo haré muy bien», mientras me empuja suavemente hacia el escenario porque la *iaia* ya ha terminado su intervención.

Como si alguien teledirigiera mis piernas, me planto ante el micrófono sin mirar al frente. Extiendo la lista, respiro hondo y comienzo a leer los nombres, tartamudeando más de la cuenta y con una voz que ni siquiera reconozco como mía.

—…

—Jiménez, Manuel.
—Lisandro, Roberto.
—Lazzari, Giulia.
—Montoya, Alberto.
—Nowicki, Stefan.
—Padura, César.
—Pedrosa, Josep Maria.
—Radu, Vasile.
—Rodrigues, João.
—Ros, Víctor.
—Sagnep, Romeo.
—Santamaría, Dolores.
—Taylor, Jim.
—…

Termino con un hilo de voz apenas audible porque no he vuelto a coger aire desde el inicio de mi intervención. Tras unos segundos de duda, estalla un aplauso más intenso de lo que me esperaba. Antes de que acabe, bajo del escenario sin haber mirado a la concurrencia ni una sola vez.

—¡Has triunfado, eh! —me asegura Cristina, aunque sé que no es verdad.

Alguien me ofrece una lata de cerveza que me bebo en dos tragos y mi cuerpo se destensa. La sangre vuelve a correr por mis venas y siento una sensación de euforia.

Después de recoger los trastos y comentar la jugada, unos cuantos nos vamos a cenar a un restaurante senegalés para celebrar que todo ha salido bastante bien. Incluso podría ser que algún periódico nos dedicara mañana un breve.

Me atiborro de *fatayas*, una especie de empanadillas con salsa picante, pero me siento cansado de repente y ni siquiera pido postre. Me despido antes de hora de mis camaradas, que me ovacionan con un fuerte aplauso que recibo con reverencias.

Nada más salir por la puerta, no obstante, una fuerte opresión en el esternón me recuerda que soy un farsante. ¿Es así? De nuevo, no sé discernir entre realidad y ficción, porque a lo largo de hoy no he actuado ni un solo instante como un detective infiltrado, sino como un chaval que considera que hay muchas cosas injustas que deben cambiar. No sé si esto habla

demasiado bien de mí a nivel profesional…

Con esta crisis de identidad a cuestas alcanzo las Ramblas, arrastro los pies por el mosaico central de la plaza Catalunya y bajo al metro para poner rumbo a casa. Cuando ya casi he llegado, oigo que Berni me llama desde la terraza del turco de en frente:

—¡Eh, Solo, ven, que está prohibida la entrada!

Pol y él se están comiendo unos kebabs sin demasiado apetito.

—¿Qué pasa?

—Nada, que Samu ha ligado y nos ha pedido la casa libre para echar un polvo en condiciones. Ya habíamos cenado, pero bueno… —explica Pol mientras me ofrece un mordisco.

—¿Ha ligado? Pero si ni siquiera sale de casa.

—Por un chat de frikis, se ve. ¿Tú no salías esta noche? —me pregunta Berni.

—Ese era el plan, pero estoy molido. ¿Y vosotros?

—Igual —responden los dos.

—¿Nos estaremos haciendo viejos?

—Más bien nos estamos replanteando nuestras prioridades —afirma Berni.

—Cuando prefieres la cama a la discoteca… ¡Cagada! —replica Pol.

—Bueno, brindemos por envejecer con clase, al menos —propongo yo, mientras pido una cerveza.

—¡Espera! Mejor un mojito, ¿no? —propone Berni.

—Pues claro, no te jode, pero ¿de dónde lo sacamos? —contrapone Pol.

—Aquí los preparan bien… dentro de lo que cabe.

Y como ya no tenemos expectativas para esta noche, la temperatura se mantiene a niveles caribeños y el cielo debe de estar estrellado tras la capa de contaminación que envuelve la ciudad, pedimos que nos preparen unos mojitos con vete a saber qué tipo de ron.

Nos los bebemos sin hablar, cada uno concentrado en sus cosas. Tras un primer sorbo, que resulta más agradable de lo que cabría suponer, coloco la copa a trasluz para observar cómo el hielo picado se va derritiendo para mezclarse con el azúcar

moreno y empapar las hojas de menta fresca.

Mojito. Cuba.

Cuba. La Habana.

La Habana. Novelas negras de Leonardo...

—¡Padura! —grito de repente.

—¿Qué coño te pasa? ¡Qué susto, joder! —saltan los otros dos.

Me pongo de pie y rebusco en los bolsillos la lista de muertos por sobredosis que he leído en la manifestación y que se había convertido en una bola arrugada. Por suerte, aún no la había tirado a ninguna papelera.

Aliso el papel y ahí está.

—¡Mirad, César Padura! —digo mientras señalo el nombre en la lista.

—Ya, ¿y qué?

—Un informe acusa a Mike Comabella de promover la aparición de narcopisos en el Raval por intereses económicos. Uno de los muertos por sobredosis se llamaba César Padura. La noche del accidente de Comabella, en la cena en el Observatori Fabra, había una camarera nueva que también se apellidaba Padura. ¿Creéis en las casualidades? Yo no… —comento suspicazmente más para mí que para ellos.

—Bueno, si te encuentras a una tía buena por la calle sí que es casualidad. Pero si has averiguado a qué hora sale del curro y qué ruta sigue para volver a casa para hacerte el encontradizo, entonces no lo es —reflexiona Berni.

—Ya, ¿y eso de qué coño me sirve ahora? —pregunto.

—No sé, tú sabrás —replica con indolencia antes de emprender con Pol un debate absurdo sobre las implicaciones filosóficas de la casualidad.

11

No puedo pensar sentado. Me gustaría acomodarme en una butaca confortable con una taza de café humeante y examinar los hechos desde todos los ángulos posibles, pero no hay manera. Mi cerebro necesita movimiento, como esos viejos relojes de cuerda. Así que, después de pasar todo el domingo en el sofá porque no pudimos volver a casa hasta las tantas de la madrugada, el lunes salgo a caminar sin rumbo para aclararme las ideas.

He comenzado mi ruta convencido de que había encontrado un filón, la clave de un misterio sin resolver, pero a medida que acumulo kilómetros me voy desinflando.

Al atravesar la plaza de Les Glòries sí creía tener un caso importante entre las manos. Luego he pasado al lado de la torre en forma de pirulo, supositorio o pene (a los barceloneses nos falta gracejo para encontrar el mote adecuado) y he seguido recto por la Diagonal hasta llegar al Parc del Fòrum, donde se extendía hace décadas el Camp de la Bota. Entonces he pensado que todavía me faltan algunos cabos sueltos por atar para que la hipótesis sea sólida.

Ahora que llego a la enorme placa fotovoltaica que preside la gran explanada de hormigón —que ya solo sirve para organizar festivales de música— me doy cuenta de que me he emocionado más de la cuenta por una simple coincidencia de apellidos. Si yo no hubiera trabajado esa noche en el Observatori Fabra ni me hubiera infiltrado después en Rebels al Raval, no existiría ninguna conexión entre ambos Padura.

Podría ser, por lo tanto, que fuera mi mirada la que configura la realidad, y no a la inversa.

Aparte, he leído de cabo a rabo todas las noticias publicadas sobre la muerte de Mike Comabella y en ninguna se menciona ni siquiera de pasada que existan sospechas de que el siniestro fuera provocado. Se le ha practicado la autopsia habitual después de un fallecimiento por accidente de tráfico y ya. Supongo que los Mossos habrán cerrado el caso y estarán con otra historia.

¿Tiene sentido seguir dándole vueltas?

Me quedo pensativo sentado frente al mar, aprovechando

que este es uno de los pocos lugares de Barcelona donde puedes encontrar algo de soledad. Al emprender la vuelta a casa, resignado, recuerdo que tenía que pasarme por el bar de Antoñito para recoger el sobre que mencionó la duquesa, por lo que cojo el metro para acercarme a la Barceloneta.

Como es casi la hora de comer, le pediré que me prepare algún plato de pescado del día, porque en casa lo único que se estila son las latas de atún.

—Claro que tengo algo para ti, majete. Iba a quedármelo por incomparecencia del destinatario —me informa Antoñito con sonrisa de pillo, como si siguiera anclado en los días de mangui.

—Solo me faltaría eso, que estoy sin blanca.

—Bueno, este sobre parece abultado, ¿eh?

Cotillea por encima de mi hombro cuando lo abro y ambos descubrimos que contiene mil doscientos euros en billetes de cincuenta. No está mal, aunque si lo divido por las horas trabajadas —y la dificultad— no deja de ser una miseria.

—¿Va a venir hoy Recasens?

—A saber.

—Pues le esperaré un rato. ¿Qué tienes para comer?

—Dame uno de esos de cincuenta, voy al mercado y te preparo un *suquet* de rape con *escamarlanes* de rechupete.

—No, no, algo más sencillo me basta. Unas sardinas o así.

—Qué poco gourmets sois los jóvenes… —se lamenta él, aunque mi elección tiene más que ver con cuestiones económicas que gastronómicas.

Me siento en la barra mientras Antoñito se pone manos a la obra.

—Oye, ¿tú me podrías ayudar con eso *del internet*? —me pregunta alzando su voz sobre el estruendo de las sardinas al cocerse sobre la plancha grasienta.

—¿A qué te refieres?

—Pues a eso que hacéis los chavales, todo el rato amorrados al teléfono. Haz unas fotos del bar y ponlas ahí. A ver si consigo una clientela más joven, que todos pasáis de largo al ver a tanto vejestorio.

—¿Recasens incluido?

—¡Ese el que más! Los asusta a todos.

Recasens, sin embargo, no aparece hoy por ninguna de las dos puertas del bar. Y eso que me lo he tomado con calma para degustar las aceitunas, la ensaladilla rusa y las sardinas a la plancha que me ha servido Antoñito, al que miro ahora con otros ojos tras descubrir su pasado canalla. Me pregunto si todavía sería capaz de robar un coche o ya son demasiado modernos para sus habilidades.

Como Recasens sigue sin aparecer cuando me acabo el cortado, dejo el recado a Antoñito:

—Dile que tengo algunas novedades sobre el asunto de Mike Comabella que me gustaría comentar con él, por favor.

Él asiente sin mucha convicción mientras me cobra quince euros por la comida, asegurando que se trata de un auténtico «precio de amigo».

—¡Y más con los tres vermuts que te has metido entre pecho y espalda, James Bond! —exclama.

Es cierto que me he tomado tres vermuts de la casa y que su efecto se manifiesta nada más levantarme del taburete. Pero es que he quedado con Mireia para ir de ruta por varias agencias inmobiliarias y necesitaba una dosis extra de buen humor. Reconozco que quizás me haya excedido un poco.

Algo que se hace evidente sobre la marcha, cuando advierto que mi percepción se ha vuelto incoherente y exagerada. Por eso, en algunas agencias le susurro a Mireia:

—¿Has visto? No quieren alquilarnos nada porque somos jóvenes y saben que no vamos a conseguir en la puta vida un empleo decente.

En otras, en cambio, le aseguro todo lo contrario:

—¡Qué fuerte! Nada más entrar nos querían endosar no sé cuántos pisos. Seguro que creen que somos unos pringados y nos conformamos con cualquier mierda.

Hasta que Mireia se cuadra y me pide que ponga un poco de mi parte, que si no va a ser imposible. A ella, sin embargo, tampoco le convence ninguno de los pisos que nos proponen, excepto uno de tres habitaciones situado en Sant Boi de Llobregat, a apenas media hora de Barcelona en transporte público.

—Un poco lejos, ¿no? Yo necesito algo más céntrico. Por el trabajo, claro…

—Joder, Jordi. Nunca te gusta nada —me afea, y creo que se ha mosqueado porque no acepta mi invitación a merendar cuando terminamos.

Me despido de ella con la sensación de que la búsqueda de piso se ha convertido en una partida a doble o nada: o tenemos éxito o nuestra relación acabará saltando por los aires.

Una hora después abro la puerta de casa con ganas de tumbarme en el sofá y darme un atracón de cualquier serie chorra. Pero en vez de eso, Samu se me acerca indignado para recriminarme no sé qué:

—¡Ya era hora, Solo!

Joder, vaya día.

—¿Qué he hecho ahora?

—Ve al comedor y verás. ¡Ya no sabía de qué coño hablar con él!

Le hago un gesto de no comprender nada, pero me da la espalda y se encierra en el cuarto de baño con prisas. ¿Quién es él?

No tardo mucho en averiguarlo.

Él es Dani Parera, el mosso d'esquadra que antes era colega y ahora se ha vuelto gilipollas. A pesar de ello, no detecto ningún rastro de arrogancia cuando lo veo abatido en nuestro sofá luciendo ojeras de oso panda.

—Dani, tío, ¿qué haces aquí?

—Viassolo, eh, perdona por presentarme así, pero necesitaba hablar contigo —se excusa mientras se levanta torpemente.

—¿Esto es una visita oficial?

—No, no, para nada. Aunque me iría bien tu ayuda.

—¿Sí o qué? —replico con sarcasmo y, para qué negarlo, con cierto ánimo de revancha.

Algo que él capta enseguida.

—Sé que me he portado como un imbécil últimamente. No he sabido gestionar el estrés, no creía que este trabajo fuera tan exigente. Y también sé que te dije alguna gilipollez esa noche en el Apolo. Pero ni me acuerdo, la verdad. Me lo comentó luego

Marc en casa.

—Ya…

—De hecho, Marc también se ha cansado de mi actitud y me ha pedido que me largue unos días.

—Vaya, lo siento, el problema es que aquí ya estamos a tope —le prevengo, por si tenía pensado dormir aquí.

—Ya, tranquilo, me he instalado en casa de mis padres por un tiempo.

—Ah, vale, ¿entonces?

Él parece que duda, como si se arrepintiera de haber venido.

—Va, siéntate, no hay prisa. ¿Samu te ha ofrecido algo de beber? —le pregunto para relajar el ambiente, porque ahora me pica la curiosidad.

—Ehh, no. Creo que no he llegado en buen momento.

—Qué va, no te preocupes, es que no dominamos muy bien el protocolo en esta casa —bromeo, y él prueba a sonreír—. ¿Una birra?

—He bebido demasiado estos últimos días, así que mejor que no.

—Pues creo que solo tenemos agua del grifo. O café.

—Con agua me conformo.

Voy a la cocina a servirle un vaso de agua, al que añado un par de hielos como deferencia. También abro una bolsa de patatas fritas, que nos comemos en silencio en el sofá. Cuando casi nos la hemos terminado, le animo:

—Va, ¿cómo puedo ayudarte?

—Lo que te cuente no puede salir de aquí —me previene.

—No, no, claro.

Dani vuelve a dudar, como aquel que ha decidido revelar un secreto escondido en el fondo de su alma y ahora le cuesta sacarlo a la superficie. Finalmente, se decide:

—Es sobre la muerte de Miquel Comabella.

Doy un respingo, pero él no se da cuenta porque ha fijado la vista más allá del balcón. Intentando que no se me note la excitación, le pregunto:

—¿No fue un accidente?

—Nada indica que no lo fuera, pero… ¿Te comenté que

había una forense que no lo veía claro?

—Sí, sí, me acuerdo.

—El *sergent* Fonseca no le da credibilidad, pero tampoco quiere que cerremos el caso en falso. Si no hubiera sido por la duda de la forense ya se hubiera dado carpetazo al asunto.

—¿Y qué vais a hacer?

—Fonseca me ha encargado a mí, que soy el último mono, que lleve el caso, pero sin darle mucho bombo. Creo que para curarse en salud y, de paso, ponerme a prueba. Y ahora mismo no tengo ni idea de qué camino seguir… No hay ni denuncia de la familia ni móvil. Ni siquiera una amenaza o algún trapo sucio.

Alguno hay, pero no le quiero avanzar nada todavía. Primero que me cuente qué sabe él:

—Bueno, para empezar, ¿cuál es la causa oficial de la muerte?

—Accidente de tráfico precedido de una parada cardiorrespiratoria. Cuando llegó la ambulancia pudieron reanimarle, pero entró en el hospital en coma. Hasta hace poco, que decidieron desconectarle porque la lesión cerebral era irreversible.

—¿Y qué opina la forense?

—Dice que es extraño que una persona sana, de poco más de cuarenta años, sufra una parada cardiaca de repente y sin síntomas previos. A veces pasa, claro. Por factores naturales o artificiales…

—¿Droga?

—Había tomado cocaína, pero no en las dosis necesarias para que le diera ningún chungo.

—¿Era consumidor habitual?

Dani Parera se encoge de hombros asumiendo que, en estos círculos, suele ser habitual.

—¿Y cuál es la hipótesis de la forense?

—A ver, tampoco es que insista mucho, pero acaba de entrar hace poco y peca de escrupulosa. Los veteranos ya se habrían olvidado del asunto... Dice que quizás hubo un factor externo que provocara los vómitos que se encontraron en el coche y la posterior parada, antes de perder el control y

estamparse en una curva.

—¿Como qué?

—Podría ser simplemente una intoxicación alimentaria, pero…

—… no puede ser que fuera el único afectado. ¿Lo habéis comprobado?

—Sí, nadie más tuvo síntomas. Y desde la empresa organizadora aseguran que se respetó en todo momento la cadena de frío y las normas de manipulación de alimentos. A no ser que tú vieras algo fuera de lo normal...

Le aseguro que no. Matías, mi jefe, nos obliga a seguir los protocolos al pie de la letra. Además, yo ya solo puedo entender este caso de una sola forma: como un crimen que resolver.

—¿Y si le metieron algún medicamento en la bebida? Yo qué sé, tipo diazepam o un barbitúrico, en dosis altas —le pregunto.

—Se me ha ocurrido, claro, pero en el hospital no detectaron nada sospechoso en los análisis de sangre y orina tras el accidente.

—Quizás la cocaína estuviera adulterada… —tanteo.

Él duda de nuevo, porque nos adentramos en terreno pantanoso. Tampoco ayuda que mis amigos no paren de ir y venir por el comedor.

—Eh, ¿por qué no vais a cenar fuera? —les propongo, y ellos aceptan encantados porque les digo que invito yo, siempre y cuando la cuenta no sobrepase los veinte euros.

Cuando la casa queda despejada, Dani se anima a continuar:

—Encontramos medio gramo de farlopa en la guantera. De primera calidad según los análisis, así que por ahí no va la cosa. Incluso mis colegas dicen que normalmente no la venden tan pura. Debía de tener un buen camello…

—¿Y si fuera algo más clásico?

—¿Más clásico?

—Veneno —señalo en tono misterioso—. ¿Se buscaron rastros en la autopsia?

—Le pregunté eso mismo a la forense, pero me explicó, algo de mala leche, que no es como sale en la tele. Y que yo ya

debería saberlo... Que se ha de buscar un veneno en concreto, uno a uno, cada uno con su método. A veces es más fácil, porque aparecen síntomas evidentes en el cadáver: con el cianuro, por ejemplo, la piel se vuelve rosada.

—¿Cianuro? ¿Puede ser que…?

—No, no te vengas arriba, Viassolo. Estos venenos han pasado de moda. Ahora la mayoría son moléculas complejas que se transforman en otras sustancias al entrar en el organismo, por lo que son muy difíciles de descubrir. O componentes radioactivos, pero eso es más bien cosa de espías, y no parece que sea el caso.

—Vaya.

—Sea como sea, se han buscado los venenos más habituales y no se ha detectado nada. Han congelado muestras por si aparece algún indicio en unas semanas, pero, si no, se cerrará el caso de forma definitiva. Así que ahora es cosa mía encontrar algo que nos permita seguir.

—¿Como qué?

—Ni idea, ¿una nota escondida en el doble fondo de su mesita de noche? —replica con sarcasmo, lo que me indica que le está sentando bien la confesión.

—Eso sería un puntazo muy literario, pero lo dudo.

—Creo que Fonseca me está tocando un poco los huevos para comprobar si soy capaz de encontrar algún enfoque distinto. ¡Como si te enseñaran eso en la escuela de policía!

Dani Parera parece totalmente extraviado y yo sigo sin decidirme a explicarle lo que sé. Así que, de momento, continúo con las preguntas.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Estoy intentando definir el móvil. Pero, por ahora, no he encontrado a nadie que pudiera estar interesado en matar a Mike Comabella —admite.

—¿Has investigado sus últimos meses de vida?

—Claro, pero es demasiado para una sola persona. ¡Un marrón que te cagas! Hay que hacer mil comprobaciones, en su entorno, en el partido, en sus empleos anteriores, que encima eran en Estados Unidos, aunque no paraba de ir y venir. ¡Es imposible que pueda yo solo!

—¿Nadie te va a echar una mano?

—Si no encuentro nada relevante, no.

—¿Y qué dice la familia? ¿Has hablado con ellos?

—No quieren remover las cosas. Están destrozados y, claro, se extrañaron de que fuera a preguntarles según qué. Quisieron saber si teníamos alguna sospecha, pero ¿qué les iba a decir? ¿Que una forense exagerada había planteado alguna duda? Fonseca me ha pedido la máxima discreción, además.

—Por lo que sé, los asesinatos suelen cometerse por razones ocultas. Así que es normal que la familia no sepa nada… —razono.

—Ya, claro, pero toda su actividad era estrictamente legal.

—Trabajaba con fondos de inversión algo opacos, tengo entendido —digo y esta es, de momento, la única pista que estoy dispuesto a darle.

—Siempre dentro de la ley. Otra cosa es que no te guste cómo está hecha esa ley, pero no he encontrado nada sospechoso ahí. Todo el mundo corrobora que sabía hacer bien su trabajo, con muchos contactos y ambicioso, pero nada fuera de lo normal. Y lo mismo a nivel político. El partido fue a buscarle, y él se lo pensó unas semanas antes de aceptar.

—¿Quizás alguien que envidiara su elección como candidato?

—Puede ser. Eso sí, ¿tanto como para asesinarlo?

—Ya… Espera, que te pongo más agua.

—Casi prefiero esa cerveza.

—Bien dicho, yo también la necesito.

Aprovecho mi visita a la cocina para reflexionar. Parece que la única conexión de Mike Comabella con algo turbio se encuentra en esta casa, dentro de una mochila: un informe que le vincula con la proliferación de narcopisos en el Raval. Y como postre, un muerto por sobredosis cuyo apellido coincide con el de una camarera que trabajaba en la cena previa al accidente de coche.

Poca cosa, pero ya es mucho más de lo que tienen los Mossos d'Esquadra.

No obstante, ¿estoy seguro de eso? Revelar ahora mi teoría significaría poner a Rebels al Raval bajo el foco de la policía. Y

también a Lu Padura, que hasta el momento ni pincha ni corta en todo este asunto. Por si fuera poco, Marina del Duque explotaría si se entera de que he regalado así como así información a la policía. Por no hablar de que me convertiría en una rata traidora para todos los movimientos sociales de Barcelona.

Por eso, mientras abro dos latas de cerveza de nombre rebuscadamente alemán pero que en realidad son la marca blanca del súper, decido que voy a seguir con la boca cerrada hasta conseguir algo más sólido. Si hay caso, ya pensaré en cómo informar a los mossos. Y, si no, nadie saldrá escaldado. Yo mismo, para empezar.

—¡Pues sí que es un marrón, sí! —me solidarizo con Dani Parera cuando vuelvo al comedor.

—Por eso, he pensado que podrías ayudarme.

—Sí, claro. Ya le daré algunas vueltas a ver qué se me ocurre.

—Gracias. También podrías investigar un poco a todos los camareros que estabais trabajando ese día. Yo me encargo de la familia, el trabajo y el partido. Pero ya no llego a más. Y he pensado que tú…

—Joder, Dani, si son todos unos curritos. ¿Cómo van a tener algo que ver con ese tío? —repongo, aunque mis sospechas también vayan por ahí.

—Te deberé una. Aunque no encuentres nada relevante, quiero que Fonseca vea que me lo he tomado en serio.

—Voy muy liado… —me excuso.

—Va, Viassolo, por favor. La próxima vez que necesites algo te ayudaré en todo lo que pueda. Te irá bien un contacto dentro de la policía, ¿o no?

Me estoy haciendo el remolón, porque por supuesto que me interesa una fuente policial fiable y que encima me deba un favor.

—Va, preguntaré un poco por ahí —le digo finalmente.

—¡Genial, tío!

—Pero no esperes gran cosa, eh.

—No, no, cualquier ayuda servirá —dice mientras se levanta y se alisa una camisa de cuadros pasada de moda que

debía de estar hibernando en casa de sus padres—. Yo si tengo tiempo miraré también el vídeo de esa noche. ¡Qué coñazo!

—No sabía que hubiera cámaras de seguridad en el Observatori Fabra —admito, algo sorprendido.

—Solamente una, en la parte exterior, donde se sirvió la cena. El plano es muy general, así que no creo que sirva de nada.

—Oye, si quieres pásame ese vídeo. Le puedo echar un vistazo por si veo algo raro —me ofrezco, porque una grabación suele ser un pedazo de prueba… cuando hay algo que probar, claro.

—No puedo sacarlo de la comisaría —dice, pero se vuelve a sentar en el sofá.

—Ah, lo decía por ayudar —me excuso fingiendo indiferencia.

—Bueno, si voy muy estresado, te lo envío comprimido por correo electrónico. Total, soy el único que está detrás de esta historia.

Dani sigue divagando un rato más y luego tengo la mala idea de preguntarle por sus problemas de pareja, cosa que hace que se pase otra media hora dándole a la lengua. Cuando por fin se despide falta poco para medianoche, demasiado tarde para volver a molestar a Recasens.

Eso sí, a la mañana siguiente me voy directo a Private Eye para anunciarle que tengo en mis manos la clave de un asesinato que solamente yo sé que se ha cometido.

Bueno, o eso creo.

12

Antes de las nueve ya estoy haciendo guardia frente al edificio, con la brisa marina refrescándome unas ideas que se han quedado chamuscadas de tanto cocinarlas. Me he pasado toda la noche formulando hipótesis descabelladas y necesito que Recasens me eche una mano para clarificarlas. Aunque, conociendo al personaje, lo más probable es que me aconseje que me deje de chorradas. Y quizás tenga razón.

Mi intención es interceptarlo al vuelo antes de que entre en la agencia, pero nada sale según lo previsto cuando se trata de Recasens. Pasadas dos horas no ha aparecido y eso es excesivo incluso para alguien que se toma su jornada laboral con más flexibilidad que un contorsionista del Cirque du Soleil. Llamo a Private Eye poniendo voz ronca y me anuncian que hoy tiene el día libre.

Como me conozco sus *días libres*, voy directo al bar de Antoñito, pero este me asegura que «ni está ni se le espera». Intento sonsacarle alguna información, pero no le cuesta darme largas. Podría dejarle una propina sobre la barra, pero no llevo efectivo y tampoco tengo la intención de gastarme nada. Pruebo otra opción, a ver si cuela:

—Va, Antoñito, si quieres hago algunas fotos molonas del bar y las cuelgo en Instagram.

—Hombre, ¡se agradece! Espera, que me pongo el delantal limpio.

—No, no, mejor planos cerrados. Pon un platito con anchoas y aceitunas y un par de vermuts en la mesa de mármol, y ya verás qué bien queda. No tienes un jarroncito con flores, ¿no? Bueno, es igual, también sacaré algunas de las dos puertas, de la pizarra con el menú, de la barra con los toneles al fondo… Todo muy *vintage*.

Me esfuerzo en que queden bien las fotos, les aplico un filtro luminoso y se las enseño a Antoñito.

—Ahora solo tengo que escribir un breve texto explicando que he descubierto el bar más auténtico de la Barceloneta, elegir bien las etiquetas y ¡a triunfar!

—Dale, dale, majete. No te cortes.

—Aunque… —le digo con suspense antes de darle al botón

de publicar.

—¿Qué?

—Es que realmente necesito encontrar a Recasens cuanto antes.

—Ya aparecerá, no te preocupes.

Lo miro a él y luego a la pantalla del móvil. Repito la acción.

—Entiendo —asume él—. Bien jugado, chaval, vas espabilando.

—Gracias. ¿Entonces…?

Él se lo piensa un poco más y me maldice por dentro antes de decir:

—Ha ido a… Bueno, eso no importa. Está fuera y volverá a casa después de comer.

—Muy amable —le agradezco con una sonrisa mientras publico las fotos para el disfrute de mis escasos ciento treinta seguidores.

Como Antoñito no tiene ni idea de cómo funciona esto de las redes sociales se queda más que satisfecho.

A mí, en cambio, me quedan cinco horas muertas por delante antes de poder dar otro paso. Aprovecho para descansar un rato frente al mar y luego me acerco al trabajo de Mireia para invitarla a comer. Como sigue algo enfadada, primero me dice que tiene mucho lío, pero no me cuesta convencerla pronunciando las palabras mágicas: pícnic en el parque.

Buscamos un pedazo de hierba decente en el que toque el sol y compartimos una ensalada de pasta, hummus con palitos de pan y un surtido de croquetas que compro en una franquicia de comida para llevar. No saben a nada, pero lo importante es que logro limar asperezas. Eso sí, me llevo una advertencia de propina:

—Empiezo a estar algo agobiada. Si no encontramos nada pronto, quizás lo mejor será dejarlo para más adelante.

—Va, seamos positivos, solo nos falta tener un poco de suerte —intento animarla, aunque creo que sin éxito.

Vuelvo a la Barceloneta sobre las cuatro y me siento a esperar a Recasens frente a su portal de la calle de la Sal, después de comprobar que todavía no hay nadie en casa.

¿Quizás él podría ayudarnos a encontrar piso en este barrio? Estaríamos a un paso de la playa y podría consultarle todas mis dudas siempre que quisiera.

Lo descarto mientras me paso la mano frenéticamente por los brotes de pelo que ya comienzan a crecer, resaltando aún más los trasquilones. ¡Solo me faltaba ser vecino de Recasens y Antoñito! Aparte, cualquier vivienda que queda libre en la Barceloneta se transforma en piso turístico como el vino se convierte en sangría en un chiringuito cutre.

En todo caso, me cuesta prestar atención a dos cosas importantes a la vez, y mi cabeza está ahora inevitablemente centrada en la muerte de Mike Comabella.

Que solo yo tenga la clave del supuesto misterio multiplica mi ansiedad.

Al asomar por la esquina que da al mercado, Recasens me ve y tuerce el gesto. En vez de apurar el paso, que es lo que haría yo si alguien estuviera esperándome en la puerta de mi casa, ralentiza todavía más la zancada.

Cuando lo tengo a diez metros, me excuso:

—Lo siento, de verdad, pero es que…

Me detiene levantando el dedo índice. Parece más viejo y abatido, y no creo que sea por mi inesperada presencia.

—Espera aquí —me ordena mientras abre la puerta del *quart de casa* y la cierra en mis morros.

No me queda más remedio que obedecer, por lo que recupero mi trozo de suelo y me siento a esperar un buen rato a que Recasens reaparezca con aires renovados, más erguido, duro y cínico.

—*Convida'm a un cafè, nano!* —exige más que pide, y se dirige a una terraza en la que, a pesar de las horas, siguen sirviendo paellas.

Aunque no queda ningún sitio libre, le sacan una mesa y dos sillas del interior, que le plantan a la sombra. Él pide un café solo con unas gotas de ron y yo uno con hielo y sin gotas de nada.

—¿Todo bien? ¿Algún asunto familiar? —me intereso.

Él hace caso omiso y me responde con otra pregunta:

—¿Qué mosca te ha picado ahora?

—Es sobre la muerte de Mike Comabella.

—¿Otra vez con esas?

—Es que he descubierto que…

Recasens me vuelve a detener con el índice y se dirige al camarero:

—*Deixa'm l'ampolla sencera, que amb unes gotes no en tindré prou.*

Y cuando ha recargado lo suficiente su café, me indica con la barbilla que puedo continuar.

—Los mossos no dan el caso por cerrado. Siguen investigando con discreción, sin demasiados efectivos, eso sí. Una forense ha puesto sobre la mesa la posibilidad de que la parada cardiorrespiratoria que sufrió Comabella antes del accidente fuera provocada.

—¿Quién lo lleva?

—El *sergent* Fonseca le ha pedido a Dani Parera que se lo curre un poco para ver si encuentra algo relevante.

—¿Parera es el chavalín ese que estuvo en el caso Maluquer?

—Sí.

—Pssst, típico de Fonseca.

—¿El qué?

—Es de los que aún cree que la mejor manera de aprender es dándose una buena hostia.

—Vaya, me suena de algo…

—Vieja escuela —dice, y se acaba lo que le queda de carajillo.

—Entonces, ¿no crees que haya nada?

—No es la primera vez que veo a Fonseca entregar un caso imposible a un novato para que se dé cuenta de lo que significa investigar: chocarse una y otra vez contra una pared.

—Pero hay algo que ni Fonseca ni Parera saben… —anuncio con una entonación misteriosa para captar su interés.

Lo único que consigo es que se sirva otro dedo de ron, ya sin café, para luego darme paso sin excesivas ganas:

—Dispara.

Le resumo los hechos, intentando recalcar los dos pilares en los que se sustenta mi teoría. En primer lugar, que Mike

Comabella estaba implicado de alguna manera con los narcopisos del Raval, algo que consta en un informe anónimo que seguramente solo conozcamos quien lo haya escrito y yo.

En segundo, que existe una coincidencia de apellidos entre una camarera de la cena en el Observatori Fabra y un muerto por sobredosis de heroína.

—¡La conexión es evidente! —exclamo.

—¿Sabes que en el Poblenou está la charcutería Recasens?

—Ehhh, no. ¿Y qué?

—¿A ti qué te parece?

—Sí, ya, se puede compartir el mismo apellido y no ser familia, pero no me digas que no te pica como mínimo la curiosidad.

—Hace tiempo que enterré mi curiosidad, *nano*.

Buf, cuando se pone en plan nihilista no hay quien lo aguante. No obstante, en vez de mandarme a paseo, me pregunta:

—¿Has comprobado si realmente son hermanos esos dos Padura?

—Bueno, esperaba que tú me ayudases con eso.

—*Jo? Sí home*!

—Va, si sé que tenéis en Private Eye ese cuarto cerrado con llave…

—¿Qué cuarto?

—Ya sabes que la gente habla más de lo que debería. Ese en el que se guardan las bases de datos conseguidas bajo mano: listas de DNI, censos electorales y esas cosas… —le digo para mantener firme la apuesta, aunque solo oí de pasada cómo dos detectives de asuntos laborales lo mencionaban frente a la máquina del café el verano pasado.

—No se puede acceder sin la autorización de Marina.

—¿Tú tampoco?

—Yo ni sé cómo se conectan esas cosas.

—¿Se guardan en discos duros externos?

—Ni idea de lo que son —responde, y me pregunto si Recasens es de verdad un analfabeto digital o solo lo finge.

Llegados a este punto muerto, soy yo el que decide fingir un poco, aplicando algo de psicología inversa:

—Bueno, es igual. Daré por hecho que son hermanos y seguiré investigando. O quizás le proponga a Parera que lo averigüe por mí a cambio del informe…

Pero a Recasens no hay quien se la cuele:

—Ni tú serías tan pardillo.

—¡Pues ayúdame! Si no son hermanos me olvido ya del tema. Y si lo son…

—Me seguirás dando la matraca —me corta—. *Vinga, va*, llama a Private Eye con ese trasto y pásamelo.

Satisfecho porque cada vez se me da mejor camelarle, selecciono el contacto de la agencia y le entrego el móvil.

«Soy yo, pásame al informático.»

«Sí, ese, como se llame.»

…

«Necesito que vayas al *almacén*.»

«Sí, ahora.»

«Claro que Marina lo sabe.»

«Comprueba si…»

—Luisa y César Padura —intervengo yo ante su críptica petición de ayuda.

«Si Luisa y César Padura, residentes en Barcelona, son hermanos. Y la dirección que conste.»

«No, me espero.»

…

«De acuerdo.»

«No, ya escribiré yo el informe de la consulta.»

«*Que sí, cony, adéu*.»

Recasens me devuelve el móvil y su respuesta se hace esperar. Esto es, sin duda, una buena noticia porque se trata de su típica jugada.

—Son hermanos. O lo eran, mejor dicho —afirma, y luego me da la dirección que consta en los archivos, en la calle de la Lluna.

Ejecuto un redoble de tambor sobre la mesa de aluminio.

—No te embales, *nano*, que aún no tienes nada.

—Bueno, al menos tengo un hilo del que tirar —proclamo entusiasmado.

—Ni siquiera sabes si la tal Luisa conocía el informe.

—Esto es lo que voy a averiguar —anuncio mientras me levanto y rebusco algunos euros en el bolsillo.

No encuentro más que un pañuelo desmenuzado después de haberse colado en la lavadora de manera clandestina.

—¿Aceptan tarjetas aquí?

Recasens, resignado, me indica con la mano que me olvide. Y cuando ya me he alejado, me pregunta alzando la voz:

—¿Por qué te importa tanto? Querías votar al fiambre, ¿o qué?

Le contesto lo único que se me ocurre:

—La gracia de un misterio es intentar resolverlo, ¿no?

Al día siguiente me presento en la asamblea semanal de Rebels al Raval, que sirve para demostrar que, tal y como proclama mi abuela, «las alegrías duran poco en casa del pobre». El éxito de la manifestación ha sido efímero: solo esta semana se han ejecutado dos desahucios, las colas frente al banco de alimentos siguen igual de largas y el barrio se ve envuelto en una burbuja de tensión, que se volverá aún más densa cuando llegue la *xafogor* de la canícula.

Aparte, ya se entrevé la nueva táctica de los narcotraficantes. En vez de esperar a que los adictos vayan a los narcopisos, llamando la atención de vecinos y policía, ahora prefieren salirles a buscar. Y qué mejor lugar para encontrarlos que frente a la saturada narcosala municipal situada en la parte trasera de las Drassanes.

Es decir, que todo sigue igual de mal.

Aunque no quería que se me notara mi pesimismo, Cristina lo detecta cuando viene a saludarme con una sonrisa.

—*Ella está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos más…* —empieza a recitar para animarme, y luego me pregunta—: Conoces el poema de Galeano, ¿no?

—Sí, sí…

—Pues ya sabes cómo acaba.

—Claro —miento por segunda vez.

Ella no se lo cree y lo termina por mí:

—*¿Para qué sirve la utopía? Sirve para eso: para caminar*.

Asiento y pienso que debería empezar a leer algo más que novela negra, pero enseguida me obligo a centrarme en el

verdadero motivo por el que estoy aquí. Como ya tengo suficiente confianza con los cabecillas de la asociación, me acerco a ellos nada más terminar la reunión.

—¿Sabéis algo más de los micros? —pregunto como excusa, recordándome que la duquesa podría hacerme a mí la misma pregunta.

—No hemos encontrado nada más. Se habrán olvidado de nosotros —me responde el chaval de gafas redondas con melancolía, como si le hiciera ilusión que lo espiaran.

Cuando el grupo se dispersa, me voy acercando por separado a cada miembro para preguntarles si saben quién escribió el informe de los narcopisos que estaba en la mochila.

Nadie sabe nada, ni siquiera eran conscientes de su existencia.

Dejo para el final a la activista que más ha tratado este tema, la que consiguió la lista de muertos por sobredosis. Doy un ligero rodeo antes de encarar las preguntas que me interesan:

—Creo que voy a redactar una nueva nota de prensa, más centrada en el problema de fondo.

—De coña, Jordi.

—Aunque necesito algunos datos. ¿Quién elaboró el censo de narcopisos?

—Yo misma, con la ayuda de Malek y algunos más.

—¿Podrías actualizarla con las últimas incorporaciones?

—Sí, vale.

—¿Y quién se encargó del análisis inmobiliario? Hay algunos conceptos que no entiendo, que soy de letras…

—Eso fue cosa de Roger. A veces se pasa de académico.

—¿Y el informe sobre la relación entre los narcopisos y los fondos buitre? No sé quién me ha dicho que fue una chica llamada Lu, pero no la conozco. ¿Te suena? —me la juego.

Tras un silencio más largo de lo normal, o eso me parece a mí, responde.

—Ni idea. Hay tanta documentación y ha intervenido tanta gente. Muchos ya lo han dejado.

No me pregunta para qué necesito saberlo ni me aclara si conoce a ninguna Lu. Luego se despide con prisas.

¿Se acaba de activar mi olfato de sabueso? La conversación

ha acabado de forma abrupta y esto suele ser síntoma de algo, ¿no? O quizás ya estaba cansada de hablar conmigo.

Sea como sea, continúo sin saber si Luisa Padura conocía ese informe, así que acabo de topar con una de esas paredes de las que hablaba Recasens. ¿Cómo la salto?

Esa es la pregunta que intento resolver durante el resto de semana sin encontrar respuesta, lo que me sume en un estado de cada vez mayor abatimiento.

Algo que no ayuda en absoluto en la tarea titánica de encontrar piso. Mireia, después de dos visitas inútiles, una puñado de negativas telefónicas, varios correos sin respuesta y una actitud que deja mucho que desear por mi parte, acaba por pronunciar la frase que más temía:

—Tenías razón, Jordi, he querido ir demasiado deprisa. Culpa mía. Queda claro que aún no es nuestro momento.

Así que cuando llega el fin de semana tengo motivos de sobra para pasármelo tumbado en el sofá, en estado vegetativo. Mis amigos empiezan el sábado con palmadas de ánimos, consejos y reflexiones, hasta que me dan por imposible y me dicen que haga lo que me dé la puta gana, pero que como mínimo me duche.

—Y luego limpia el lavabo, que te toca —me ordena Pol.

—¿Otra vez? Y una mierda, no me timéis.

Pero él esgrime el calendario que elaboramos para contentar a Samu y no tengo más remedio que asumir mi derrota. Otra más.

Retraso al máximo esa tarea, por lo que el domingo por la noche me encuentro dándole al estropajo, maldiciendo mi suerte.

Al menos, cuando termino, los cuatro disfrutamos de la que se ha convertido en la mejor cena de la semana, porque todos recopilamos las sobras de nuestras respectivas comidas familiares. Faltan las mías, porque hoy me he escaqueado con la excusa de que tenía trabajo por hacer, cosa que ha suscitado una pregunta que se ha vuelto cada vez más recurrente cuando hablo con mis padres:

—¿Por fin te han vuelto a contratar?

—No, mamá, están a punto, pero aún no.

—Si quieres llamo yo a la marquesa, que parecía muy simpática.

—¿Qué marquesa?

—La chica esa, tu jefa, Marina.

—¡Es la duquesa!

—Ay, bueno, pues eso.

—¡Ni se te ocurra!

—Solo lo decía por ayudar, eh.

Como sigo estando ausente cuando compartimos unos fideos a la cazuela, una ensalada de pasta y medio pollo al ast mientras vemos por la tele un partido repetido del Barça, me vuelven a preguntar «qué coño me pasa». Para resumir, les cuento que Mireia se ha hartado de buscar piso conmigo y les pongo al día sobre mis escasos avances en el caso Comabella.

—¿Pero no te habían encargado que vigilaras a la chica esa? —pregunta Pol.

—Ehh, sí. Esto es por cuenta propia, digamos… No debería ser muy complicado saber quién ha escrito el informe de los narcopisos en el Raval que estaba en la mochila, pero estoy estancado.

Entonces Samu, como si no fuera el puto remedio a todos mis males, me suelta indiferente con la boca llena:

—¿Has consultado los metadatos del archivo? Si lo ha escrito la tal Padura desde su ordenador, puede ser que aparezca su nombre.

Una acción que requiere tantos conocimientos avanzados de informática como hacer clic en el botón derecho del ratón.

Me levanto hecho una furia por no haber sido capaz de pensar en una solución tan sencilla, rebusco el lápiz de memoria en el bolsillo interior de la mochila, lo conecto al portátil y consulto los metadatos del documento de Word.

—Autor: Jenni Santacruz —leo en voz alta, y luego añado gritando—: ¡Vaya puta mierda!

Los tres se quedan callados porque este fin de semana he dado una lección de cambios de humor y respuestas estúpidas. Hasta que Berni interviene:

—Pol no tiene portátil.

—Pues que pida uno a los Reyes Magos —respondo yo, en

mi línea.

—No hace falta —responde el aludido—, porque puedo utilizar el ordenador de casa de mis viejos o si no…

—… me lo pide prestado a mí —completa Berni.

—O a mí, aunque ya no se lo dejo —añade Samu.

Claro, joder.

Ya he comprobado que Lu Padura no tenía redes sociales en abierto, más allá de una página de Facebook que no actualiza desde hace año y medio. Pero eso no importa, porque lo único que necesito es repasar su lista de amistades. No me cuesta encontrar el nombre de Jenni Santacruz justo en el momento en el que Messi marca de falta con un chute seco y raso que se cuela por debajo de la barrera.

—*Quin golàs, nen*!

13

Una vez he logrado establecer una relación —algo endeble jurídicamente pero suficiente para mí— entre el informe sobre los narcopisos del Raval y Lu Padura, me siento tan a tope que no dudo en aventurar el móvil del presunto asesinato: venganza.

Ahora solo me queda aclarar un pequeño detalle: ¿cómo lo hizo?

—¿No te estás precipitando un poco, Jordi? —me advierte Layla tras una sesión de *running* nocturno de punta a punta del frente marítimo, con tres series de abdominales de propina.

—¿No ves la conexión?

—Veo que te estás montando en la cabeza una película de esas que al final nadie entiende. En el curso de Criminología he aprendido que…

—Bueno, por suerte no soy director de cine —la corto para que no se vaya por las ramas—. Ni policía, ni fiscal, ni siquiera podría decirse que soy detective privado.

—Eres consciente de que, aunque la chica que dices haya escrito el informe, eso no significa que quisiera asesinar al tal Comabella, ¿no? Ni siquiera sabes si hay alguna relación con su hermano muerto por sobredosis.

—Lo sé, Layla, lo sé. Pero son demasiadas casualidades para no sospechar.

—Lo que no me convence es que ella no encaja para nada con el perfil de asesina. Y menos para cometer el crimen perfecto.

—¿Crimen perfecto? —salto ante la mención del Santo Grial para cualquier fan de la novela policiaca.

—Por supuesto. Si al final resultara que tu hipótesis es cierta, el único que evitaría que el asesinato fuera perfecto, es decir, que pasara inadvertido, serías tú.

—¡No lo había pensado, pero tienes razón! —admito alucinado.

Por si fuera poco, me llega un *whatsapp* de Dani Parera para avisarme de que me ha enviado por correo electrónico los vídeos de la cena en el Observatori porque no le da la vida para más.

Joder, me pondría a bailar reguetón aquí mismo.

Hasta que Layla, que ya está abriendo los tres candados con los que ha blindado su bici aparcada en una farola, me devuelve a la cruda realidad:

—Oye, ¿cómo va la búsqueda de piso?

Prefiero obviar que Mireia se ha hartado porque no he tenido tiempo de digerirlo y todavía no estoy seguro de cómo han quedado las cosas entre nosotros. Además, tengo la esperanza de que haya sido un enfado pasajero y todo vuelva pronto a su cauce.

—Cuesta, pero seguimos buscando. ¡Todo está carísimo! —respondo para salir del paso.

—Sí, es una mierda. Por cierto, yo ahora estoy soltera —me anuncia con un guiño justo cuando emprende la marcha con un golpe de pedal.

Yo me quedo plantado observando cómo se aleja en dirección contraria al mar y a una luna rojiza que empieza a asomarse con timidez por el horizonte.

¿Qué me habrá querido decir con eso? ¿Espera que yo…?

Mientras vuelvo a casa en metro, con las piernas a punto del calambre, llego a la conclusión de que lo que menos necesito ahora es añadir más confusión a mi vida. Por eso, decido centrarme en el caso y dejar para más adelante las cuestiones sentimentales.

Eso sí, antes le envío un mensaje a Mireia para preguntarle cómo está y si quiere que quedemos. Me responde enseguida:

«Ahora mismo necesito algo de tiempo para recuperarme. Todo esto del piso me ha dejado agotada.»

Tiempo, bueno, no me parece mal.

Satisfecho por haber dejado las cosas claras, cuando llego a casa me ducho, ceno las sobras de las sobras de ayer y me descargo el vídeo de la velada de hace algo más de dos meses en el Observatori Fabra.

El visionado no es que resulte apasionante. Después de dar algunas cabezadas, incremento la velocidad de reproducción. Las figuritas se mueven ahora a cámara rápida y se arremolinan sobre las bandejas que portamos los camareros, como hormigas a la caza de un trozo de pastel en un pícnic.

Más allá de esto, la actitud de Lu Padura —a la que distingo

sin problemas por sus trenzas de colores— parece perfectamente normal.

Tampoco sé qué esperaba encontrar. ¿Que le clavara a Comabella una jeringuilla en el muslo? ¿Que le aderezara la bebida con un *twist* de polonio 210?

Por si fuera poco, cuando me voy a la cama siento una punzada de culpabilidad por sospechar de ella. Perder a un hermano por una sobredosis de heroína debe de ser todo un trauma. Y aquí estoy yo, en la comodidad de mi cuarto, intentando demostrar que ha cometido un crimen que podría ser solo fruto de mi imaginación.

Las ganas de resolver un misterio, sin embargo, son superiores a mi sentido común. Por eso, en vez de descansar, prefiero imaginarme a mí mismo como un Maigret del siglo XXI empeñado en esclarecer un enigma agazapado entre las rocas, camuflado entre los arbustos, difuminado entre las brumas...

Por suerte, a los diez minutos ya me he quedado frito.

Al día siguiente me despierto con suficiente energía para seguir buscándole los tres pies al gato. Tanto que no me cuesta darle forma a la que va a ser mi siguiente teoría.

—Lo más probable es que se acercara a Comabella después de la cena, quizás en el aparcamiento, donde no había cámaras de seguridad —le expongo nada más salir de la habitación a Samu, que está en el sofá en calzoncillos con el portátil echando humo.

—Lo que tú digas —responde él.

Después de desayunar, llamo a David, uno de los camareros del evento. Como la compañía que nos contrata es partidaria de *aprovechar sinergias*, a todos nos toca hacer un poco de todo. Y por el mismo sueldo, claro. Esa noche él ejerció de guardia urbano, según nuestro argot. Es decir, tuvo que vigilar que los coches salieran del aparcamiento de manera segura y ordenada.

Aún no he encontrado una tapadera mejor, así que le vuelvo a soltar el cuento del periodista:

—Voy a escribir un artículo sobre las últimas horas de Mike Comabella.

—Ah, muy bien. A ver si lo petas y te conviertes en un periodista famoso.

—Bueno, lo dudo, pero por intentarlo que no quede.

—¿Cómo te puedo ayudar?

—Me queda por aclarar qué pasó después de la cena. Tú estuviste en el aparcamiento, ¿no?

—Sí, fue un desfile de cochazos.

—Ya me imagino. ¿Y viste si se le acercó alguien? Recuerdo que salió de los últimos…

—Sí, ya casi no quedaban coches, así que justo cuando él salía volví adentro para recoger.

—¿No recuerdas nada?

—Iba con otros invitados y me imaginé que querían seguir la fiesta en otro lado. Se les veía, digamos, *animadillos*.

—¿No se le acercó nadie? Que le estuviera esperando afuera, por ejemplo.

—No que yo viera.

Vale. A ver cómo reoriento la conversación sin que se me noten las intenciones.

—Gracias por la información, David. Eso de que iba a continuar la fiesta en otra parte le dará un toque de color al artículo. ¿No viste si se drogaron? Una raya de coca o algo…

—¿Vas a por el Pulitzer o qué? —me pregunta riendo.

—No te digo que no… Aunque con que me lo publiquen me conformo, y un poco de droga en el relato nunca viene mal.

—Pues me sabe mal, tío, pero no vi nada. Quizás se metieran algo justo cuando me fui.

—Ya, lástima. Oye, por cierto, esa noche vino a trabajar gente nueva, ¿no? ¿Sabes si les han vuelto a contratar?

—Qué va. Matías es supersticioso y considera que nos trajeron mala suerte.

—¿Tampoco la chica esa de la trenzas? Lu, creo que se llamaba…

—No. ¿Por qué te interesa?

—Mmm… Es que creo que tuvimos buena conexión y me gustaría volver a verla —me invento.

—No sé si tienes el *flow* que ella necesita —se burla David.

—Tengo algún as en la manga, no te creas —me defiendo siguiéndole la broma.

—En todo caso, mejor para ti, Jordi. No me cayó demasiado

bien.

—¿Y eso?

—Muy ambiciosa.

—¿Por qué lo dices? —pregunto sorprendido, porque nunca se me habría ocurrido definirla de esta manera.

—Cuando ya eres veterano, aprendes a captar a la gente. Hay personas que vienen simplemente a hacer su trabajo y otras que buscan algo más.

¿Algo más? Esta conversación comienza a ponerse interesante.

—¿A qué te refieres? —insisto.

—Esto no lo pondrás en el artículo, ¿no?

—No, no. Pero el *salseo* me interesa a nivel personal —ironizo.

—Me dio la sensación de que quería arrimarse a los jefazos. No sé si para ligarse a uno o para pasarle el currículum, pero a mí estas cosas me tocan los huevos.

—¿Notaste algo en particular?

—Ya sabes que ayudo a Matías a planificar el servicio. Esa noche marcamos una ruta concreta para cada camarero, ¿te acuerdas?

—Sí, como en las grandes ocasiones —confirmo mientras entro en la cocina y cierro la puerta, para concentrarme.

—Eso. A los nuevos les reservamos la zona exterior, porque para moverse dentro del meollo hace falta experiencia y habilidad. A pesar de ello, cuando tocaba servir la tercera o cuarta tapa, no me acuerdo, Lu dejó de cubrir su área y se fue directa adonde estaban los líderes del partido y la gente más conocida, justo en el centro.

—Mmm, donde estaba Mike Comabella.

—Entre otros. También había periodistas, tertulianos, algún actor…

Me acuerdo, pero pensaba que el cambio de planes fue porque el grupito de Comabella prefería ser servido por una chica guapa con cadencia tropical. Él me ofrece otra versión:

—Le pregunté a Nacho, que era quien en realidad tenía que cubrir esa zona, y me dijo que Lu le pidió cambiar la ruta.

—¿Con qué excusa?

—Con ninguna, como si a Nacho le importara... Por eso te digo que su rollo no me va. Mejor que no haya vuelto. Además, se largó antes de que acabáramos de limpiar. Me dijeron que la vino a buscar su novio en un cuatro por cuatro antiguo, de esos con lona detrás, un Suzuki no sé qué rojo.

—Sí, sí… —respondo con ganas de terminar la conversación, porque las piezas vuelven a encajar y mi imaginación ya ha despegado.

—¿Jordi? —me pregunta al notar que me he quedado embobado.

—Sí, perdona, es que tengo que ponerme ya a escribir el artículo. Muchas gracias, David, me irá de puta madre todo lo que me has contado. ¡Nos vemos pronto!

Nada más colgar salgo en busca de mi portátil para consultar de nuevo el vídeo de la cena, primero a velocidad ultrarrápida hasta llegar al punto que más me interesa. Entre la tercera y la cuarta tapa, Lu Padura pasa de cubrir la parte más periférica de la cena a adentrarse en la zona central.

Ahora que me fijo bien, no parece probable que Mike Comabella ni nadie de su entorno la llamara expresamente. Más que nada porque estaban rodeados de un montón de gente que les suplicaba una pizca de atención, por lo que era imposible que pudieran haberla visto.

Así que fue ella quien fue a su encuentro. ¿Con qué objetivo?

No necesito pruebas para lanzarme de nuevo a la piscina: para envenenarlo.

—¡Tú flipas! —declara Berni cuando le cuento mi hipótesis mientras me repasa el corte de pelo con la máquina, para acabar al menos con esos horrendos trasquilones que me dejó antes de mi incursión en los narcopisos.

Una observación que no deja de ser benigna si la comparo con la de Recasens, al que voy a buscar al bar de Antoñito a la hora del vermut.

—Eso es una chorrada de la altura de un campanario, *nano* —asegura después de chistar, menear la cabeza y mirar al cielo, regalándome además la traducción literal de una expresión genuinamente catalana.

Sin embargo, Antoñito, que me mira enternecido, intercede por mí:

—Venga, Recasens, dale una ayudita al pobre, que se lo está currando.

—No me seas interesado, tú.

—¿Qué pasa aquí? —pregunto extrañado.

—Ayer vinieron uno chavales que me dijeron que habían descubierto el bar por el *instram* —aclara el camarero con orgullo.

—Instagram.

—¡Eso! Salieron de aquí bien cociditos —me informa con una sonrisa que saca a relucir toda su dentadura amarillenta.

—Me alegro.

—¿Por qué no haces alguna foto más, majete?

—Otro día, que ahora no tengo la cabeza para eso.

—Me lo apunto, otro día…

—Entonces qué, ¿cómo sigo? —cambio de tema dirigiéndome a Recasens.

Él, sin embargo, prefiere concentrarse en sus aceitunas rellenas de anchoa.

Pero Antoñito, que acaba de descubrir las mieles de la era digital y quiere volver a degustarlas, insiste:

—¿Cómo se llamaba el tipo ese? El que hacía de forense para la Policía Nacional, hace ya siglos. El chaval podría consultarle…

Recasens le recrimina la insistencia con una mirada hostil, aunque Antoñito ni siquiera se inmuta. Incluso aprovecha para secar el redondel que su caña ha dejado en la barra con un trapo que pide a gritos la jubilación.

—¿Ahora trabajáis juntos vosotros dos, como Mortadelo y Filemón? —escupe finalmente Recasens.

Antoñito se encoge de hombros y se pone a limpiar la plancha usando el mismo trapo.

Yo prefiero no decir nada, a la espera de que Recasens se termine su cerveza de manera exageradamente lenta.

—Si he entendido bien, tu brillante teoría consiste en que una camarera le dio no sé qué a Comabella con el objetivo de que tuviera un ataque al corazón justo cuando estuviera

conduciendo para que se estrellara con el coche —resume de carrerilla y con cierto tono burleta.

—Bueno, no podría afirmar que el plan inicial previera que las cosas sucedieran en este orden, pero es una buena síntesis, sí —admito.

—Contéstame entonces a dos preguntas.

—Adelante.

—¿Qué le dio?

—No lo sé. Ni el hospital ni en la autopsia que le hicieron encontraron ninguno de los tóxicos habituales, así que debe de ser una sustancia menos típica.

—Menos típica, ya… Pon que le hizo beber matarratas.

—¿Matarratas? ¿Tú crees que podría encajar con los síntomas?

—No, *nano*, es solo un ejemplo.

—Sí, claro, pero no hay que descartar nada —rectifico, algo avergonzado.

—Como decía, si le dio a beber matarratas, ¿cómo consiguió que solamente él lo bebiera y no el resto de comensales?

—Tampoco lo sé. Y mira que no paro de darle vueltas…

—¿Has pensado en otra posibilidad?

—¿Cuál?

—Que todo sea una fantasía tuya y no sucediera nada parecido.

—Joder, claro, pero ¿y si tengo razón? ¡Sería un bombazo! Por investigar un poco más no pierdo nada…

—No creo que Marina piense lo mismo. Ayer me preguntó si habías avanzado en el tema de los micrófonos. Supongo que la respuesta es que no.

—Estoy en ello… ¡Cúbreme unos días, va! Necesito sacarme de la cabeza esto de Comabella. Solo hasta que mi teoría se desmonte. Tienes que admitir que, de momento, se aguanta.

—Sí, con una pinza como mucho —me dice ya desde la puerta del bar situada a mi izquierda.

No obstante, se queda allí quieto y medita unos segundos.

—Hace años que Miserachs está jubilado y no tiene ni idea de cómo funcionan las cosas en este siglo, pero quizás esto

pueda ser una ventaja —señala misteriosamente.

—¿Por qué? —pregunto esperanzado, por si ha descubierto alguna grieta mientras jugaba al juego de no creerme.

—Habla con él, a ver si consigues que te preste atención —responde con un amago de sonrisa lobuna que prefiero pasar por alto. Luego, se dirige a Antoñito y le ordena—: Mortadelo, busca la dirección en mi agenda.

Antoñito sonríe y arquea las cejas dándome a entender que este favor se paga con una larga y productiva sesión de fotos. A continuación, me indica con un gesto
me dé la vuelta.

—¿Por qué?

—Tú hazlo —insiste, y cuando lo he hecho, comienza a mover barriles y cajas de botellas, en parte para despistar.

—Ya.

Cuando me giro está consultando sobre la barra una pequeña agenda de color negro, que contiene nombres, direcciones y teléfonos escritos en letra minúscula y con caligrafía de contable que huele a naftalina.

—No hacía falta tanto teatro, ni que fuera a robarte esa agenda —le recrimino, algo ofendido.

—No me fío ni de mi sombra —replica él, sin mirarme.

Pasa el dedo por una de las páginas con la punta de la lengua asomando por su boca magullada. Cuando encuentra lo que busca, arranca con agilidad una servilleta de un viejo dispensador de Helados Camy y escribe una dirección. Tiene la delicadeza de hacerlo con el tamaño suficiente para que no necesite un microscopio para leerla.

—No sabía que fueras el secretario de Recasens —le digo sin ninguna intención de menospreciar su labor.

—¿Secretario? Servicio de inteligencia, diría yo —me responde con un guiño, para luego gesticular como si me estuviera fotografiando.

—Sí, sí, eso me ha quedado clarísimo.

14

La dirección corresponde a un piso del Eixample, y allí me dirijo directamente desde el bar, sin ni siquiera comer. Antes de llamar al interfono, repaso las preguntas que quiero hacerle al forense Miserachs y que he ido apuntando en el móvil durante el trayecto en metro.

Me imagino que será de esos que, a pesar de haberse jubilado, sigue trabajando por libre porque si no se aburre. Inteligente y brillante, pero cruel con todo aquel que no esté a su altura. Así que he tomado la precaución de consultar antes la Wikipedia para no despertar su ira con preguntas idiotas.

Cuando ya he repasado el formulario del derecho y del revés, asegurándome de que puedo recitarlo de carrerilla, me dispongo a pulsar el timbre. Justo entonces suena el móvil.

Es mi madre, qué oportuna.

—¿Qué pasa? —respondo con una entonación que quiere dejar claro que no es un buen momento.

—Jordi, cariño, he estado hablando con la Loli, la de la carnicería. Y me ha dicho que tiene una muy buena clienta que quiere alquilar un piso por el barrio, pero que no lo quiere poner en internet o en una agencia porque vete a saber quién se presenta.

—Ya, ¿y qué?

—Busca a alguien de confianza para alquilarlo. ¿Tú no querías irte a vivir con tu novieta?

—Sí, con Mireia, mamá.

—Pues eso, que le he dicho que le pida el teléfono a la clienta que ya la llamarás para visitar el piso.

—Ah, bueno, gracias. Aunque estoy muy liado ahora.

—Jordi, no seas tontaina, que puede ser una buena oportunidad.

—Sí, sí, envíame el número por mensaje y le doy un toque cuando pueda.

—Claro, mañana mismo vuelvo a la carnicería.

Tras esta interrupción me dispongo por fin a llamar al interfono. Me responde una voz de mujer con acento latinoamericano.

—Buenas tardes, vengo a ver al señor Miserachs.

—¿Quién habla? —pregunta, y parece sorprendida.

—Me llamo Jordi Viassolo. Es por un tema profesional…

—El señor no puede recibir a nadie —me indica tajante.

—Imagino que estará muy ocupado y siento no haber concertado cita previa, pero es un poco urgente.

—El señor tampoco puede recibir a nadie con cita previa.

—Dígale que vengo de parte de Recasens, seguro que querrá hacerme un hueco.

Me vuelve a preguntar quién soy y qué quiero, como si no se fiara. Me pide que espere, porque va a consultarlo y, después de casi diez minutos, me dice:

—Aguarde abajo.

Vaya, me hubiera gustado visitar el despacho de un forense de la vieja escuela, con sus muestras en formol y utensilios extraños, pero al menos la mención a Recasens ha funcionado como contraseña.

Me recuesto en una farola y espero a que aparezca Miserachs, al que quizás le hayan entrado ganas de tomarse algo. El sol de junio calienta el asfalto, alimentando esa burbuja de calor que ya no abandonará la ciudad hasta octubre. No me importaría que me invitara a una horchata con *fartons*, ahora que lo pienso.

Me da tiempo de releer las preguntas unas veinte veces hasta que la misma voz del interfono, pero ya en vivo y en directo, me pregunta:

—¿Es usted quien ha llamado? ¿Hace el favor de ayudarme?

—Sí, claro —respondo, aunque no sé a qué.

Al acercarme al portal, lo entiendo. Cuando Recasens me ha dicho «a ver si te presta atención» no se refería a que el forense jubilado estuviera muy ocupado, sino a que ya no le quedan demasiadas luces encendidas. Será hijo de puta.

Su cuidadora me pide que sujete la silla de ruedas por detrás para superar con suavidad el escalón que separa el portal de la calle. No me cuesta demasiado porque su ocupante no es más que un saco de piel y huesos faltos de calcio.

Cuando me presento y le doy recuerdos de parte de Recasens, sin embargo, me parece notar que sus ojos se activan,

como si hubiera apretado el interruptor adecuado. Aunque su mirada vuelve a perderse luego en un punto indeterminado entre la corriente incesante de coches.

—Si le hace compañía durante un rato me hará un favor, ¿quiere? Me quedan por comprar algunas cosas —me comenta su cuidadora al acercarnos a un *interior d'illa*, una de esas breves zonas verdes situadas en el centro de algunas manzanas y que sirven para compensar el exceso de hormigón en una ciudad ávida de suelo urbanizable.

—Faltaría más —respondo resignado, porque me doy cuenta de que todo ha sido una broma pesada de Recasens.

Todavía queda una esquina soleada y allí nos dirigimos, aunque si fuera por mí preferiría seguir a la sombra. Imagino que cuando se llega a la edad de Miserachs el frío se queda anclado en los huesos, porque no somos los únicos que disputamos esa porción de terreno. De hecho, el tráfico se parece al del aparcamiento de un centro comercial un sábado por la tarde.

Nos encajamos en el único hueco que queda libre. La cuidadora saluda a algunas colegas y se va a hacer sus recados, con una expresión de alivio. No sabría decir si a Miserachs le sienta bien el sol porque su expresión no ha cambiado en ningún momento. Su mano derecha no deja de temblar, como si fuera a pilas.

Tras un larguísimo silencio, sus ojos se fijan de repente en mí.

—Bueno, ¿me vas a contar qué quieres o has venido a pasar la tarde? Si te envía ese liante de Recasens será por algún asunto espinoso —me apremia.

Yo me quedo tan sorprendido por esta resurrección que no sé qué decir.

—A veces va bien hacerse el viejo chocho —me aclara, e incluso me parece que la mano ya no le tiembla tanto como antes.

Para que no vuelva a entrar en modo vegetal, le suelto la historia lo más rápido posible, recalcando que necesitaría saber qué sustancia podría causar vómitos, malestar e incluso un ataque al corazón. Y que, además, no se detectara en los análisis

de tóxicos habituales.

Se rasca la barbilla mientras comienza a rebuscar en su memoria, que supongo que estará tan oxidada como su cuerpo. Su conclusión deja mucho que desear:

—Difícil saberlo.

Vale, gracias, para eso no necesitaba a un forense. Aunque luego añade:

—Pero la naturaleza es sabia, y también puede ser una cabrona despiadada.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunto a la expectativa.

—*Bolets*.

—*Bolets*?

—Sí, *bolets*… Setas. *Parles català*?

—*Sí, és clar que parlo català* —respondo.

Pero a él le da igual, porque prosigue su discurso en castellano:

—En mis tiempos, cuando los análisis no detectaban nada pero mi intuición me decía que había algo raro, recurría a los *bolets*. Los forenses de hoy en día no tienen ni idea de nada de eso.

—Ya, pero en la cena no se sirvieron setas de ningún tipo; no era temporada.

A Miserachs eso también le da igual, porque procede a detallarme con cantinela monótona todas las setas venenosas que pueden encontrarse en los bosques catalanes y que, con un poco de gracia y conocimiento, pueden convertirse en un arma mortífera:

—La *farinera borda*, *Amanita phalloides* en su nombre científico, causante de múltiples intoxicaciones mortales; el *reig bord* o *Amanita muscaria* provoca trastornos digestivos y confusión mental; las *palometes* o *Lepiota brunneoincarnata*, pequeñas pero muy tóxicas; el *matagent* o *Boletus satanas*, que aunque el nombre haga ponerse a temblar solo provoca una fuerte diarrea, aunque según como…

Y así sigue un buen rato, mientras yo contengo las ganas de gritarle a la cara que en la cena no se sirvió ni una puta seta. Al final, su discurso se convierte en un ruido de fondo que se mezcla con los gritos de los niños que juegan en los columpios,

la cháchara de las cuidadoras y las toses inagotables de los ancianos, que quizás solo estén reclamando un poco de atención.

Cuando aparece la cuidadora de Miserachs cargada con unas bolsas, me despido de él sin miramientos y me largo de allí a toda leche.

Consciente de que he perdido el tiempo, me dirijo al Pirineus a comerme un bocadillo de fuet y beberme un par de cervezas heladas. Aprovecho también para reflexionar sobre cuál puede ser mi siguiente paso. No se me ocurre nada y, por eso, comienzo a pensar que sería mejor dejarlo correr.

Tras un breve periodo de consultas, todos me aconsejan lo mismo, comenzando por el señor Huang:

—No es recomendable buscar obsesivamente sabiduría, amor, santidad, erudición y arte. Persona que realice búsqueda solo en ese sentido, tiene desequilibrio.

Cuando lo miro con los ojos bien abiertos, me aclara la procedencia de la cita:

—Lao Tsé.

—Vaya forma más rebuscada de recomendarme que no me raye —replico, ante lo que él responde con una respetuosa inclinación, satisfecho por su contribución.

En casa, mientras los cuatro cenamos lo que Berni ha podido afanar de su turno en la cafetería modernilla, resumo mis últimos movimientos y mis oyentes alcanzan una conclusión unánime:

—Pasa del tema, Solo. No te compliques la vida.

Me voy pronto a la cama, no porque tenga sueño, sino porque parece la única forma de conseguir algo de tranquilidad en este piso. Los demás se quedan en el salón jugando a la Play, y así seguirán unas cuantas horas más.

Con la luz apagada y la ventana bien abierta para que entre el fresco, llamo a Mireia. No contesta. Le mando entonces una larga nota de voz en la que le aclaro que solo quería contarle lo que me había pasado hoy. Y que ya hablaremos más adelante de reactivar la búsqueda del piso, porque quiero darle el tiempo que necesite. Sin ahondar más en el tema, le resumo mi jornada.

No tarda en responder, aunque de una forma más seca de la

que hubiera deseado y con un posible doble sentido que no me gusta ni un pelo:

«Si te equivocas de camino, no pasa nada por volver atrás y comenzar de nuevo. Así es la vida, Jordi.»

Joder, cómo echo de menos lo que teníamos antes.

No tengo ninguna intención de comentarle nada a Recasens, porque ya se habrá cachondeado más de la cuenta imaginando mi conversación con el viejo Miserachs. En cambio, le mando un mensaje a Dani Parera para saber si ha conseguido avanzar en su parte de la investigación. Su respuesta demuestra que va totalmente perdido:

«Qué va. Todo esto es una gran mierda.»

Finalmente, le escribo a Layla, quien me recuerda que ella ya me advirtió de que el perfil de mi sospechosa no encajaba con el supuesto crimen. Y para añadir más leña a mi estado vital de confusión, me manda la foto de un exuberante ramo de flores.

«Me las ha enviado un pretendiente al gimnasio.»

Luego, el dardo envenenado:

«A ver si espabilas, eh.»

Y varios emojis, con y sin la lengua fuera, completados con una cara que llora de la risa.

¿Va en serio o solo bromea? Como estoy hecho un lío, decido irme a dormir, porque vaya día llevo.

Sobre las cuatro de la mañana, sin embargo, mi subconsciente me hace saber que mientras yo descansaba plácidamente, él ha seguido trabajando. Es un flash, una imagen fugaz, pero suficiente para que me despierte de golpe gritando:

—¡En la cena no había ni una seta, pero sí flores, muchas flores!

A partir de entonces, las horas avanzan de manera desesperadamente lenta, como sherpas escalando el Everest con el triple de carga a sus espaldas.

Hasta que por fin llegan las cuatro de la tarde, momento en el que calculo que el exforense Miserachs y su abnegada cuidadora volverán al *interior d'illa* para competir por una porción de sol. Por si acaso, me adelanto y les reservo plaza.

—¿Usted otra vez? No me lo altere, que estuvo insoportable

toda la tarde —me exige ella cuando les hago gestos para que se acerquen a mi banco.

Él ni se inmuta, sumergido en su papel de viejo chocho.

—Tranquila, solo tengo una pequeña duda. Será rápido.

Ella, sin perderme de vista, se va a hablar con unas colegas y yo me agacho para situarme a la altura de los ojos de Miserachs, que no da señales de haberme reconocido. Pero como sé que sí me escucha, le pregunto del tirón:

—¿Conoce alguna flor tóxica que sea fácil de encontrar y que cause algún tipo de ataque al ingerirla?

Él calla, pero comienza a fruncir y desfruncir los labios, abrir y cerrar los ojos y mover lateralmente la mandíbula inferior, lo que puede ser síntoma de que su cerebro se ha puesto en marcha o bien de que está a punto de sufrir un ictus.

La sucesión descoordinada de tics nerviosos continúa medio minuto hasta que su mirada se queda fija en mí, con una expresión diría que revitalizada. Su boca dibuja una mueca enfadada, con las comisuras hacia abajo, y luego grita con voz enfurecida:

—*Matallops! Matallops*!

Todo el mundo se gira hacia nosotros y él vuelve a repetir lo mismo, como si me estuviera acusando a mí de matar lobos.

—*Matallops! Matallops*!

—*Matallops?* —repito yo, porque no se me ocurre otra cosa que decir.

Su actitud cambia de repente y empieza a descojonarse.

—*Matallops*, ¡ja, ja, ja! *Matallooooooops*!

Por el rabillo del ojo advierto cómo su cuidadora se acerca alborotada, haciendo aspavientos con las manos:

—¡Señor Miserachs, cálmese, por favor, cálmese!

Aparecen otras cuidadoras, algunas para ayudar en la tarea de sosegar al anciano y otras para recriminar mi turbadora presencia en este oasis urbano.

—*Matallooooooooops*! —continúa aullando el exforense.

—Yo solo le he preguntado… —intento excusarme ante la concurrencia.

—¡Váyase de aquí ahora mismo! —me grita una de las presentes.

Le hago caso sin protestar porque aquí ya no pinto nada. Quizás hubiera sido más romántico acudir a una librería de viejo y rebuscar entre sus estanterías un incunable de botánica sepultado bajo capas de polvo, pero solo necesito escribir *matallops* en Google para conseguir la información que necesito en milésimas de segundo.

Matallops o *tora blava*, en catalán; acónito común o anapelo azul, en castellano; y *Aconitum napellus*, en su nombre científico. Planta venenosa que crece en los Pirineos por encima de los 1.500 metros, considerada la más tóxica de Europa. No es habitual, pero a veces algún excursionista dominguero la confunde con el apio silvestre y se la zampa. Su ingesta puede provocar convulsiones, disfunciones neurológicas, una parada cardiorrespiratoria e incluso la muerte si no se acude al hospital a tiempo para un lavado de estómago de urgencia.

Y lo más importante: no se detecta en las pruebas forenses comunes.

En la foto que acompaña la información se muestra una bonita planta que a ojos inexpertos pasaría por inofensiva, con una base de hoja verde coronada por unas flores violetas. Yo no tenía ni idea de su existencia y apuesto que tampoco la inmensa mayoría de barceloneses. ¿Por qué Lu Padura sí?

Temo por unos instantes que esta pregunta me obligue a dar otro frenazo, pero la respuesta me viene a la cabeza acto seguido: cuando se presentó antes de la cena, Lu no solo nos explicó que estudiaba Biomedicina, sino que su novio trabajaba en el Pirineo como guía de montaña y que ella le echaba una mano los fines de semana. Así que es muy probable que conocieran la planta y que incluso, en más de una ocasión, tuvieran que advertir a sus clientes urbanitas que ni se les ocurriera acercarse a ella.

Y, sin duda, unos pétalos de esos no hubieran desentonado encima de ninguna de las tapas primaverales que servimos en la cena del Observatori Fabra.

O se me ha ido por completo la olla o mi teoría cada vez encaja más.

Como no quiero que nadie me ponga pegas, me reservo este descubrimiento para mí e intento resolver la siguiente pregunta

que aparecería en la pantalla si esto fuera un concurso de la tele: ¿dónde está ahora Lu Padura?

Para hacer las cosas en orden y que no se me pase nada, comienzo por lo básico: comprobar si en la dirección que obtuvo Recasens en el *almacén* de Private Eye sigue viviendo la familia Padura. Es tan sencillo como presentarme en el edificio de la calle de la Lluna y llamar al interfono, haciéndome pasar por el cartero que busca entregar una carta certificada. Nadie contesta.

Llamo al resto de vecinos, hasta que sale una señora por el balcón —que parece la prima hermana de Carmen de Mairena, un icono del Raval— y me informa de que ya no viven aquí y que su piso ha quedado tapiado para que no se convierta en *otro* narcopiso.

—¿Ha habido antes algún narcopiso en esta escalera?

—Y hasta dos, corazón. En esta ciudad siempre pringamos los mismos. Te lo digo yo, que sé de lo que hablo...

Le doy las gracias y me quedo callado unos segundos, dudando de preguntarle si por casualidad se llama Yanela. Pero ella sale del balcón con un gesto teatral, dejando ondear las cortinas.

Después me dirijo al local de Rebels al Raval para usar el ordenador y, de paso, asegurarme de que el micrófono escondido en la regleta de enchufes siga allí. Así es.

Consulto de nuevo la página de Facebook desactualizada de Lu Padura para identificar a su novio, cosa que consigo gracias a una foto de ambos posando sonrientes en la cima del Aneto. Luego rebusco en sus redes sociales, que no son pocas. Él sí usa de manera casi obsesiva cualquier plataforma que le permita difundir su actividad como corredor de montaña, esquiador de montaña, guía de montaña y, en definitiva, todo lo que se pueda hacer en la montaña.

No me cuesta localizar la zona en la que suele moverse y, de propina, descubro que vive en un pequeño pueblo del Ripollès, casi tocando a Francia y rodeado de picos que superan los 1.500 metros de altura. Y como dirían los clásicos, que me aspen si Lu no está con él disfrutando también de las bondades del aire puro del Pirineo.

Como me encuentro en ese estado de excitación que se

desencadena cuando las cosas salen bien, compro sin pensarlo un billete de autobús y reservo una habitación en la fonda más barata que encuentro. Necesito hacerlo así de rápido, sin pensar, porque si no mi cabeza encontrará motivos suficientes para abandonar la idea. Además, esta vez tiraré millas yo solo. Así, si estoy equivocado, nadie se enterará, ni siquiera Recasens.

A la mañana siguiente, le escribo un mensaje a Mireia para comunicarle que me ha salido un trabajo de unos pocos días en el Pirineo.

«A ver si con el aire fresco se me aclaran las ideas, je, je, je.»

Ella no está para bromas y simplemente responde:

«Que vaya bien.»

Uf, cuando resuelva todo este tema de la muerte de Mike Comabella tendré que esforzarme en solucionar las cosas con ella, porque nuestras órbitas están cada vez más alejadas. Espero que no sea demasiado tarde.

A mis amigos les digo que me voy a pasar unos días a la casa de un compañero de trabajo en el Pirineo.

—¿Qué compañero de trabajo? —pregunta Berni.

—Uno que no conocéis —salgo del paso.

—¿Llevas polar? —interviene Pol.

—Estamos en pleno mes de junio, no creo que me haga falta.

—Solo, pilla el polar que allí hace rasca por la noche.

—Pues no tengo ninguno.

—¡Vaya *pixapins* que estás hecho! Espera, que tengo guardado uno de mi época en el *esplai* —añade mientras se levanta a buscarlo.

De eso hará unos doce años, así que el polar no sigue precisamente los cánones de la moda de hoy en día. Pero dudo que lo necesite, joder, que apenas falta una semana para que empiece el verano.

15

Cuando llego a mi destino después de un trayecto en autobús de más de cuatro horas compruebo que, como me imaginaba, no necesito el polar para nada. El sol cae a plomo en esta encantadora localidad situada por encima de los mil metros y rodeada de montañas que se elevan hasta traspasar las nubes.

Tardo unos treinta minutos en recorrer el pueblo, bastante más de lo que preveía sobre el mapa, porque no contaba con sus cuestas dignas del Tour de Francia. Mi fonda se encuentra en la parte más antigua, junto a una iglesia románica que se aguanta en pie de milagro. Se podría decir que ambas han vivido tiempos mejores, aunque no puedo quejarme: la dueña me ha ofrecido una habitación más grande por el mismo precio, ya que apenas tiene clientes entre semana, y me ha preparado para comer una butifarra de la longitud de una anaconda.

Me regalo una larga siesta tumbado en diagonal sobre la cama de matrimonio y, pasadas las seis, salgo de nuevo a recorrer las calles por si me cruzo con Lu Padura por casualidad.

Como no tengo esa suerte, activo el plan B. Es decir, esperar el tiempo que haga falta sentado en un banco con vistas directas a la carretera que lleva a Ribes de Freser, donde se encuentra la agencia de turismo activo en la que trabaja su novio.

Si mis cálculos no fallan, en algún momento aparecerá ese Suzuki rojo que me describió el otro día mi colega camarero y que, según Google, debería ser un Santana o un Samurai.

Apenas pasan coches y solo se escucha el rumor de las ramas de los árboles, que bailan al son de un viento que sopla cada vez más frío. A las ocho el sol se esconde por detrás de las montañas y a las nueve ya estoy deseando no haber dejado el polar en la habitación. No quiero ir a buscarlo por si me pierdo la entrada del todoterreno, así que doy saltitos para entrar en calor. A las diez la oscuridad es abrumadora, solo aliviada por dos débiles farolas y un cielo con más estrellas de las que haya visto jamás.

Suenan por todas partes ruiditos que no sé identificar, y que atribuyo primero a búhos, luego a duendes y finalmente a ogros. A las once estoy a punto de desistir, pero el rugido sordo de un coche acercándose por la carretera me hace recobrar la

esperanza.

Siempre me ha parecido que cuando deseas mucho las cosas nunca se cumplen, así que repito varias veces «no son ellos, no son ellos…». Y no sé si acabo de encontrar la fórmula para burlar al destino, pero a los tres minutos aparece un viejo Suzuki rojo, al que empiezo a seguir al sprint procurando pasar inadvertido. Algo casi imposible en un pueblo donde a esas horas no hay, literalmente, nadie por la calle. La escasa iluminación juega a mi favor; la ausencia de semáforos, en mi contra.

Cuando pierdo de vista el cuatro por cuatro procuro guiarme por el estruendo del motor, que no entiendo cómo sigue pasando la ITV. Con la lengua fuera subo el último repecho y oigo el abrir y cerrar de las puertas del coche, primero una y luego otra.

Hago un último esfuerzo para llegar a la altura del vehículo aparcado y observar, de cuclillas, cómo se van encendiendo las luces de una vieja casa de piedra y tejado a dos aguas. Igual que si estuviera serigrafiada en la cortina, una cabeza coronada por un moño de trenzas aparece silueteada en el segundo piso. ¡Ahí estás, Lu!

Satisfecho por haber completado con éxito la primera parte de mi misión vuelvo a la fonda, cuya cocina está cerrada desde hace al menos dos horas. Me ducho con agua hirviendo y me voy a la cama sin cenar.

Me despierto a la mañana siguiente algo desorientado. La luz se cuela por los márgenes del viejo porticón de madera y los pájaros interpretan una sinfonía que ni la Orquesta Filarmónica de Viena. Busco el móvil a tientas y veo que son solo la seis y media. Si en vez de perdices, jilgueros y mirlos el ruido procediera de coches, motos y camiones aún seguiría durmiendo a pierna suelta. Así de enfermos estamos en la gran ciudad.

Por suerte, como en los pueblos de montaña van con el horario adelantado, una hora después ya me estoy atiborrando de pan con tomate acompañado de embutidos y quesos de la zona. Lo remato con un chucho de crema y un segundo café. Le agradezco efusivamente el desayuno a la dueña, que se interesa por los motivos por los que he venido yo solo a un pueblo como

este.

—Soy experto en inteligencia artificial y he estado muy estresado estas últimas semanas. Mi empresa me ha dado unos días libres para que respire aire puro —le explico, ya que, puestos a inventar, mejor hacerlo por todo lo alto.

Se queda complacida y yo salgo a comprobar si el Suzuki que, por cierto, era un Santana, continúa allí aparcado. Así es, y lo sigue estando hasta poco antes de las nueve, cuando Lu Padura y su novio salen juntos de casa y se montan en él. Deduzco que los dos trabajan en Ribes, aunque todavía no sé a qué se dedica ella.

Al volver a la fonda pregunto dónde puedo alquilar una bici y la dueña me dice que ya me presta la de su hijo, que hace poco ha descubierto las motos de trial y no hay quien lo saque de allí. Le doy las gracias y aprovecho para lanzar el anzuelo sutilmente.

Le cuento que ayer conocí a una pareja joven, que estuvimos charlando un buen rato y me propusieron que me pasara hoy por Ribes de Freser, donde trabajan, para enseñarme el pueblo cuando tuvieran un rato libre.

—Ella se llama Lu, pero no le pregunté la dirección de su trabajo.

La dueña pone cara de no tener ni idea.

—Es, ejem… de raza negra, con trenzas de colores.

—*Ah, home! La Lluïsa. Treballa a un dels bars del carrer Major*.

Con una sonrisa porque todo está saliendo rodado, encaro con calma el descenso por una carretera plagada de curvas que me conduce, después de unos diez kilómetros, hasta Ribes. Allí no me cuesta localizar la calle principal y, finalmente, el bar en el que Lu Padura se gana la vida sirviendo cafés y algún que otro carajillo.

Vale, y ¿ahora qué?

En vez de entrar a la primera, que es lo que haría un tipo intrépido, aparco la bici y me voy a dar una vuelta a pie para idear un plan. Porque, claro, no resulta fácil soltarle de sopetón a alguien «hola, creo que eres una asesina y he venido a confirmarlo».

Si estoy equivocado, ella alucinará, me dirá que estoy loco y adiós muy buenas. Pero, ¿y si es verdad? No sé qué reacción puedo esperar y tampoco qué haré yo con esa información. Es extraño, porque en parte siento que me he metido yo solito en un lío inmenso que me podría haber ahorrado. Pero, al mismo tiempo, noto cierta sensación de poder, de ser yo quien tiene el destino de Lu Padura en sus manos.

Paso varias veces por delante del bar sin decidirme a entrar hasta que, a la cuarta o quinta vez, ella está fumando un cigarrillo en la calle y se me queda mirando, entiendo que intentando averiguar de qué le suena mi cara. Yo finjo lo mismo:

—Nos conocemos, ¿no? —le pregunto mientras me acerco a ella con expresión de sorpresa.

—Eso creo, pero ahora no caigo —responde con una sonrisa, intrigada.

Nos quedamos unos segundos callados, pasmados, hasta que le doy un pequeño empujón:

—Yo trabajo como camarero de eventos en Barcelona, ¿puede ser que hayamos coincidido en alguna cena?

—¡Ah, quizás sí!

—Mmm, ¿en el cóctel del Observatori Fabra a finales de abril?

—¡Sí, es verdad! Ahora me acuerdo de ti, aunque llevabas el pelo algo más largo, ¿no? Creo que dijiste que eras periodista… —rememora mientras se toquetea una de las trenzas, que esta vez ha dejado sueltas. No sabría decir si está nerviosa.

—Bueno, eso pone en mi diploma —bromeo, y no digo nada del accidente de Mike Comabella a la espera del momento adecuado—. Tú estabas ahorrando para estudiar un máster de algo, ¿no?

—Sí, de biomedicina, pero lo he dejado para más adelante. O no, ya veremos. ¿Y qué haces por aquí?

—Nada, estaba muy rayado de la ciudad y necesitaba airearme. ¿Y tú?

—Trabajar. Hace unos meses que dejé Barcelona y me mudé aquí.

—¡Qué envidia! Yo paso unos días en la fonda del pueblo que está subiendo por la carretera, pero no me importaría quedarme una temporada más larga.

—¿Sí o qué? Yo vivo allí también.

—¿En serio? ¡Qué casualidad! —continúo fingiendo.

—Oye, tengo que volver adentro…

—Claro, claro, que no te echen la bronca por mi culpa. Daré una vuelta por aquí y luego volveré al pueblo.

—¿Cómo has venido?

—En bicicleta, supongo que me dejaré las piernas con esa subida… —dejo caer, a ver si le doy lástima.

Una técnica que funciona.

—Hoy acabo el turno después de comer. Si te esperas metemos la bici en el coche y volvemos juntos.

—¡Genial! Me harías un favor enorme —respondo entusiasmado.

—Aunque no son ni las diez y yo acabaré a las cuatro. ¿Tienes algo que hacer por aquí?

No, no tengo nada que hacer durante las próximas seis horas, pero improviso:

—Sí, sí, he pillado algunos folletos en la oficina de turismo para irme de ruta.

Ella asiente y yo me voy con pedaleada alegre hacia ninguna parte.

Estaría bien irme de excursión para al menos aprovechar el tiempo, pero tengo una pequeña duda rondando por la cabeza que me impediría disfrutar del paisaje: ¿cómo coño le pregunto si ella envenenó a Mike Comabella?

Incluso pienso en callarme la boca y volver por donde he venido. Sin embargo, ¿dónde se ha visto que el investigador después de resolver, supuestamente, un misterio opte por no revelarlo porque teme que el sospechoso se lo tome a mal?

Sea como sea, falta una eternidad para volver a encontrarme con Lu, así que algo tendré que hacer si no quiero morirme de la ansiedad. Por eso, ahora sí que me acerco a la oficina de turismo y pregunto adónde puedo ir sin alejarme demasiado. Me miran extrañados, porque para qué quiero entonces una bicicleta de montaña, pero al final me

recomiendan que suba con el tren cremallera a Núria y me dé una vuelta por ahí.

Una opción que me parece aceptable y que comparto con un grupo de jubilados, todos mejor equipados que yo para pasar el día en el complejo de alta montaña. Cuando llegamos al valle, que resplandece de verde, ellos se van al restaurante a almorzar y yo intento subir en bici por el trazado de una pista de esquí. Aguanto hasta la mitad y luego continúo a pie, arrastrándola, con el único objetivo de cansarme tanto que no me queden fuerzas para pensar.

Cuando creo que ya he subido lo suficiente, me monto de nuevo y desciendo a toda leche. Estoy a punto de estrellarme en más de una ocasión, pero al menos me sirve para liberar adrenalina.

Repito la fórmula un par de veces y luego me como unos macarrones gratinados en el restaurante antes de tomar el cremallera de vuelta.

Cuando llego con la piernas molidas al bar donde trabaja Lu sigo sin tener claro cómo voy a dejar caer la bomba, pero al menos no estoy tan nervioso. Me hace esperar un rato y luego volvemos al pueblo en su Suzuki ruidoso. Su novio trabajará hasta tarde y volverá corriendo a casa, porque se está entrenando para una carrera de resistencia por medio Pirineo.

—Te invito a unas birras para devolverte el favor, ¿vale? —le propongo al llegar.

Ella se lo piensa unos instantes, pero acaba aceptando:

—¡Vale! Voy a casa a ducharme y quedamos en una hora en el bar de la plaza.

—Hecho, así nos contamos la vida —respondo, aunque no sé si *contarse la vida* es la expresión más adecuada cuando quieres acusar a alguien de asesinato.

A medida que transcurre la conversación, Lu me cae cada vez mejor. Cosa que juega en contra de mis intereses, claro. Me parece una chica inteligente, abierta y simpática, que acertó al cambiar el ritmo frenético del Raval por la tranquilidad de un pueblo en el que nunca sucede nada.

Hasta ahora, al menos.

Nos pasamos una hora entera hablando de lo difícil que es

abrirse paso en Barcelona pero, al mismo tiempo, de lo fascinante que resulta vivir en ella. Hasta que te deja agotado y necesitas alejarte un tiempo. A la tercera cerveza entramos en cuestiones más personales y, a la cuarta, nos reímos con cualquier chorrada.

Necesito pasar ya a la acción, porque si me bebo una quinta ya habré cruzado el límite entre tener *el puntillo* y estar borracho. Y entonces no seré capaz de decir nada con sentido.

Para darle otro aire a la conversación, recurro a la frase más temida en cualquier relación de pareja:

—Ehh, Lu, tenemos que hablar.

Ella, sorprendida, replica:

—¿No lo estamos haciendo ya?

—Bueno, de una cosa más seria.

—Si me quieres pedir matrimonio, que sepas que tienes competencia —se mofa.

Doy un trago a lo que me queda de birra y, para evitar la tentación de pedir otra, le propongo ir a dar una vuelta.

—Vale, pero me estás asustando un poco —acepta ella.

—No, no, tranquila, así me haces de guía, que todavía no conozco bien el pueblo —miro de calmarla, aunque, de hecho, sí tiene motivos para inquietarse.

Subimos a la parte más alta del casco urbano y tomamos un camino de tierra que conduce a un mirador con una de las mejores vistas de la comarca, según promete un cartel turístico. Hasta que no hemos ascendido un buen trecho no me lanzo:

—No nos hemos encontrado por casualidad, más bien te estaba buscando.

Ella se detiene de golpe, mira a su alrededor y creo que se da cuenta de que no ha sido buena idea llevarme a un sitio tan solitario, por si resulta que soy un psicópata. Yo pienso algo parecido, porque quizás el mejor lugar para acusar a alguien de un grave delito no sea un escarpado sendero de montaña.

Pero ahora que he empezado ya no puedo parar:

—Después de la cena, Mike Comabella tuvo un accidente y murió al cabo de unas semanas. Aparte de camarero, resulta que soy detective privado y desde mi agencia me pidieron que me infiltrara en una asociación del Raval que… —empiezo mi

discurso, que se alarga durante unos diez minutos para detallar todos los pasos y descubrimientos que he hecho en los dos últimos meses.

No hace falta ser un águila para darse cuenta de que la expresión de Lu ha ido mutando de la sorpresa inicial a la preocupación, luego a la desesperación y, finalmente, al pánico. Concluyo mi relato justo cuando llegamos al mirador, que sin duda merece la pena:

—Creo que tú envenenaste a Comabella.

Lo afirmo satisfecho, porque intuyo que he dado en el clavo, pero también con la incertidumbre de no saber cómo van a desarrollarse las cosas a partir de ahora.

Más allá de eso, sobran las confesiones, porque empieza a mirar con inquietud a lado y lado en busca de una escapatoria (o de una piedra con la que partirme el cráneo).

—No le he contado nada a la policía, de momento solo lo sé yo —la tranquilizo, aunque me arrepiento enseguida y añado un seguro de vida, por si acaso—: Bueno, mi colega Recasens también está informado, pero sabe ser discreto.

Ella, fuera de sí, grita que soy «un mentiroso de mierda» y comienza a bajar por el sendero a toda prisa. Yo la sigo y la agarro del antebrazo para que se detenga. Una de sus trenzas me impacta en el ojo cuando lo consigo.

—Cuéntamelo todo y juntos buscaremos una solución —le aseguro, fingiendo una seguridad que no tengo.

Ella se libra de mi agarrón, pero luego vacila y rompe a llorar mientras se sienta, abatida, en una piedra plana que está a unos cincuenta metros más abajo del mirador. La panorámica sigue quitando el hipo, pero aquí ya no hay valla de seguridad. Así sigue un rato, mientras yo me quedo callado, en tensión, por si se le ocurriera intentar cualquier movimiento desesperado. Las lágrimas cesan y sus ojos enrojecidos se llenan de rabia.

—No te equivoques: no fue por venganza, fue por justicia.

—Por tu hermano, ¿no? Pero podrías haber ido a la policía a denunciar que…

—¿Y crees que me hubieran hecho caso? ¡Joder, no te enteras de nada! —grita, y vuelven los llantos, esta vez a trompicones, como una moto gripada.

—¡Explícamelo, entonces! Oye, quizás puedo ayudarte a salir de esta —insisto con suavidad, mientras me siento yo también.

No miento, me gustaría echarle una mano, pero todavía no sé cómo.

Ella se lo piensa, se recoge las trenzas en un cola baja y, finalmente, se deja ir:

—Mi madre huyó de Santo Domingo porque mi padre la maltrataba y llegó a Barcelona, sola, cargando con dos hijos pequeños. Consiguió una habitación minúscula y empezó a trabajar limpiando casas, hasta cuatro al día. Al cabo de un tiempo pudo alquilar un piso que se caía a trozos en el Raval.

Yo asiento, porque poca cosa más puedo hacer. Ella continúa ajena a mí.

—Se dejó la espalda durante años para que mi hermano y yo pudiéramos estudiar y tener una oportunidad. Y lo consiguió, porque yo entré en la universidad y él, en un ciclo de FP de mecánica. Todo nos iba bastante bien, hasta que en nuestra escalera se instaló un narco-piso.

»Entonces empezaron los ruidos, las peleas, la suciedad, las jeringuillas tiradas en cualquier rincón, el olor a meado, el sentirte mal en tu propia casa… Es cuando entré en Rebels al Raval para buscar ayuda, porque la policía no movía ni un dedo. Para ellos somos el menor de sus problemas. Pero luego llegó lo peor…

Hace una pausa, supongo que para no romper a llorar de nuevo.

—… lo peor fue cuando mi hermano se convirtió en *cliente* de ese narcopiso. ¿Sabes cómo es la vida de un adicto a la heroína, cómo se va degenerando?

—No —admito, porque no creo que cuente haberme tragado *Trainspotting* varias veces.

—Claro que no, detective —remarca con sarcasmo—: No te conviertes en yonqui de la noche a la mañana. Es un proceso lento, parece que controlan, hasta que llegan a un punto de no retorno y lo único importante pasa a ser conseguir la pasta para el siguiente chute. Sea pidiendo en la calle o robando, incluso a nosotras.

Voy a decir algo, pero con su expresión me hace entender que no tengo ni puta idea y que lo mejor será que mantenga la boca cerrada. Luego prosigue:

—La degradación física, la desesperación, los días sin verlo… Hasta que llama la policía porque han encontrado el cadáver de un yonqui en la calle y en su DNI pone que se llama César Padura. Así, con toda la frialdad, porque les importa una mierda.

»Mi madre entró en una depresión tan bestia que tuve que gastarme los ahorros en un billete a la República Dominicana, porque si no se hubiera acabado tirando por el balcón. ¡Me he quedado sin familia en un abrir y cerrar de ojos!

El odio contenido con el que narra los hechos me pone los pelos de punta. Aun así, me atrevo a preguntar:

—Joder… Pero… ¿Mike Comabella?

—Todo el mundo habla de mafias, de camellos, de narcotraficantes… Pero nadie habla de cabrones como Mike Comabella.

Otra pausa. Otro silencio por mi parte.

—A veces, tenía que ir a buscar a mi hermano cuando se quedaba colgado en el narcopiso y aguantar los manoseos de los vigilantes. Me los conocía a todos y empecé a seguirlos. Luego identifiqué a los jefes. De vez en cuando, quedaban en un hotel con un pavo trajeado, siempre el mismo. No sabía su nombre entonces, hasta que descubrí que se llamaba Comabella y trabajaba para fondos de inversión con negocios inmobiliarios.

—¿Se reunía él mismo con los narcos? Ya leí en el informe de Rebels al Raval a qué se dedicaba, pero no creía que lo hiciera de una manera tan personal.

De nuevo, me mira como si fuera idiota, pero me lo explica:

—¡Él ideó toda la estrategia para echar a los vecinos! Dejaba que los narcopisos siguieran activos un tiempo hasta conseguirlo. Luego negociaba con los traficantes para recuperar la vivienda ocupada e incluso a veces les conseguía otra. Así el bucle no paraba nunca.

»Cuando murió mi hermano, tuve claro que tenía que destapar toda esta mierda. ¡Era algo a lo que agarrarme para no volverme loca!

—Sí, Lu, sí. Lo entiendo, pero… —replico con un hilillo de voz.

Ahora ya no me mira con desdén, sino con cierto asco, porque se ha dado cuenta de que nunca podré entender sus razones. Que no soy más que un privilegiado que está jugando a meterse en los bajos fondos.

—Tres días después de que enterráramos a mi hermano se volvieron a reunir, y se partían de risa esos hijos de puta... ¡Les importaba una mierda todo el sufrimiento que estaban causando!

Se detiene un instante porque los ojos se le están a punto de inundar de lágrimas, pero se obliga a no llorar más.

—Pasaron las semanas y no conseguí que nadie me hiciera caso. Luego me vine a vivir aquí, para recuperarme. O, al menos, para dejar de obsesionarme. Y casi lo había logrado, joder, hasta que salió en las noticias que se presentaba a alcalde de Barcelona. Entonces tuve claro que alguien como él nunca pagaría por todas las muertes que había provocado.

—Quizás si los Mossos lo hubieran sabido… —insisto.

—¡Intenté poner una denuncia y no me hicieron ni puto caso! ¿Qué más podía hacer?

—Bueno, ya… —balbuceo, porque no sé qué decir.

—Cuando supe que iba a presentar su candidatura con un acto público, no me fue difícil averiguar qué empresa iba a organizarlo. Me presenté al trabajo de camarera para estar cerca de él, mirarle a los ojos y, quizás, llamarle asesino, tirarle pintura roja... Yo que sé, no tenía claro qué haría en ese momento.

—¿Y cómo decidiste que…?

—Hice la entrevista de trabajo con un tipo argentino.

—¿Matías?

—Sí, todo un bocazas. Me explicó que le habían encargado la cena a una chef de prestigio y que tendría temática primaveral, con flores comestibles. Y tuve un flash.

—La *tora blava* —dejo caer.

—Mi pareja es guía de montaña, ya lo sabes, y muchas veces habíamos bromeado con usar las flores y setas tóxicas que crecen en la montaña para hacer de justicieros. En plan de coña,

claro, pero todo encajó en ese momento y decidí que se podría intentar…

»Tan solo quería devolverle parte de mi sufrimiento. Si te digo la verdad, tendría que haberlo pensado mejor. Pero cuando lo vi por la televisión volvió toda esa rabia, esa angustia, ¡multiplicada por mil! En ese momento, o era él o yo.

—Joder, pero ¿no pensaste que podía ser mortal? Por lo que he leído…

—¿Crees que no me estoy comiendo la cabeza desde entonces? —me interrumpe—. ¡Calculamos las dosis para que la intoxicación le dejara hecho polvo unas semanas, pero no para matarlo! Tendría que haber habido tiempo suficiente para llevarlo al hospital y que le hicieran un lavado de estómago. Quizás algo aceleró los efectos, no sé, ¿drogas?

Me acuerdo de que Dani Parera me comentó que habían encontrado cocaína de primera calidad en la guantera.

—¡Ves! —exclama cuando se lo digo—. ¿Cómo podía saber yo que el tío se pondría hasta el culo en su propia presentación como alcalde?

Como no vale la pena enzarzarse en un debate sobre el destino, la moral, el libre albedrío y todas esas cosas, le sigo preguntando sobre esa noche.

—¿Cómo lograste que solo él se las comiera?

—Los tíos sois muy previsibles. Cuando conseguí servir en su zona, siempre me dirigía primero a él, para que estrenara cada bandeja. Eso le gustaba. Pero en el postre, cambié de estrategia y procuré que se acabaran antes. Él hizo alguna bromita tipo «ya te has olvidado de mí» y yo le contesté que ahora mismo iba a buscarle uno para él. Fui a la cocina, puse encima un par de hojas que tenía guardadas y se lo di. Se lo zampó con una sonrisa de gilipollas.

Nos quedamos en silencio justo cuando el sol se pone, despertando de nuevo un viento gélido. Hoy también me he olvidado del polar. La serenidad del cielo rojizo, sin una sola nube a la vista, contrasta con las turbulencias que vivimos en nuestro pedacito de montaña.

—¿Crees que si no hubiera tenido el accidente de coche le habrían podido salvar? —pregunta finalmente Lu mirando a lo

lejos, como si quisiera grabarse en la memoria la silueta de cada uno de los picos.

Yo tampoco la miro cuando respondo:

—Ni idea, supongo que los de la ambulancia no pensaron en la posibilidad de que le hubieran envenenado. Aunque quizás ya estaba sentenciado antes de estamparse.

—Ya… Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé. Es verdad que los tipos como Mike Comabella nunca acaban pagando por sus actos. Pero sigo pensando que no se merecía morir…

—¡Yo no quería matarlo!

—Bueno, o joderle la vida un tiempo. Hay maneras de…

—Eso es porque aún no lo has visto todo —me corta ella.

—¿Qué quieres decir? —replico sorprendido.

—Que tengo fotos, declaraciones de vecinos, incluso vídeos... Después de que los Mossos pasaran de mí, intenté contactar con algunos periodistas, pero tampoco me hicieron caso. ¡Había recopilado un montón de pruebas que demostraban que era un cabrón sin escrúpulos y no me sirvieron de nada!

—¿Qué demuestran esos vídeos?

—Que estaba metido hasta el fondo en el tema de los narcopisos y no le importaba el daño que pudiera causar… ¡Espera! Quizás tú podrías ayudarme —me dice levantándose de repente, como si hubiera recobrado la esperanza.

—¿Ayudarte?

—Sí, sí, mañana a primera hora voy a buscarte y te enseño todas las pruebas —me propone, acelerada—. Y luego tú decides. Seguro que tienes contactos; si primero sale a la luz quién era en realidad, mi defensa será más fácil. ¡Pero si me detienen antes, nadie me creerá! Ayúdame en eso. Luego puedes entregarme y llevarte todo el mérito.

—Eso no me importa, solo quiero hacer lo correcto —declaro, aunque no sé si es del todo cierto.

—Como quieras, pero tienes que dejar que me explique. ¡Al menos eso! Cuando lo veas con tus propios ojos, lo entenderás.

—Necesito pensarlo, ahora mismo tengo una sobredosis de información —digo, e inmediatamente me arrepiento de haber usado con ella la palabra *sobredosis*.

—¡Sí, piénsalo! Descansemos un poco, que lo necesitamos, y mañana a las nueve en punto te enseño las pruebas. Y entonces decides si llamas a los mossos o me ayudas a destapar la verdad. ¡Estoy en tus manos!

Examino las opciones que tengo: o acepto su propuesta o me abalanzo sobre ella para arrastrarla hasta la comisaría más cercana, que supongo que estará a varias decenas de kilómetros. Como no puedo ni quiero optar por la segunda, me quedo con la primera.

Me da las gracias una y otra vez, reanimada, a la vez que me asegura que «no me arrepentiré». Yo no lo tengo tan claro, pero estoy tan agotado que no soy capaz de ver si se me está escapando algo.

En todo caso, dejo que vuelva al pueblo y yo me quedo un rato más aquí arriba porque necesito silencio. Para pensar, para aclararme, para recuperar las energías que se me iban escapando al escuchar su confesión, para decidir qué está bien y qué está mal en toda esta historia que no me pertenece.

Me quedo ensimismado hasta que me doy cuenta de que ha oscurecido y el valle se ha llenado de lucecitas, como constelaciones en tierra que compiten con las que ya se dibujan en el cielo. Una escena idílica si no fuera porque ahora me toca volver a ciegas por un sendero que desconozco, con el riesgo de extraviarme, ser atacado por cualquier bicho o abrirme la cabeza.

Enciendo la linterna del móvil y resigo el camino con cuidado, atento a cualquier sonido extraño. Lo único que escucho es mi propia respiración, cada vez más acelerada. A mis miedos se añade otro más: que Lu —sola o ya acompañada— me haya engañado y esté ahora al acecho para acabar conmigo y, de paso, con los problemas que he venido a causarle.

Acelero el paso y tomo un atajo lleno de ortigas que me abrasan las piernas. Al conectar de nuevo con el sendero principal diviso las luces del pueblo, aún a lo lejos, pero al menos me indican que no me he perdido. Empiezo a correr, no sé cuánto tiempo, hasta que la tierra da paso al asfalto. Al llegar a la primera casa me detengo, pongo las manos sobre las rodillas y comienzo a jadear como un jabalí.

Tras recuperar un ritmo de respiración más o menos normal me pongo de nuevo en movimiento, más calmado. Luego sonrío porque a veces me paso de exagerado.

Al abrir la puerta de la fonda compruebo que la cocina está cerrada, por lo que vuelvo a quedarme sin cenar. Lleno la bañera, me zambullo en agua casi hirviendo y las heridas recién estrenadas me empiezan a escocer. Me las lavo a conciencia y me quedo sumergido con la mente en blanco hasta que el agua se enfría.

Luego me tumbo en la cama bajo dos mantas y me vuelve a venir a la cabeza el relato de Recasens, Mary y la falsa huida a París. Ahora que lo pienso, no me dijo si el plan funcionó ni tampoco qué fue de ella. En todo caso, esa historia me demuestra que, a veces, uno tiene que abrirse su propio camino para alcanzar la justicia en el sentido más puro. Y eso es justo lo que voy a hacer.

Entusiasmado, me pongo a repasar los detalles de la conversación con Lu para trazar un plan de acción, pero enseguida me quedo dormido como un tronco.

Los pájaros sinfónicos vuelven a despertarme, pero esta vez son las siete de la mañana. Querría quedarme acurrucado un rato más, pero los nervios me impulsan a saltar de la cama porque hoy puede ser un gran día; uno que marque un antes y un después en mi carrera, que demuestre no solo mi capacidad como investigador sino también mi voluntad de ampliar la percepción del bien y el mal, de la víctima y el culpable.

Desayuno con calma, masticando cada bocado a conciencia. Luego pido un segundo café con leche y me siento en la terraza de la fonda, desde donde puedo ver la calle por la que debería aparecer Lu Padura. Dejo sobre la mesa una libreta y un boli.

A las nueve menos veinte me he terminado el café y no sé qué hacer para llenar el tiempo. Repaso todas mis redes sociales y luego intento leer el *Sport*, pero no puedo concentrarme.

A las nueve menos cinco empiezo a mirar obsesivamente hacia la calle.

A las nueve y dos compruebo si el reloj del móvil funciona bien.

A las nueve y siete estoy preocupado, pero me obligo a

tener paciencia, porque el concepto de puntualidad en los pueblos es más laxo.

A las nueve y cuarto no aguanto más y salgo a buscarla a paso rápido.

A las nueve y veintitrés llego a su casa. Está cerrada a cal y canto y el Suzuki no está aparcado donde siempre. Aporreo la puerta y nadie responde. Busco el teléfono del bar de Ribes y llamo para preguntar por Lu. Me dicen que le ha surgido un problema familiar y necesita tomarse unos días libres. Pruebo con la agencia de turismo del novio y me repiten exactamente lo mismo.

A las nueve y veintiocho no tengo ninguna duda de que soy gilipollas.

16

Me siento ridículo cuando pago la cuenta y miento al asegurar que me lo he pasado muy bien, cuando me subo a un autobús casi vacío, cuando las últimas curvas certifican que la montaña es ya solo un mal recuerdo, cuando al entrar por la Meridiana distingo cómo el aire ha ganado color y textura, cuando me bajo en la Estació del Nord y recupero esos sonidos que había llegado a añorar, cuando me encierro en mi habitación, cuando me exijo a mí mismo que este fracaso nunca salga a la luz.

Tengo tantas ganas de desaparecer que no dudo ni un instante cuando recibo un mensaje de Matías. Me pregunta si quiero trabajar durante la noche de Sant Joan en una verbena de alto copete, pero no en Barcelona, sino en Cadaqués.

«Ponemos bus y alojamiento. Es un quilombo, pero se paga un poco más.»

«No hay problema. Me apunto.»

Ya va siendo hora de olvidarme de eso de querer ser detective. Está claro que no sirvo.

Entretanto, quedo con Mireia para hacer las paces y consigo todo lo contrario. Ni tengo ánimos ni estoy de humor, así que solo soy capaz de soltar idioteces que hacen que la distancia entre nosotros crezca todavía más.

Antes de marcharse, me pregunta si no será que me gusta más Layla y yo le digo que no de manera poco convincente.

Por si fuera poco, recibo un mensaje de la duquesa para apretarme por el tema de las escuchas. Lo único que puedo responderle es que estoy en ello, aunque en realidad me gustaría decirle que me importan una mierda los putos micrófonos.

«No te encantes», insiste ella.

Hasta que llega la mañana del 23 de junio y me subo a un minibús lleno de gente a la que no conozco, porque los camareros más veteranos no querían pasar la noche de Sant Joan viendo divertirse a los demás. Como soy el que tiene más experiencia, Matías me nombra su mano derecha.

Pues vale, al menos en algo sí progreso.

Me paso las tres horas de camino dándole vueltas a la que se ha convertido ya en mi obsesión preferida: ¿cómo pude dejarme engañar por Lu Padura? Lo peor de todo es que no soy

capaz de ver cuándo empezó a mentirme, y esto hace que me sienta aún más estúpido. No he encontrado ninguna referencia en internet sobre los efectos de mezclar cocaína con aconitina, el principio activo de la *tora blava*.

Sin llegar de nuevo a ninguna conclusión, y después de un tramo final de curvas que casi hacen que vomite, el minibús se adentra en Cadaqués, con su innegable esencia marinera. El Mediterráneo acaricia sus casas blancas y mece las barcas fondeadas frente a las calas, mientras sus veraneantes se dan los primeros baños con cara de éxtasis.

Como nosotros no hemos venido de turismo, nos conducen directamente a un encantador chiringuito para preparar la velada. Esto incluye una elegante decoración con luces blancas, banderines y una hoguera para que los asistentes pidan deseos que sin duda se cumplirán.

Cuando cae la noche, todo cobra vida de forma espectacular. Demasiado para mi estado de ánimo. Los adultos degustan sus copas con la felicidad de saberse en buena compañía, los niños corretean con bengalas en la mano, los adolescentes buscan un lugar apartado para ganarse los primeros besos e incluso los petardos suenan más suaves que en la ciudad, donde su sonido rebota en las fachadas para perforarte los tímpanos.

Mientras tanto, yo me paseo con una bandeja en la mano sintiéndome diminuto y temiendo que, en cualquier momento, algún asistente me señale y se descojone al gritar que Jordi Viassolo fue el pringado que dejó escapar a una sospechosa de asesinato.

Cuando termina de servirse la cena y un trío de latin jazz empieza a caldear el ambiente, nos dividimos para atender las diversas barras. Fruto de mi repentino ascenso, Matías me confía lo que él define como la zona *premium*, en la que no se sirven mojitos ni horteradas por el estilo, sino whisky de malta y champán francés.

Pasada la una de la madrugada, justo en el momento en el que el trío deja paso a un DJ dispuesto a pinchar, una tras otra, las canciones del verano de las cuatro últimas décadas, aparece Matías y me anuncia que me sustituye un rato.

—Hay alguien que quiere que le sirvás vos expresamente —me anuncia con una sonrisa de complicidad.

Sorprendido, me dirijo hacia la zona que me indica, preguntándome si es posible que haya estado tan ausente durante toda la noche para no darme cuenta de que una rica heredera (o heredero) me estaba tirando la caña.

Y quizás sí sea una rica heredera, pero no creo que pretenda pescarme, porque se trata nada más y nada menos que de Cristina, que ha dejado por una noche el rollo punk para lucir un largo vestido hippy que casa mejor con el lugar, aunque sin renunciar a su toque de rebeldía.

—Estoy flipando, ¿qué haces aquí? —me pregunta después del abrazo de rigor.

—¡Ya ves, currando! ¿Y tú? No me digas que veraneas en un sitio tan pijo como este —replico con malicia.

Ella parece que se queda aturdida una milésima de segundo y sus mofletes suben un tono de rojo, pero reacciona con rapidez:

—La familia de mi madre es de Cadaqués de toda la vida. He venido a pasar unos días con mis abuelos.

Estoy tentado de descargar toda la rabia que siento sobre ella, como si eso me pudiera liberar. Soltarle que sé que su padre está podrido de pasta y que solo está jugando a ser revolucionaria, pero me detengo a tiempo. No se lo merece. Además, aquí el farsante soy yo.

—En un rato nos vamos a la cala de la otra punta para seguir a nuestro rollo. ¿Te vienes cuando acabes? —me invita.

—Uf, me quedan un par de horitas, como mínimo.

—No me iré a ningún lado, que hoy aguantamos hasta que salga el sol.

—Vale, luego me paso —acepto, aunque es probable que no lo haga.

La fiesta va subiendo de intensidad en paralelo a la disminución de las reservas de alcohol, pero sin llegar nunca a desmadrarse. Pasadas las tres empezamos a recoger, aunque lo dejamos todo a medias para continuar mañana a plena luz del día, sin riesgo de accidentes. La razón principal es, sin embargo, que Matías tiene ganas de fiesta.

Le digo que yo prefiero irme a dormir, pero me responde que ni lo sueñe. Que o nos vamos con la «piba esa y sus amigas» o no me vuelve a contratar jamás. Como ya tengo claro que este va a ser mi futuro laboral, cedo y nos dirigimos juntos a la cala.

Cuando llegamos, Cristina nos presenta por encima a sus amigos, que están reunidos alrededor de una pequeña hoguera, comparten vasos de ginebra con limón y fuman maría de primera. Después besa a una pelirroja que está cantando *No Woman, No Cry* al ukelele y me conduce a un lugar más apartado.

—¡Viassolo, no te perdás, que a las once recogemos! —me grita un Matías que, si bien les saca a todos un mínimo de diez años, ha decidido convertirse en el alma de la fiesta a juzgar por la farlopa que ha empezado a ofrecer.

Cuando nos sentamos junto a la orilla, Cristina entorna los ojos y me dice:

—Viassolo, mmm, otra vez… En la fiesta también te ha llamado así cuando le he preguntado por ti. ¿A este también le recuerdas a alguien?

Ahora sí que no tengo escapatoria, aunque tampoco tengo intención de huir. Ya no.

—Bueno, es una larga historia.

—Tenemos toda la noche —replica con una sonrisa relajada, mientras me pasa el porro que se está fumando y le doy una larga calada.

Me siento inmerso dentro de una burbuja de humedad, marihuana y sal. La brisa que viene del mar se va enfriando por momentos hasta provocarme un escalofrío, por lo que Cristina pide prestado un pareo gigante, con el que nos envolvemos los dos.

—¿No has traído ninguno de tus famosos chándales?

—No pegaban con el uniforme.

La hoguera crepita a nuestras espaldas y yo reflexiono sobre lo que voy a decir a continuación. Finalmente, me dejo ir:

—En realidad soy detective privado. Mi agencia me encargó que me infiltrara en Rebels al Raval, sin una misión fija al principio, hasta que me ordenaron que te vigilara y protegiera si era necesario. Luego me enteré de que nos contrató tu padre.

—Típico de él —dice ella cuando se recupera del impacto.

—Lo siento, de verdad.

—No es culpa tuya… ¿Jordi?

—Sí, al menos no te he mentido en eso. Jordi… Viassolo.

—Mola más que Soler.

—Si tú lo dices...

—Pero hay una cosa que no entiendo —dice ella.

—¿Cuál? —pregunto dispuesto a confesarle cualquier cosa.

—Si eres detective privado, ¿qué haces aquí trabajando de camarero? ¿O aún me estabas vigilando?

—Eh, no, no. La verdad es que… —comienzo, aunque me cuesta decirlo en voz alta.

—¿Qué?

—Que voy a dejarlo. En realidad, soy una puta mierda de detective.

—¿Por qué dices eso? Yo en ningún momento sospeché de ti.

No puedo contarle nada sobre Lu Padura, pero siento la necesidad de hacerlo. Me doy un minuto para pensar y luego le explico una historia deformada, cambiando los protagonistas, los escenarios y las motivaciones. Eso sí, el desenlace sigue siendo el mismo: yo haciendo el gilipollas por todo lo alto.

Cuando termino, por un instante, deseo que me diga que tampoco es para tanto. En cambio, ella me suelta:

—Pues sí, la has liado parda.

Yo lanzo una piedra contra una ola que viene más crecidita de lo normal.

Luego, continúa:

—Pero, ¿sabes qué, Jordi? Todos tenemos derecho a cagarla. Y no pasa nada.

La miro sorprendido, porque lo último que deseo en la vida es fallar como lo he hecho.

—Nos enseñan desde la escuela que equivocarnos está mal, y no es así. Vivimos como si estuviéramos en una cadena de montaje, en la que todo debe salir tal y como está previsto. ¿Te das cuenta de todo lo que no intentamos por miedo a equivocarnos?

—Ya, pero a nadie le gusta cagarla. Y menos tan a lo

grande.

—Porque lo vivimos como si fuera una vergüenza, cuando no lo es.

Intento rebatir sus argumentos, pero ella lo tiene clarísimo. Incluso se viene arriba teorizando sobre la autoexplotación a la que nos sometemos nosotros mismos por imitación de las estructuras del capitalismo neoliberal. Al ver que no le presto atención, se ríe y me empuja hacia atrás mientras me aconseja que no me raye.

Como si fuera tan fácil.

Después nos quedamos tumbados boca arriba, en silencio. Estoy tan agotado que me quedo dormido al poco rato. Me despierto sobresaltado cuando Cristina se levanta de un salto y, señalando al mar, me dice:

—¡Mira!

Una franja naranja paralela al horizonte anuncia que está a punto de amanecer. Y mira que la salida del sol es la cosa más reiterativa del mundo, porque se repetirá una y otra vez hasta que reviente de aquí a millones de años, pero todos la contemplamos embobados.

Alguien, creo que Matías, decide que es una buena idea ponerse a aplaudir a un elemento inerte del cosmos, y el resto se suma sin dudarlo. Yo soy el único que no.

—¡Grita, Jordi! —me anima Cristina al verme con cara de palo.

—Eh, ¿qué?

—¡Que griteeeeeesssssss! —insiste haciendo caso a su propio consejo.

No le hago caso, pero ella y los demás se ponen a aullar como lobos extraviados que han descubierto lo bien que se vive cerca del mar.

Cristina me golpea en el hombro y me sumo tímidamente al coro, como si fuera el ejemplar afónico de la manada. Poco a poco, voy subiendo de intensidad hasta que me dejo el alma con un grito que se habrá escuchado incluso en Grecia.

Ella me abraza con fuerza y se va en busca de su pelirroja. Yo cierro los ojos y me concentro en la sensación de calor que me ofrecen los primeros rayos del sol.

Cuando los abro, sonrío y me digo que todavía soy demasiado ingenuo para el mundo real. Pero esto debe cambiar.

Por cierto, ni me acordaba de que hoy cumplo veintiséis años.

17

De vuelta en Barcelona me regalo un día de descanso y luego me pongo manos a la obra para resolver los asuntos pendientes. Ya va siendo hora de tomar decisiones por mí mismo y asumir sus consecuencias.

Primero me encargo del dichoso asunto de los micrófonos. Entro en el local de Rebels al Raval y espero a quedarme solo para desconectar el enchufe, extraer la tarjeta SIM escondida y, con la ayuda de un cúter, inutilizarla. Luego lo vuelvo a poner todo en su sitio. El otro infiltrado pensará que se ha estropeado y tendrá que reponerla.

El siguiente paso consiste en esperar, tarea que suele ocupar la mayor parte de la jornada de cualquier detective. El local se queda vacío sobre las once de la noche, así que supongo que será a partir de entonces cuando mi rival pase a la acción. Me compro unas latas de Red Bull, me subo la capucha de la sudadera y me siento en un banco con vistas a la puerta. La primera noche no sucede nada; la segunda, sí.

Estoy nervioso porque no descarto que la colocación de los micros sea obra de la mafia de los narcopisos y las cosas puedan ponerse feas. Sobre todo para mí. Respiro tranquilo cuando aparece un chico alto y delgado, que siempre había asociado con el sindicato de manteros, quienes también usan el local.

Cierra la puerta con sigilo y yo calculo diez minutos para entrar, encendiendo la luz y haciendo el máximo ruido posible. De debajo de la mesa surge un rostro a medio camino entre el susto y la sorpresa. Eso sí, reacciona con rapidez y esboza una amplia sonrisa.

—¡Me has asustado, amigo! —exclama mientras se pone de pie con calma.

—No pensaba que quedara nadie —me hago el tonto.

—A veces vengo de noche a usar el ordenador. En casa no tengo internet.

—¿Con la luz apagada? —juego con él, aunque de reojo miro la puerta por si debo salir pitando.

—Es que verás… —susurra mientras se me acerca con elegancia felina—: Mi novia vive lejos y, a veces, nuestras videollamadas suben de tono. No sé si me entiendes…

Que *savoir faire*, el cabrón. Pero ya tengo lo que quería, así que me despido sin perder el tiempo, con cara de admiración:

—¡Claro, claro! Yo solo he venido a buscar un libro para un trabajo de la *uni* —le explico mientras cojo el primer volumen que encuentro de la estantería. Luego, con una sonrisa idiota, añado—: Te dejo con lo tuyo, eh.

Al salir me escondo tras una esquina. Cuando él sale, quince minutos después, le sigo por las callejuelas del Raval hasta llegar a la Ronda Sant Antoni, donde se sube a una Ducati roja. Calma, no hay por qué ponerse nervioso. Paro un taxi y, reconozco que con cierta satisfacción, le ordeno al conductor:

—Siga a esa moto.

Luego, por si le parece extraño, me invento una justificación:

—Vamos a una fiesta y el muy idiota se ha olvidado de coger un casco para mí.

Al taxista paquistaní, de más o menos mi edad, le da igual, porque supongo que ya tiene suficiente con conducir toda la noche como para meterse en la vida de los demás.

La moto se detiene frente a un portal de Les Corts, cerca del Camp Nou. Apunto la dirección y me voy a dormir unas horas. Antes de la ocho de la mañana ya he vuelto para esperar a que salga a trabajar. Lo hace pasadas las nueve, cuando se monta otra vez en la Ducati. En previsión, he pillado uno de esos ciclomotores eléctricos para compartir que están ahora por todas partes. Y aunque es la primera vez que conduzco algo así, me las apaño para seguirle hasta una céntrica agencia de detectives, que se anuncia con un cartel que ocupa media fachada.

Saco una foto y se la envío a la duquesa. Me llama de inmediato:

—Buen trabajo, Jordi. Esto es muy interesante…

—Me alegro —respondo, y espero un tiempo prudencial antes de reclamarle algo más de información—: ¿Me vas a contar qué pasa o no?

—Pues no lo tengo muy claro. Pero no deja de ser interesante.

Ella se queda reflexionando y yo, a la expectativa. Al final

me propone algo que no me esperaba:

—¿Por qué no te pasas por aquí esta tarde y lo averiguamos?

—Eh, claro.

—Pero ven a las ocho, que ya no quedará nadie en la agencia y no quiero que te vean.

No sé cómo tomarme eso, pero tampoco le doy más vueltas.

A la hora convenida vuelvo a pisar las oficinas de Private Eye un año después de la primera vez. Todo sigue igual, con su moqueta anaranjada, su mobiliario blanco y sus espectaculares vistas al mar, que hoy refleja un cielo enfadado que se va nublando por momentos. No sé si habrán contratado a otro becario o ya tuvieron suficiente conmigo.

Al fondo, rodeada de paredes de cristal, Marina del Duque está escribiendo en el ordenador y, sin dejar de mirar la pantalla, me indica con un gesto que entre.

—Vamos a hacer una llamada —me informa sin más explicaciones.

—¿A quién?

—Tú mira y aprende —ordena con chulería mientras busca un número en su móvil.

Cuando contesta su interlocutor, le saluda con un entusiasmo exagerado. A partir de entonces empieza a estrangularle con suavidad.

Primero se interesa por la familia, luego le pregunta si irá al próximo congreso de detectives y después le recuerda una anécdota compartida. Hasta que incrementa la presión sobre su garganta:

«Oye, hay un asuntillo que te quería comentar. Nada, nada, una chorrada.»

«Solo que no habéis estado demasiado finos en un tema, y ahora tenemos que ver cómo lo solucionamos.»

«Ya sabes que tengo, para mí desgracia, experiencia en esto de escuchas que se acaban filtrando a la prensa. Y no se lo recomiendo a nadie.»

«Por suerte, hemos sido nosotros los que hemos descubierto los micrófonos que habéis colocado en una asociación de vecinos del Raval.»

«No, no diremos nada… A cambio de un pequeño favor, claro.»

«¿Quién os encargó que pusierais esos micros?»

Justo en el momento más decisivo, me da la espalda. Por los enormes ventanales del despacho se puede ver cómo el cielo se ha convertido en un cuadro barroco, con tortuosas nubes pintadas de blanco, rojo y negro.

Ella discute con serenidad, haciendo entender a su interlocutor que, en el fondo, le está haciendo un favor. Hasta que suelta una risotada y aumenta un grado su dureza:

«¿Fotos entrando adónde…? Mira, mejor que no vayas por ahí porque acabarás haciendo el ridículo.»

«¿Al lado de la chica aparece un chaval con cara de pasmado y que viste un chándal horrible? ¿Sí? Pues es mi detective y tiene pruebas de sobra que, de drogadicta, nada de nada.»

Luego se queda un buen rato callada, asintiendo. Hasta que le da las gracias y se despide alegremente prometiendo que, por supuesto, no filtrará nada.

Al volverse hacia mí, me suelta con una jovialidad poco frecuente en ella:

—Con la tontería, Jordi, has destapado un complot empresarial.

—Eh, ¿cómo?

—Resulta que nosotros no éramos los únicos que vigilábamos a Cristina.

—¿Su padre había contratado a más gente para controlarla?

—No. Se ve que le confesó a su mano derecha, preocupado, que sospechaba que su hija se había juntado con gente poco recomendable en el Raval y que quizás estaba metida en asuntos de drogas.

—Cosa que no era cierta…

—¡Ahí está la gracia! Resulta que unos cuantos de la junta directiva pretenden desbancarle como consejero delegado y están buscando a la desesperada información comprometida para obligarle a dimitir. Su mano derecha, el primero. No tenían nada hasta que él mismo les dio la clave. O eso pensaron, claro.

—¿Es normal que se traicionen así entre ellos?

—Si yo te contara…

—De todas formas, ¿qué tiene que ver lo que haga su hija con que él dimita?

—Nuestro cliente siempre ha hecho bandera de la importancia de la familia unida y tradicional, de educar a los hijos en base a unos valores de disciplina y moralidad. No sé si porque lo cree de verdad o porque es lo que le gusta oír al accionista mayoritario de la empresa…

—¿Es del Opus o qué?

—Eso da igual, Jordi. En todo caso, sus rivales pensaron que esta fachada saltaría por los aires si demostraban que su hija era una drogadicta. Y a lo mejor con un buen chantaje podrían hacer que dimitiera o, al menos, que cediera algo de poder. Ahora que lo pienso, seguramente por eso me pidió el favor de que vigiláramos a su hija: debía de olerse algo. ¡Uf, con esto que hemos descubierto podrá montar un buen contraataque! —exclama la duquesa, excitada, porque ya estará calculando cuánto le va a cobrar de más por la información.

—¿Y eso de las fotos?

—Los ilusos se pensaban que tenían una prueba concluyente porque sacaron fotos de cuando entrasteis al narcopiso.

—¿Así que te referías a mí con lo de cara de pasmado?

—Era una forma de hablar —se excusa sin darle ninguna importancia, y sigue a lo suyo—: Fueron con todo, no solo escuchas y seguimiento fotográfico, también pinchazos en su móvil y no me extrañaría que hubieran *hackeado* su ordenador.

—¿Son capaces de llegar a tanto?

—No es la primera vez que pasa en el mundillo. Este año se han producido ya un par de dimisiones sonadas que no se explican si no es porque les pusieron un dossier bien surtido encima de la mesa.

—Joder con las élites... Entonces, ¿el padre de Cristina quería protegerla o solo le interesaba mantener su puesto?

Marina, sin embargo, no quiere entrar en eso y cambia de tema al instante:

—Oye, respecto a la substitución de maternidad que te dije. He hecho números y de momento no va a poder ser. Pero tengo

otra cosita para ti.

—¿Cuál? —pregunto sin ni siquiera indignarme por una nueva promesa rota.

—Has demostrado que se te dan bastante bien las infiltraciones y ahora, con todo esto del referéndum sobre la independencia que se está montando, tengo varios clientes a los que les interesaría disponer de información de primera mano.

—Uff, no sé…

—De un lado y del otro, no te creas. En todo caso, nuestra labor consiste en servir al cliente con precisión, rigurosidad y eficiencia, sea quien sea. Dicho esto, ¿te interesa? Este tema va a darnos trabajo durante una buena temporada…

—Deja que me lo piense unos días —le pido mientras me levanto.

—No tardes, que te conozco.

Ya le daré vueltas más adelante, porque ahora toca solucionar el siguiente punto de mi lista de tareas pendientes.

A la mañana siguiente rebusco en el móvil entre todos los mensajes de mi madre y localizo el que me mandó con el número de una tal *senyora* Dolors, que espero que aún tenga libre el piso que estaba dispuesta a alquilar a alguien de confianza.

La llamo y me anuncia que he tardado tanto que ya tiene otros pretendientes. Yo estoy dispuesto a contraatacar, incluso traspasando alguna que otra línea roja:

—Disculpe, pero he tenido mucho trabajo estas semanas. El trabajo va viento en popa, ¿sabe? En todo caso, estoy dispuesto a ir ahora mismo a ver el piso y negociar el contrato. Ya sabe quiénes son mis padres y que somos del barrio de toda la vida…

—¡Qué prisas te han entrado ahora! Bueno, puedo estar allí antes de comer, a la una.

El piso no es nada del otro mundo y ni siquiera está reformado pero, como dirían los expertos, tiene mucho potencial para una pareja bien avenida.

De dos habitaciones, la cocina y el cuarto de baño conservan el colorido típico de los años setenta, con una combinación de verde botella y marrón claro que asustaría a cualquier interiorista de este siglo. Pero tiene su gracia. Las

paredes necesitan una mano de pintura y no estaría mal cubrir el suelo de terrazo con un parquet barato. Con eso, y algunos muebles de Ikea, puede quedar como nuevo.

Le pido a la propietaria unos minutos para reflexionar, aunque no sobre el piso. Más bien sobre la llamada que voy a hacer a continuación.

Selecciono el número de Layla y me lo quedo mirando un par de minutos. Luego lo descarto y busco el de Mireia. Ya he dudado todo lo que tenía que dudar.

Le envío una videollamada, pero me la rechaza. De inmediato recibo un mensaje suyo:

«¿Qué haces? Estoy trabajando.».

«Lo sé, pero tienes que ver una cosa», le respondo.

«Jordi, no estoy para juegos.»

«Confía en mí. Sé que he estado a punto de cagarla, pero dame una oportunidad de hacer las cosas bien.»

Finalmente accede y es ella quien me manda la videollamada. Acepto y, sin más preámbulos, le suelto el discurso ensayado:

—Mireia, ya sabes que me cuesta tomar decisiones, pero lo tengo claro: no quiero seguir buscando piso contigo.

Ella se esperaba cualquier cosa menos esta y su perplejidad es evidente. Pero no dejo que vaya más allá, porque añado:

—No quiero que sigamos buscando piso… porque ya lo he encontrado.

Abro entonces plano y le hago un tour virtual por las diferentes habitaciones.

Ella está alucinando y solo acierta a decir:

—Pero… ¿A qué viene esto ahora? Creía que no querías irte a vivir conmigo, que era demasiado pronto o que te gustaba más Lay…

—Pues ahora lo tengo clarísimo —la corto antes de que siga por ahí.

—¿Estás seguro? —me pregunta con esa sonrisa luminosa que hacía tanto que no me dedicaba.

No sé si estoy seguro o no, pero quiero intentarlo.

—¡Claro que sí! Pon cualquier excusa en el trabajo y ven a ver el piso —la animo exultante, porque el plan me ha salido

clavado.

Mientras la espero, aprovecho para negociar con la *senyora* Dolors. No es hasta que conoce a Mireia y revisa sus últimas nóminas que acepta suavizar sus pretensiones iniciales:

—Porque sois de aquí, que no quiero que se meta cualquiera en el piso, os lo dejo por ochocientos euros al mes. ¡Una ganga, eh! Eso sí, me pagáis cada mes en metálico, que no quiero que me frían a impuestos.

Y como el panorama no está para ponernos exquisitos, aceptamos.

Ahora solo me queda una cosa por solucionar, pero no sé cómo.

Me paso toda la tarde intentando localizar a Recasens, sin éxito. A la mañana siguiente llamo por enésima vez al bar de Antoñito y le pido que le dé un recado:

—Necesito que organice una reunión con el *sergent* Fonseca de los Mossos. He de contarle algo importante.

Para que me tome en serio, añado:

—Si no me dice nada, en dos días iré yo mismo a comisaría.

El farol, sin embargo, no funciona, porque cuando se cumple el plazo Recasens sigue sin dar señales de vida.

Y como necesito solucionar este tema de una vez por todas, al final sí que me presento yo solo en la comisaría de Les Corts para revelar todo lo que sé sobre la muerte de Mike Comabella.

Bueno, todo no, porque no pienso admitir que encontré a la responsable y la dejé escapar.

De camino repaso la historia que voy a contarle a la policía para que no queden cabos sueltos. Justo antes de doblar la última esquina me barra el paso una anciana con joroba que, a pesar de que estaremos a unos treinta grados, va vestida de riguroso negro, con un chal por encima y un pañuelo que le cubre la cabeza.

—¿Tienes una monedita, hijo?

—Ehh, no, lo siento, no tengo nada.

Cosa que es cierto, por otra parte.

—Para comer… —insiste ella.

—Sí, ya, lo siento. Es que no llevo ninguna moneda, ahora solo pago con tarjeta —me excuso.

—¿Y si te acercas a ese bar para comprarme un bocadillo? —me pregunta mientras señala un local cutre que está en la otra acera.

—Es que tengo una reunión muy importante de trabajo. Cuando salga, ¿vale? —me la saco de encima con impaciencia.

Ella no está dispuesta a dejarme escapar.

—Mejor ahora —reclama, para luego erguirse de repente y decirme bien clarito al oído—: ¿No te parece, *nano*?

Joder. ¿Por qué no puede hacer las cosas de manera normal?

Levanto las manos en señal de rendición y cruzo la calle para encontrarme con Recasens en el bar, pero tampoco está.

—Me ha dicho que te pidas algo y le esperes —me informa el camarero, para luego añadir que hoy solo tiene pulpo *a feira*.

Como no tengo otro remedio, me siento y pido una ración. Al cabo de una hora me pido otra porque Recasens aún no ha aparecido y los nervios me están matando.

A la una, por fin, aparece.

—Vaya, ¡ya era hora! —le saludo.

Pero él no está para tonterías, a juzgar por su cara de mala leche.

—¿Todo bien? —rectifico, consciente de que no recibiré respuesta.

—Cosas de la edad… hacerse viejo es una mierda, *nano* —dice, y me sorprende su sinceridad.

—¿Ha pasado algo? —me intereso.

Pero él me corta con un gesto con el dorso de la mano que viene a decir que me olvide. También rechaza la tapa que le ofrece el camarero, aunque acepta una caña, que se bebe del tirón. Cuando vuelve a dejar el vaso sobre la mesa, pregunta:

—¿Qué *collons* ibas a hacer a comisaría?

Si no lo tenía claro antes, ahora que lo tengo que verbalizar, aún menos.

—Ehh, eso quería contarte, pero no había forma de localizarte. Es sobre la muerte de Mike Comabella.

—¿Otra vez con lo mismo?

—Bueno, es que he descubierto algo —admito, y le cuento la historia que me había preparado para los mossos. Es decir, sin

admitir que encontré a Lu Padura.

Al terminar, algo no le cuadra.

—¿Solo eso?

—¿A qué te refieres?

—¿Me estás diciendo que ibas a explicarle a los Mossos toda una serie de teorías sin confirmar?

—Bueno, está lo del parentesco, el informe de los narcopisos que escribió ella, lo del forense…

—Un forense que chochea. Y ninguna prueba.

—Ehhh.

—¿O sí? —pregunta con esa mirada punzante que reserva para los interrogatorios.

No puedo resistirme demasiado y acabo por confesarlo todo. Admitiendo, ahora sí, mi estupidez por haberme tragado las trolas de Lu Padura. Sorprendentemente, él se muestra comprensivo:

—Te engañó porque tú querías creerla. Le pasa a todo el mundo: a nadie le gusta que le mientan y, por eso, prefieren pasar por alto esa posibilidad.

—¿A ti también te pasa?

—Yo doy por hecho que nadie dice la verdad. ¿Grabaste la conversación?

—No, con los nervios, no caí…

En vez de responder, Recasens menea la cabeza.

—Sí, ya lo sé, soy gilipollas. Va, vamos a hablar con Fonseca y se lo cuento todo. Ya me da igual.

—No.

—¿No?

—Tú eres detective privado. Te debes a tu cliente, no a la policía.

—Sí, ya, pero esto lo he hecho por libre. Así que…

—Pssst, ya sabía que dirías algo así.

Como en un truco de magia, se saca de la manga un billete de cincuenta euros y lo estampa sobre la mesa, haciendo tambalear el plato de madera del pulpo y los vasos.

—Desde ahora soy yo tu cliente, y ya tengo toda la información que quería saber. Quizás ella quería matarlo o quizás no, pero no nos corresponde a nosotros probarlo.

—¡Pero tengo que contárselo a los Mossos! No sería ético que me lo callara, ¿no? Por mucho que el tío fuera un cabronazo...

—Dime una cosa, ¿cuánto hace que se te escapó la chica?

—Ehh, unas dos semanas —calculo entre mis días de encierro, Cadaqués y todo lo demás.

—¿Has tardado dos semanas en contar a la policía que una supuesta homicida ha huido? Más bien parece como si le hubieras dado unos días de margen para desaparecer —escupe con crudeza.

—¡Joder, Recasens, no sabía que hacer! Me daba vergüenza… ¿Tú crees que me pueden acusar de cómplice?

—Pssst. Cómplice no sé, pero te van a colgar la etiqueta de inútil de por vida.

Me quedo tan abatido que incluso Recasens suaviza el tono:

—Mira, *nano*, has querido abarcar mucho más de lo que eras capaz. Aun así, casi lo consigues. La próxima vez, no chutes a las nubes cuando tengas toda la portería para ti. Por otra parte, Marina está contentísima.

—¿Sí?

—No sé si ha sido de potra, pero todo eso de los micrófonos ha sido un éxito para Private Eye —dice mientras se levanta, me lanza un sobre y se dirige a la puerta.

—¡Espera, espera! —le detengo—. Algo tendré que hacer para quedarme al menos con la conciencia tranquila, ¿no?

Desde el umbral, me suelta:

—Hay muchas maneras de contar una historia sin que uno sea el protagonista.

Y se va, sin darme ninguna otra explicación. Aunque luego vuelve a asomar por la puerta para decirme:

—¡Ah, y cómprale el bocadillo a la Quimeta! Le gusta de tortilla de patatas.

Me quedo sentado un buen rato intentando descifrar el mensaje críptico de Recasens. También cuento los mil cuatrocientos cincuenta euros que contiene el sobre, mi inesperado y generoso bonus por objetivos. Por cierto, seguro que antes ha cogido el billete de cincuenta de aquí, el muy trilero.

Finalmente, decido escribir dos mensajes.

El primero es para uno de los periodistas que cubrió la manifestación de Rebels al Raval contra los narcopisos, el que me pareció más espabilado. Le digo que tengo en mi poder cierta información que prueba la vinculación de Mike Comabella con el auge de los narcopisos. Y qué quizás eso pueda explicar su muerte, que no fue debido a un accidente de tráfico, tal y como consta en la versión oficial. Al minuto ya me responde que está muy interesado.

El segundo, para Dani Parera, por si puede salir a tomar un café. El mosso me cita para dentro de veinte minutos en un Starbucks cercano, en la zona de oficinas de la Diagonal.

Pago con mis recientes ganancias las dos tapas de pulpo y las dos cervezas que me he tomado, la caña de Recasens y el bocadillo de tortilla, que le entrego a la anciana de manera discreta, aunque ella me agradece el gesto a grito pelado.

Luego me dirijo a la cafetería, donde pido un par de *frapucchinos* y me siento en la terraza a la espera de que llegue Parera.

—¿Algún avance? —le pregunto cuando aparece y le tiendo su vaso.

—Qué va, seguro que me obligarán a cerrar el caso. He estado reconstruyendo la vida de Comabella y no he encontrado nada interesante. No sé ni qué decirle al *sergent*.

—Quizás sea una tontería, pero hay algo que me llamó la atención cuando hablé con el resto de camareros, como me pediste.

—¿Alguna pista? —pregunta, y le da un largo sorbo a su café helado.

—A lo mejor… Ya sabes que la temática de la cena era la primavera y que todos los platos estaban decorados con flores. Pues bien, uno me dijo que al recoger vio en la basura una bolsita de plástico con unos pétalos, pero no eran como los que habíamos usado. Eran de un color más lila. No le dio más importancia y tiró la bolsa al contenedor —me invento.

—¿Y qué? —pregunta el mosso, demostrando que o bien está realmente saturado o que no tiene demasiado instinto.

—Pídele a la forense que busque en las muestras de sangre

restos de alguna planta tóxica que pueda encontrarse fácilmente en el Pirineo. Quizás suene la flauta.

—Uf, parece el argumento de uno de esos libros que tanto te gustan…

—¡Quién sabe! A veces hay que ponerle un poco de creatividad —le digo mientras me levanto, y luego añado—: Como acierte, Dani, me deberás una bien gorda.

Epílogo

En apenas dos semanas limpiamos el piso a fondo, pintamos, colocamos en el suelo un vinilo adhesivo que imita el parquet y visitamos Ikea unas cuantas veces, comprando en mi opinión más cosas de las que necesitamos. Pero ni se me ocurre quejarme, porque yo también me he permitido un capricho: el cartel de la película de *El sueño eterno* para recordarnos que, aunque no tengamos el carisma de Bogart y Bacall, nuestra historia de amor tiene más futuro.

La víspera de la mudanza definitiva, convocamos una fiesta en la que invitamos a amigos, familia y algunos compañeros de trabajo. En agradecimiento a los servicios prestados, el lugar escogido es el bar de Antoñito, quien ha preparado un picoteo a base de aceitunas, ensaladilla, boquerones y muchas patatas fritas de bolsa.

Como buen anfitrión, saluda a todos los presentes, les ofrece rellenar sus vasos de vermut y les anima a tomar fotos y colgarlas en «el internet».

Incluso aparece Recasens, aunque está a punto de largarse nada más entrar al comprobar que muchos lo reconocen y saludan por su nombre. La cara de vinagre que trae tampoco indica que tenga ganas de socializar.

Consigo retenerlo, pero no me ayuda que, al presentarle a Mireia, ella le suelte:

—¡Por fin te conozco, Jordi me ha hablado tanto de ti!

Él sacude la cabeza y me toma por imposible, así que cambio de tema.

—¿Sabías que los mossos…?

Me detiene extendiendo la palma de su mano ante mi cara.

—Si es sobre Comabella, no quiero escuchar nada más.

Y como quería hablarle precisamente de eso, me quedo callado sin saber qué más decir. A él se le nota incómodo. Supongo que no está acostumbrado a ver el bar tan lleno y, por si fuera poco, de gente tan joven.

Para romper el silencio, pregunto algo bastante inútil conociendo al personaje:

—¿Y qué? ¿Cómo va todo?

Parece que le he pillado con la guardia baja, porque, contra

todo pronóstico, me responde:

—No demasiado bien, *nano*.

—Ah. ¿Algún problema de salud? ¿La familia bien? —respondo atropelladamente, porque no me lo esperaba.

Él le echa un chorro de sifón al vaso que le ha tendido Antoñito, chista para espantar los malos augurios y luego me dice:

—Me han pedido que valore la posibilidad de prejubilarme.

—¡Vaya notición! ¿No te apetece? —pregunto, porque siempre me ha parecido que estaba harto de trabajar en Private Eye, aunque es evidente por el tono de voz que no.

Recasens, sin embargo, recupera el modo misterioso y se encoge de hombros, en un gesto que podría significar cualquier cosa. Nos quedamos otra vez en silencio, hasta que vuelvo a tentar a la suerte.

—No me explicaste cómo terminó la historia de Mary y la escapada a París. ¿Coló? ¿La volviste a ver? ¿Y al comisario Del Duque?

Demasiadas preguntas para pretender que las conteste.

—Va, cuéntame algo, que me he quedado con ganas de saber más —insisto.

Pero simplemente logro arrancar una promesa vaga:

—Otro día… si me pillas de buenas.

Ya ni intento averiguar su verdadero nombre de pila, porque eso de Prudencio me lo inventé yo mientras escribía la historia.

Le propongo tomarse algo más para ver si se anima, pero niega con la cabeza y me tiende la mano para felicitarme, a su manera:

—*En fi, felicitats… suposo. Bona sort*.

—*Gràcies per venir*.

—Por cierto, creo que alguien está pendiente de una respuesta por tu parte.

—Sí, sí, mañana llamaré a la duquesa —le garantizo, aunque todavía no he tomado ninguna decisión sobre su nueva propuesta laboral.

Aparece entonces un jovial Antoñito para proponernos un brindis:

—Porque irse a vivir con una titi es toda una hazaña, ¡brindo por los valerosos! Por ti, majete.

Valeroso, nunca antes me habían definido así.

A la que me descuido, Recasens desaparece sin despedirse de nadie y yo, que ya llevo cuatro vermuts encima, vuelvo a leer el mensaje de Dani Parera que recibí hace unos días:

«Han encontrado aconitina en la sangre de Mike Comabella, un tóxico que se extrae de una planta que crece en el Pirineo. ¡Tenías razón, tío! Pronto empezaremos a llamar a los testigos de esa noche, empezando por los camareros. Así que nos vemos en comisaría. ¡Discreción, eh!»

Sí, discreción… a partir de ahora. Porque en breve se publicará el artículo que acusa a Comabella de promover la apertura de narcopisos por intereses inmobiliarios.

Solo me falta por saber si aparecerá Lu Padura por comisaría. ¿O dejará que los mossos le cuelguen desde el principio la etiqueta de sospechosa número uno?

De momento, me zampo las últimas aceitunas que quedan en un platillo. Las dos puertas del bar están abiertas al máximo por si entra algo de corriente, aunque esto es mucho esperar en pleno julio en la Barceloneta. La mayoría de la gente ha salido a la calle y solo entra para rellenar sus vasos.

Yo también salgo justo cuando aparece Layla en bici, si bien solo para saludar porque ha quedado con alguien. Me remarca que se «alegra mucho, mucho, mucho por mí» y que está convencida de que he tomado la mejor decisión. Ah, y que ya ha acabado el curso de Criminología y que «cuente con ella» para el próximo caso.

—¿Esa era Layla? Joder, Solo, a ver si nos la presentas de una vez —exige Berni mientras contempla con la boca abierta cómo se contornea su cuerpo al pedalear.

—No, que sois unos babosos. Va, vamos adentro, que tenemos que brindar.

—¿Mireia no ha salido a saludarla?

—¡No seas mamón! —le recrimino mientras le empujo al interior.

Junto a la barra, Antoñito nos rellena los vasos hasta arriba, mientras insiste en que nos hagamos una foto todos juntos.

Una vez cumplido el trámite fotográfico, tomo la palabra:

—Por el fin de una era. Corta, pero muy intensa.

—No te pongas melodramático, Solo.

—Cabrones, vosotros estáis contentos porque ahora tendréis más espacio.

—No te digo que no, pero echaremos de menos tu habilidad para fregar el cuarto de baño —interviene Pol.

—Y tus conversaciones delirantes mientras sueñas. Pobre Mireia, no sabe la que le ha caído encima —añade Samu.

—Por cierto, tendremos que volver a sortear las habitaciones, a ver a quién le toca dormir solo a partir de ahora —prueba suerte Berni.

—¡Y un huevo! —se opone Samu.

Seguimos un rato más así, hasta que Mireia me recuerda que mañana aún nos queda trabajo con la mudanza, especialmente con las cajas repletas de libros que quedan en casa de mis padres, quienes están encantados de quitárselos de encima.

Me abrazo a mis amigos, que han decidido quedarse un rato más para seguir charlando con el «mítico Antoñito», quien está encantado de rejuvenecer a su clientela. Se despide de mí con un exagerado «¡Valienteeeeeee!».

Y no sé si voy borracho o he visto de repente la luz, pero justo antes de salir me vuelvo y le pregunto a Samu:

—Oye, ¿podrías hacerme un favor de despedida?

—Si no me cuesta pasta… —responde él.

—Necesito una página web.

—Tendrá que ser una sencilla, pero no hay problema. ¿Sabes ya qué dirección te gustaría tener?

—Sí: www.detectiveviassolo.com.

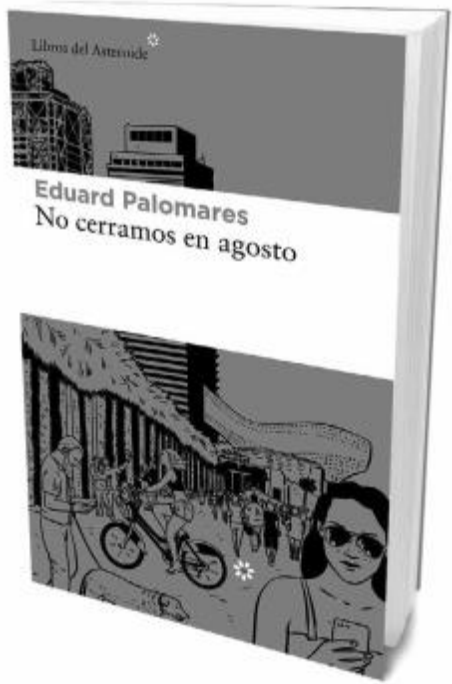
«Y supongo que simplemente no lo sé.»
THE VELVET UNDERGROUND

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Igual que ayer*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



«Quizá la lectura más fresca de esta temporada sea *No cerramos en agosto*, el originalísimo debut literario de Eduard Palomares. (…) Ojalá hubiera más novelas negras como esta.»

Jorge Freire (The Objective)

«Una primera novela que muestra a un autor muy cultivado en el género como lector y que parte de un punto original. (…) Tiene mucho a favor esta historia: la investigación está bien llevada, el tono amable sienta bien y es muy hábil a la hora de recorrer el mundo de los detectives, y sus miserias, a través de la mirada desencantada de un joven precario.»

Juan Carlos Galindo (El País)

Nota biográfica

Eduard Palomares (1980) escribe para *El Periódico de Catalunya* y otras cabeceras del grupo Prensa Ibérica. Es autor de dos novelas, *No cerramos en agosto* (Libros del Asteroide, 2019) e *Igual que ayer* (Libros del Asteroide, 2022). Protagonizadas por el detective Jordi Viassolo, en ellas combina su afición por la novela negra clásica con una voluntad de ejercer de cronista de la Barcelona actual.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Igual que ayer*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

No cerramos en agosto, Eduard Palomares

El complot mongol, Rafael Bernal

Ratas de Montsouris, Léo Malet